

General
RAFAEL DÁVILA ÁLVAREZ

EL NUEVO ARTE DE LA GUERRA

**TEORÍA, ORÍGENES Y FUTURO
DE LOS CONFLICTOS BÉLICOS**



General
Rafael Dávila Álvarez

EL NUEVO ARTE DE LA GUERRA

Teoría del origen, presente y futuro de los conflictos bélicos

la esfera  de los libros

Primera edición: noviembre de 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Rafael Dávila Álvarez, 2022

© La Esfera de los Libros, 2022

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 443 50 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-463-3

Depósito legal: M. 24.491-2022

Composición: Versal CD, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas

Impreso en España-*Printed in Spain*

Juzgando, por lo que he visto y leído, que no es imposible restablecer las antiguas instituciones militares y devolverles en cierto modo su pasada virtud, he determinado, a fin de hacer algo en este tiempo de mi forzosa inacción, escribir para los amantes de la antigüedad lo que yo sepa del arte de la guerra; y aunque sea atrevimiento tratar de una profesión que no practico, no creo incurrir en error al ocupar teóricamente un puesto que otros, con mayor presunción, han ocupado prácticamente; porque las equivocaciones en que yo incurra escribiendo, sin daño de nadie pueden ser corregidas; pero las que de hecho cometen otros, solo se conocen por la ruina de los imperios.

NICOLÁS MAQUIAVELO, prólogo de *El arte de la guerra*

Prólogo.
PENSAR LA GUERRA
Por Gabriel Albiac

«Del arco, el nombre es vida y la obra muerte», escribe Heráclito en uno de sus más oscuros pasajes. Hace dos milenios y medio. Y solo la paciente tarea filológica de Giorgio Colli nos ha permitido atisbar la centralidad de esa enigmática fórmula en los orígenes de aquello a lo que el mismo Heráclito fijara como tarea de los hombres para quienes él acuña la designación de *filósofos*.

«En griego», desmenuza el sabio turinés, «la palabra *arco* suena igual que la palabra *vida*». Y, si el arco y la lira son por igual los atributos del dios Apolo, bajo su advocación de saetero o músico, es porque iguales son vida y muerte, destrucción y belleza. Materializados en un mismo objeto: los cuernos de los bueyes robados por Hermes a Apolo dan por igual origen al instrumento musical y al instrumento guerrero: lira y arco son la misma cosa en diversas composiciones. Basta modificar ligeramente el ángulo de la juntura de los dos cuernos con que se fabrican ambos, para que el uno se transforme en la otra. Guerra y música, muerte y vida son mínimos matices geométricos de lo mismo.

Es casi —concluye Colli— «un jeroglífico común, lo que está en la base de esa antitética manifestación de Apolo: la de la configuración material del arco y de la lira: tales instrumentos eran producidos, en la época en la que el mito surge, mediante una misma línea curva y con la misma materia: los cuernos de un buey, unidos con diversas inclinaciones. Y así, la obra del arco y la de la lira, la muerte y la belleza provienen de un mismo dios, expresan una idéntica naturaleza divina, simbolizada por un idéntico jeroglífico. Y solo en la perspectiva deformada, ilusoria, de nuestro mundo de apariencias se presentan como fragmentos contradictorios».

La lectura de este *Nuevo arte de la guerra*, metafísica del conflicto que el general Rafael Dávila pone en manos del lector aquí, reposa sobre un solo y crucial propósito: romper la perspectiva engañosa, desvelar sus distorsiones ilusorias, salir del laberinto de apariencias contradictorias al cual nos han condenado los lugares comunes del lenguaje: los que nos impiden aún sospechar el envite conceptual que en el discurso de la guerra se juega. Y poner luz a una verdad sin la cual toda tarea del hombre es vana: que entre paz y guerra solo median las convenciones arbitrarias de la lengua. Y que las reconfortantes barreras protectoras que esas convenciones alcanzan nos hacen siervos y, en el fondo, se empeñan en tratarnos como a niños. Y de asestarnos proclamas de buena voluntad, allá donde solo la matemática más acerada debiera servirnos, porque lo que está en juego es lo más grave que pueda caber en la vida —en la muerte— de un hombre.

Dávila lo expresa recurriendo a dos clásicos absolutos. Por un lado, el Maquiavelo que en enero de 1526 escribe: «Siempre, en lo que yo recuerdo, o bien se hizo la guerra o bien se discurrió cómo hacerla; ahora discurrirnos, dentro de nada la haremos; y cuando la hayamos acabado volveremos a discurrir sobre ella». Por otro lado, el más venerable de los maestros del pensar griego, el Heráclito de Éfeso que asienta toda su apuesta de verdad sobre un incommovible

fundamento: «Guerra [Pólemos] de todas las cosas es padre, de todas rey. Y a unos los proclama como dioses, y a los otros como hombres solo; y a unos hace existir como esclavos, y a otros como hombres libres».

No hay reflexión sobre la guerra que no ponga, pues, de inmediato en juego todo el tablero de la condición humana. Por eso, este *Nuevo arte de la guerra* es, en rigor, un *Nuevo arte de la vida*. Aunque sea perdiéndola. Porque también en la derrota debe hallar un hombre digno la condición moral de su existencia: el batallar contra la propia limitación, la pesada finitud que construye su horizonte. «Somos lo que, desde un principio —escribe Dávila— la guerra nos hizo ser». Precarios. «Para bien o para mal: fruto bélico».

No te enfrentas, lector, pues, a un texto de pretensión tan solo técnica. Con eso, poco avanzaríamos en el conocimiento del lugar primordial que la guerra —como su melliza, la muerte— ocupa en la subjetividad humana. No hay gran teórico militar —de Sun Tzu a Clausewitz, de Vegetio a Maquiavelo— que no haya sabido que nada de su doctrina estaría bien fundado si no se atreviera a asomarse al vértigo de la metafísica; si no se atreviese a mirar de frente hacia la clave primera de un arte, el suyo, en el cual vida y muerte, propias como ajenas, penden de cada decisión tomada. Y la muerte, su horizonte irrebable, es lo único que pone a los humanos ante un absoluto. Tanto que, por decirlo con las vieja palabras de Epicuro, es un absoluto que no puede ni siquiera ser dicho por quien lo afronta: porque «cuando yo, no ella; porque cuando ella, no yo».

Y en esa paradoja que define el corazón de su arte, el estratega erige su figura trágica. Esa que Rafael Dávila ve nacer en los grandes héroes de la *Ilíada*. Esa cuyo crepúsculo anota en el surgir a través de un tiempo en el cual la muerte masiva no puede ya, en rigor, ser sometida siquiera a los más finos postulados del arte de la guerra: la que nace en Hiroshima, la muerte masiva, anónima, lejana. «Todo ha cambiado —escribe entonces—. Todo ha cambiado menos el pensamiento, que quedó detenido hace más de dos mil quinientos años, convertido en naturaleza, de la que no hemos movido un ápice, si acaso a peor», concluye. Y el lector sabe que no está hablando solo del drama del soldado; que está hablando de la insoluble tragedia del hombre moderno. Y que por eso —en un pasaje sorprendente e irrefutable— debe necesariamente postularse que, junto a la *Ilíada*, el «*Áyax* de Sófocles debería ser el libro de texto en las academias». Porque no hay héroe más fiel a su honor guerrero ni guerrero más desdichado en su choque con el destino.

«Nunca olvidéis que la guerra es el territorio de la incertidumbre», nos recuerda Dávila que es la enseñanza primera de Clausewitz. Todo sucede en la niebla. Y en la niebla es necesario abrir un paso inseguro, lanzar una pascaliana apuesta que nunca abolirá el vértigo de lo indiscernible. En la guerra. En la vida. En la condición humana. En ese teatro de máscaras, dentro del cual sabían los grandes poetas barrocos españoles que no hay ilusión de escape. Y Dávila retorna sobre el Calderón que erige un mundo siempre en perfecto simulacro: «Yo a cada uno/ el papel le daré que convenga [...] Seremos, yo el autor, en un instante,/ tú el teatro, y el hombre el recitante». Y extrae de esa enseñanza clásica la lección ineludible: «Incluso la verdad que nos habla se presenta enmascarada en el teatro de la guerra, escenario preferido para jugar al mortal baile de máscaras en el que se inscribe la historia de la guerra».

Todo está aquí: la grandeza humana como su miseria, la gloria como la desesperanza. Dice Aristóteles que de las mismas palabras se componen una comedia y una tragedia. De la misma materia están hechos sueños y pesadillas. La única diferencia, para el soldado, es que su apuesta está siempre en el absoluto. Y no podrá ser jamás rectificada. Como todo lo de verdad esencial, la guerra escapa infinitamente a quien la hace y a quien la piensa. La conclusión que de ello

extrae Dávila es de una profundidad casi teológica: cuando es la ausencia la que viene a definir lo más insosteniblemente esencial de lo humano. «A lo largo de la historia militar de la guerra la ausencia prima en el relato», sí. Pero es que la ausencia prima en todos los relatos de los hombres, estos seres frágiles que nunca saben demasiado bien qué es lo que están diciendo de sí mismos. «Amo la vida, con saber que es muerte», sentenciaba don Francisco de Quevedo.

Sí, «del arco, el nombre es vida y la obra muerte». En vida y muerte estamos: en paz y en guerra.

1.

LO MILITAR

La paz no es la ausencia de la guerra, es una virtud, un estado de la mente, una disposición a la benevolencia, la confianza y la justicia.

BARUCH SPINOZA

Lo militar nace como consecuencia de las luchas tribales y de la necesidad de tener de manera permanente a miembros del grupo dedicados a una actividad única y principal, la que trata de los asuntos del ataque y de la defensa. Es tan antiguo como la primera reunión alrededor del fuego, donde una apariencia hostil y los ruidosos pies extraños que se acercaban dieron la primera alarma. Hubo que desplegar el primer centinela; después, de él y sus relevos dependió el grupo. No hubo descanso ni tregua entre las diferentes tribus, sino temporales alianzas junto a mayores desencuentros; ya no se conoció otra manera de vivir distinta a atacar y defender, infiltrarse o engañar y desde entonces, una época sin fecha fijada, el rugido del hombre en su conjunto vino a decir guerra.

El Rey Sabio dice en *Las Partidas*: «Milicia quiere decir tanto como compañía de hombres duros, fuertes y escogidos para sufrir trabajos y males, laborando en pro de todos comunamente» y nos sigue diciendo, como recoge José María Gárate en su libro *Espíritu y milicia en la España medieval*, que escogían a los caballeros mirando que tuviesen tres cualidades: «Que fuesen sufridos, para sobrellevar las miserias, fatigas y trabajos que las guerras les deparasen; diestros en luchas, para que supiesen mejor y más presto matar y vencer a sus enemigos y no se cansasen fácilmente, y que fuesen duros, para no tener piedad de robar los de los enemigos ni de herir o matar, y también que no desmayasen por golpe que recibiesen o dieran».

Alfonso X el Sabio era asiduo lector de Vegetio, que decía «que la vergüenza veda al caballero huir en la batalla» y por ello el Sabio pide que sus hombres tengan «vergüenza natural» que les haga vencer, a lo que diría su sobrino el infante Don Juan Manuel que «la vergüenza es la madre y cabeza de todas las virtudes del caballero. Vale más al caballero haber en sí vergüenza e no haber en sí otra virtud alguna, que tenerlas todas sin esta».

En *Las Partidas* se está poniendo las bases de las ordenanzas militares, los férreos códigos castrenses y los primeros tratados de lo militar. Las principales virtudes van a ser destacadas con fervor y claridad y son hasta hoy el mejor resumen de lo que lo militar exige del caballero, del soldado: cordura, fortaleza, medida y justicia.

Ser caballero era ser militar, entregarse al servicio de todos y por ello la vigilia, antes de ser nombrados caballeros, era para que Dios los guardase y los enderezase y los aliviase «como hombres que entran en carrera de muerte».

Se hablaba con la espada, con la lanza o con el arco y tanto se hablaba que llegaron a la pólvora para no verse las manos. Trocaron por capas sus pieles, bajaron de las sierras a los valles y aprendieron a fiarse más en la eficacia del valor que en la inaccesibilidad de los lugares. De siervos querían pasar a ser señores.

Aquiles, Alejandro, Aníbal, César y Napoleón. Caminos que emprendieron, nuevas rutas, intercambios de productos y descubrimientos de extrañas tierras y culturas. Y la constante de la guerra. Lo militar siempre presente, a pesar de la hipocresía de su rechazo. No eran los uniformes lo que les diferenciaba en un principio, sino sus armas. Luego vestirían otra librea por distinción y diferencia. Se definió lo militar por el servicio en la guerra, todo un arte y una disciplina convertidos en oficio.

«Han opinado, Lorenzo, y opinan muchos, que no hay nada tan desemejante, y que tanto difiera como la vida civil y la militar y se ve con frecuencia a los que se dedican al ejercicio de las armas cambiar inmediatamente de traje, usos, costumbres y hasta de voz y de aspecto, por parecerle que no cuadran bien los modales del paisano a quien está pronto y dispuesto a cometer todo género de violencias: ni en rigor convienen los hábitos y costumbres civiles a quienes los juzgan afeminados e impropios de su profesión, como tampoco que muestren la presencia y lenguaje ordinarios los que, con las barbas y los juramentos, quieren intimidar a los demás hombres. Lo que ocurre en nuestros días justifica esta opinión; pero examinadas las instituciones antiguas, no se encontrarán cosas más unidas, más conformes y que se estimen tanto entre sí como estas dos profesiones; porque cuanto se establece para el bien común de los hombres, cuanto se ordena para inspirar el temor o el respeto a Dios y a las leyes sería inútil si no existiera una fuerza pública destinada a hacerlo respetar, cuya fuerza, bien organizada, y a veces sin buena organización, mantiene las instituciones».

A Maquiavelo le preocupa el arte de la guerra y con su cruda y real visión de una época corrompida en su totalidad echa en falta los olvidados valores del mundo antiguo, la disciplina, el valor y la obediencia, algo que deja claro cuando Cosme pregunta a Fabricio en qué cosas quiere imitar a los antiguos: «Porque desde que los romanos se aficionaron a los placeres, empezó la ruina de mi patria» y le hace ver que debería imitarse el «honrar y premiar a la virtud, no despreciar la pobreza, estimar el régimen y la disciplina militar, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, y a no vivir divididos en bandos o partidos; preferir los asuntos públicos a los intereses privados, y en otras cosas semejantes que son compatibles con los tiempos».

En definitiva, Maquiavelo nos ofrece una fina semblanza de lo militar: la virtud, que coincide con la definición dada por Pedro Calderón de la Barca del oficio militar: «Aquí la más principal hazaña es obedecer y el modo como ha de ser es ni pedir ni rehusar... religión de hombres honrados».

Se entiende cuando lo militar no tiene otra razón de ser que la existencia real o la amenaza de la guerra, su persistencia por encima de los tiempos, cuando solo la disciplina es necesaria para la independencia material y del pensamiento. Cuando la milicia es un arte es oficio honrado y no privado, interés que busca en la guerra la «utilidad para la rapiña, el fraude y la violencia y muchas condiciones que necesariamente le hacen malo».

En una nación bien organizada, dice Maquiavelo, se procurará hacer el estudio del arte militar durante la paz, y ejercitarlo en la guerra por necesidad y para adquirir gloria; pero solo cuando el gobierno lo ordene, como acontecía en Roma.

«El militar cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para el servicio; el llegar tarde a su obligación, aunque sea de minutos; el excusarse con males imaginarios o supuestos de las fatigas que le corresponde; el contentarse regularmente con hacer lo preciso de su deber, sin que su propia voluntad adelante cosa alguna, y el hablar pocas veces o mal de la profesión militar, son pruebas de gran desidia e ineptitud para la carrera de las armas» (Art. 14. Reales Ordenanzas FAS españolas).

Parece sacado de antiguos cánones, casi medievales, cuando es uno de los códigos de conducta

más insertados en la condición militar. Universal y adoptado, con unas u otras palabras, por todos los ejércitos del mundo.

Honor y espíritu son herencias de largas tradiciones, protegidas por los valores morales que han logrado mantenerlos por encima del paso de los tiempos.

Es común en la formación de lo que hemos llamado lo militar el amor a la patria, el culto al honor, al valor frente al enemigo y la disciplina en todo, valores recogidos en esos códigos militares que desde hace siglos han sido la ley y la razón del comportamiento militar. Es el gran tesoro que guardan los ejércitos, como fiel reflejo de las virtudes, y también de los defectos, de la sociedad a la que sirven en un proceso continuo de adaptación a cada tiempo.

Otros procedimientos son necesarios para hacer frente a desconocidas formas de guerra y enfrentamiento, en nuevas dimensiones, aunque convenga no olvidar que la razón de ser de los ejércitos sigue siendo la lucha armada, justificándose su existencia en la defensa de la sociedad y de la nación. Eso requiere una legislación de naturaleza moral, algo que solo la tradición escribe en los pliegos internos del alma y que se hereda de generación en generación.

Gracias a los códigos morales heredados, amistad, valor y desprendimiento, los ejércitos mantienen intacta su fortaleza moral, la de sus convicciones, su dimensión espiritual y patriótica. Un oficio como este, épico, vocacional y de riesgo, solo se rige por las leyes del espíritu. Hay un mandato moral en su código ético, que obliga a conservar y transmitir el historial, las tradiciones y los símbolos de su historia para perpetuar su recuerdo, contribuir a fomentar el espíritu y reforzar las virtudes militares de sus componentes, como herederos y depositarios de una gloriosa tradición militar. Los símbolos fortalecen la voluntad, exaltan los sentimientos e impulsan al sacrificio. Representan todo lo más hondo, lo que solo se alcanza sumergiéndose en su historia.

Así es incluso el lenguaje táctico de los reglamentos, que señalan la actitud a tomar en el momento álgido del combate, dando prioridad al lenguaje moral: «Llegado el instante del asalto, el escalón de fuego, con los oficiales a su altura y enardecidos sus hombres con gritos de guerra y con el canto del himno de su regimiento, se lanzarán a la carrera a través de las brechas abiertas».

Símbolos, códigos prodigiosos y extraños, gritos de guerra, arengas que arrastran más que palabras; sobrecogedor desafío, un resorte que hace revivir el espíritu de los ejércitos de todos los tiempos, de la tradicional dedicación al servicio y al sacrificio.

El sentimiento de unidad crea lazos eternos que perduran a través de los tiempos y forja unidades muy sólidas cuyos miembros se sacrifican individualmente en beneficio del grupo. Esa es la clave en la que se sustenta la moral y el espíritu de las auténticas, históricas y heroicas unidades.

El nombre, el lema, el himno, el guion, la hermandad, el servicio, la fraternidad... Sí, códigos prodigiosos capaces de hermanar en su síntesis a todos los hombres y hacerles luchar juntos hasta la muerte por un común ideal. Son los vínculos que los hermanan para siempre. La disgregación se manifiesta cuando se suprimen y con ello cesan las relaciones entre sus miembros.

Por ello son la esencia de la milicia, de lo militar. Es entereza, fuerza moral y exigencia; muy adecuada en el mando para luchar y exigir lo necesario para sus subordinados de la misma manera que a ellos se les exige darlo todo. Es decir: presupuesto. Una cualidad, más bien obligación, unida al mando.

Suele ser un viento seco y sin vida el que nos trae el sonido de la guerra. A pesar de la lejanía de su origen se le reconoce enseguida. Trae olores de duros combates en aquellos históricos

escenarios de vida y muerte. Viene desde los ancestros de la tierra, de cuando la guerra era el principio de todo y la rutina diaria. Tierras de guerreros que se enfrentan a lo que les es ajeno y donde nunca vence la abundancia de recursos sino la crudeza del violento mensaje. La vida se enfrentó en sus primeros avatares al miedo de la esclavitud impuesta por la cultura de la muerte y siempre la guerra sonó a duros enfrentamientos, a olvido en la retaguardia, a nombre prohibido, a dudas, es el permanente interrogante de Aquiles: ¿qué hago yo aquí?

Solo venció el honor y el valor de los soldados. No es nada raro, suele ocurrir en todas las guerras; las pierden los que una vez que las empiezan no tienen, para ganarlas, el valor suficiente o no lo exigen a los que mandan.

No hay mayor desasosiego que ordenar hoy una cosa y mañana la contraria. Nada más amargo para el soldado que verse sometido a las oscilaciones de las vacilantes y contrapuestas decisiones.

Es una vida dura, la del soldado. Una vida llena de constantes riesgos, fatigas y sacrificios. Duras jornadas de incertidumbre en lejanos horizontes donde eres permanente centinela que espera la aurora. Enfrentado a un enemigo escurridizo, cruel y duro, que no suele dar la cara, ¡y cuántas veces limitada tu posibilidad de reacción!

Es una vida dura, la del soldado. La de hombres que cuando el amor a la vida les dice al oído que se separen del peligro, les dice su espíritu militar que se mantengan en el puesto de honor.

Es una vida dura, la del soldado, que acepta el sacrificio, incluso el mayor de todos, sin que haya razones de índole material que le lleven a ello. Estar convencidos de que se lucha por una causa justa es su asidero moral más firme ante la brutalidad de la guerra. Son el honor y la honra los sentimientos que han acompañado a las unidades moviéndolas hasta límites insospechados.

Es una vida dura, la del soldado, cuando te envían a una guerra sin nombre, enmascarada con mensajes que limitan el espíritu de lucha propio y la voluntad de vencer.

Es una vida dura, la del soldado que vive pendiente de una bala perdida, de una emboscada, un artefacto escondido o la permanente incertidumbre que acontece cuando en soledad se vislumbra la muerte.

Es una vida dura, la del soldado, cuando te juegas la vida mientras en la retaguardia se discute y se ponen en entredicho las razones y las órdenes por las que te han trasladado a estos confines.

Es una vida dura, la del soldado, pero no hay vida más honrosa y hermosa, siempre arropado por la camaradería y la fraternidad de los compañeros. Cuando no se lucha con convicciones morales, cuando cada uno va a lo suyo y no hay una referencia a seguir, un ejemplo a imitar y una disciplina moral que cumplir, solo se lucha por salvar la vida y ese es el momento a partir del cual se empieza a perder la moral, el combate y la vida.

Al margen de la formación técnica, de la preparación, de la instrucción y el adiestramiento, la camaradería, la fraternidad forjan unidades muy sólidas cuyos miembros se sacrifican individualmente en beneficio del grupo. Los combates no engañan a nadie y hacen dura poesía de la vida aunque esta sea efímera; sus versos son el valor, la amistad, la unión y el socorro, la marcha, el sufrimiento, el endurecimiento ante la fatiga, el compañerismo ante el fuego. El poema se llama guerra, la que no deja indiferente a nadie y cuyo código es capaz de hermanar con los mismos ideales a los hombres de todas las razas y de todas las creencias. Es un código prodigioso y extraño, que resulta humano a fuerza de ser severo y duro.

El espíritu también se define como ánimo, valor, aliento, brío, esfuerzo; como vigor natural y virtud que alienta y fortifica el cuerpo para obrar. Hablar de lo militar es hablar de sensibilidades y de unas manifestaciones o tomas de decisión personales que no responden a los cánones convencionales. Son decisiones, razones que se enmarcan en el campo espiritual y que responden

a un único y mismo criterio, a una misma y única razón de ser, el espíritu que surge de la práctica y la vivencia de unas virtudes.

La milicia ha sido y será una profesión del espíritu.

Decía la *Enciclopedia Espasa* de 1924 al hablar del espíritu militar: «Principio esencial, naturaleza moral de los pueblos, de las instituciones armadas y de los individuos, por lo que a la guerra, y sobre todo a la guerra ordenada, se refiere. Así como la eficacia militar es debida a la suma de todos los factores morales y materiales, el espíritu militar depende nada más que de los caracteres psicológicos, de modo que es tanto mayor cuanto más desarrolladas están las virtudes militares, y desaparece cuando estas virtudes se desconocen o se olvidan.

Como todos los principios esenciales, el espíritu militar es difícil de definir y de explicar. Existe en las sociedades y en los individuos, como existe el patriotismo en los pueblos, como el alma en los hombres. No es una pauta, es una fuerza; no es la brújula que señala el camino del deber, es el fluido magnético que impele a seguir este mismo camino.

Las manifestaciones del espíritu militar, como sucede con todas las manifestaciones del espíritu, son tan variadas como son distintas las circunstancias en que se dan a conocer. Cuando el amor a la vida dice al oído del hombre que se separe del peligro, le dice el espíritu militar que se mantenga en su puesto de honor, despreciando la existencia en aras de la patria; cuando la libertad humana le grita que se rebele contra la orden mal dictada, el espíritu militar le obliga a doblegarse y a someterse a quien la ley le señala como un superior; cuando la vanidad humana le induce a oponerse violentamente a la opinión del jefe inepto, el espíritu militar le sujeta a respetar lo que la inteligencia de ningún modo aceptaría; pues el espíritu militar es unas veces valor, otras abnegación, muchas veces entusiasmo por la profesión abrazada, no pocas anhelo de gloria para la colectividad, afán de esplendor para la patria; es, en fin, el conocimiento pleno del deber y la voluntad decidida de llegar hasta el sacrificio para cumplirlo».

Nunca ha habido tantas guerras ni amenazas como ahora. Nunca ha habido un negocio armamentístico como el de ahora. Y nunca ha habido tanta hipocresía como ahora a la hora de definir conflicto, guerra, acción de imposición de la paz... Todo es guerra y no eufemismos para el escondite. Vivimos la utopía del final de las guerras, del final de los conflictos armados y hasta conceptos tan manipulables como que lo militar no es necesario. La épica, el riesgo, la hazaña, son asumidos por otras organizaciones «más pacíficas y humanitarias», como si las guerras las iniciasen los soldados.

El militar, el soldado, debe prepararse para la guerra y alcanzar la máxima eficacia para el combate al servicio de la sociedad y de la patria. No parece muy difícil de entender la necesidad de disponer de un instrumento para salvaguardar y proteger los bienes de la nación y la vida de sus habitantes ante una agresión armada, recurriendo al uso de la fuerza, si así fuese necesario. Y si no es así podemos caer en gravísima irresponsabilidad que en definitiva se traduce en la pérdida de la vida.

Después de que Maquiavelo dijese que desde que los romanos se aficionaron a los placeres, empezó la ruina de su patria, un general durante la Segunda Guerra Mundial sentenció: «Nosotros tenemos el nivel de vida más alto del mundo y, por consiguiente, los peores soldados» (*Los desnudos y los muertos*, Norman Mailer).

«Tu Mu: en la época de los Reinos Combatientes, cuando Wu Ch'i era general, se alimentaba y se vestía como el más humilde de sus hombres. Su cama no tenía estera; durante las marchas no montaba a caballo; transportaba él mismo sus raciones de reserva. Compartía con las tropas el agotamiento y el esfuerzo más duro». (*El arte de la guerra*, Sun Tzu).

En 1921 José Ortega y Gasset publica *La España invertebrada*: «Yo necesitaba para mi vida

personal orientarme sobre los destinos de mi nación, a la que me sentía radicalmente adscrito. Hay quien sabe vivir como un sonámbulo; yo no he logrado aprender este cómodo estilo de existencia. Necesito vivir de claridades y lo más despierto posible».

Sin adentrarnos en el núcleo de la publicación orteguiana nos centramos en el capítulo titulado «El caso del grupo militar» en el que desarrolla el tema dentro de ese concepto que él trata y que resume en el verso que Calderón decía de Madrid:

Está una pared aquí
de la otra más distante
que Valladolid de Gante.

Dice Ortega: «Después de las guerras colonial e hispano yanqui, quedó nuestro ejército profundamente deprimido, moralmente desarticulado; por decirlo así, disuelto en la gran masa nacional. Nadie se ocupó de él ni siquiera para exigirle en forma elevada, justiciera y competente las debidas responsabilidades».

Hace hincapié en la falta de compromiso entre grupos y gremios de la nación, el desinterés por lo común y que a todos afecta y de la misma manera; pone el ejemplo militar, pero cualquier otro sería válido para mostrar que «Hoy es España, más bien que una nación, una serie de compartimientos estancos». ¿No lo sigue siendo?

Lo militar ha de ser entendido y aceptado dentro de la estructura y la cohesión nacional y, sin necesidad de vivir sus principios, debemos entenderlos y apoyar su misión y cometidos.

«Un ejército no puede existir cuando se elimina de su horizonte la posibilidad de una guerra. La imagen, siquiera el fantasma de una contienda posible, debe levantarse en los confines de la perspectiva y ejercer su mística, espiritual gravitación sobre el presente del ejército. La idea de que el útil va a ser un día usado es necesaria para cuidarlo y mantenerlo a punto. Sin guerra posible no hay manera de moralizar un ejército, de sustentar en él la disciplina y tener alguna garantía de su eficacia».

El texto de Ortega entraña en el fondo un problema generalizado que no solo se produce en España, sino que hoy alcanza a Occidente y constituye la ideología buenista, malintencionada casi siempre. Lo militar queda desarticulado del resto del conjunto nacional y es visto como fuente de agresividad, por lo que en un afán de ganarse la complacencia del conjunto se muestra tendente a ocupar el lugar de otros grupos, de asumir sus misiones, más vistosas y queridas, cayendo en grave irresponsabilidad por no asumir la suya, su responsabilidad, y ser ayudado en ello. No es un espíritu gremial el que debe mover al ejército, simplemente se trata del espíritu militar, como hemos intentado describir.

Lo militar no se improvisa, el militar tampoco. «Quienes, después de ser nombrados cónsules, han comenzado a leer los hechos de nuestros antepasados y los preceptos militares de los griegos, son hombres que hacen las cosas al revés, pues el ejercicio del cargo es posterior al nombramiento, pero la capacidad y el oficio son cosa previa» (Yug. 85,12. Salustio, *Estratagemas*).

El concepto militar de guerra

«Para ganar hay que tener voluntad de vencer», sin olvidar conocer la medida de las posibilidades y siempre prefiriendo concretar lo bueno, pero posible, antes de emprender la consecución de algo mejor, pero imposible.

Llegamos a la inevitable conclusión de que a estas alturas, cuando el hombre cree haber construido bases sólidas para el entendimiento, surge un nuevo desacuerdo para repartirse el poder sobre el conjunto y la guerra parece cada vez más inevitable.

¿Hay un método para ganarla? Hasta ahora era lo militar lo organizado para la lucha y la victoria. Ahora es mucho más complejo y la organización es una mezcla heterogénea de voluntades en organizaciones de diversas características, incluso con intereses encontrados antes de tener que aunar sus proyectos para uno común: la guerra.

Todo está dicho, lo que empezó con la guerra podría terminar de la misma manera sin conocer las razones que nos llevan a alternar periodos de silencio, llamados de paz, que son tan breves como los que separa el rayo del trueno, de la calma aparente después del retumbar de los tambores de guerra.

«Cuando el mundo se encuentra sobrecargado de habitantes, el único remedio es la guerra, que provee a cada hombre, ya sea con la victoria o con la muerte» (Hobbes, *Leviatán*, parte II, cap. 30).

Estamos llamados a enfrentarnos a ella en sus tres momentos: luz, silencio y ruido. Todo es guerra en cada uno de sus periodos y necesario es saber aceptarlo sin aturdirnos por sus efectos ni por temores de derrota, aun a sabiendas de que no hay fórmulas para la victoria, ni un método infalible de dirigir la guerra. Cada momento tiene sus circunstancias y su peculiar modo de tratarlas, pero hay suficiente experiencia para adoptar unos principios que sirvan de base para ejercitarse en el difícil arte de la guerra, que lo es todo.

Y a pesar de ello parece que nunca hemos aprendido, como si nunca una guerra hubiese asolado nuestras vidas, sin enseñanzas adquiridas ni progresos realizables, con defectos, sin atender a la guerra futura introduciendo lo necesario para evitarla o asumirla en las mejores condiciones. Siempre es sorpresa o quizá incompetencia. Los actores han aumentado, el acto bélico es cosa de todas las disciplinas y todos los saberes parecen no tener la solución ni para evitarla ni para ganarla. Supera el ámbito de lo militar, es multidisciplinar y variable, dispersa e incontrolable, siempre desconocida.

La guerra parece convertida en un negocio que comprende todas las disciplinas del arte y de las ciencias, de la técnica, de la filosofía y de la distribución de los recursos, en definitiva en una empresa en la que todos participan, aunque no todos se benefician.

La guerra no se evita por la inteligente disposición de los pueblos a entenderse, compartir, intercambiar y construir juntos por y para todos, sino que la paz, periodo de silencio de la guerra, se mantiene por la disuasión armada, es decir por el temor de las armas, lo que es un claro índice de que la paz se sostiene en un difícil equilibrio.

Lo expresó el poeta en la clara definición del futuro:

Tu primera palabra fue Luz:
y el tiempo comenzó.
Tu segunda palabra fue el Hombre
y el miedo se esparció
(todavía nos ensombrecemos ante su sonido)
antes de que tu rostro retomara su creación.
Y por ello temo tu tercera.

RILKE

Los tiempos repiten señales. No habrá milagros. ¿La tercera palabra?

«Y por la mañana: hoy habrá tempestad, porque el cielo está rojizo y amenazador. ¿Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no podéis discernir las señales de los tiempos?» (Mateo 16:3).

No sabemos mucho. La guerra y la paz eran el discurrir de la vida. El hierro en la mano siempre; y la ciudad murada donde se encierra el hombre para su protección y amparo. Alrededor de los grandes ríos surge la culta vida que debe protegerse mediante un obstáculo: la muralla, el desierto o el mar. Si no era suficiente había que recurrir a las picas bajas, sujetas con dos manos; desde los sumerios a los hoplitas de Argos, Atenas y Esparta.

«El devenir está guiado por el conflicto».

Desde el principio no había más forma de combatir: con leyes o con la fuerza. El equilibrio entre ambas mantiene hasta hoy la armonía. Política y milicia deben seguir el mismo camino, se necesitan, si se repelen se obligan a estar siempre vigilantes una de la otra, a la distancia justa, en la que no haya influencia; ni atracción, ni repulsión, o el invasor, siempre al acecho, destruirá al invadido.

Después de años de guerras, nunca llega el estudio definitivo de este arte cambiante y solo apto para los grandes. Cambia como la expresión en un lienzo, en función de las pasiones, del hambre y la sed, de la injusticia, y de la justicia también; de las diferencias, pero ahora mucho más del deseo, cada vez más fuerte, de pertenecer a grupos.

Tanto la defensa como el ataque se convirtieron en un arte. No era cuestión de cantidad, sino de calidad e insistencia.

Lo que llamamos inspiración no es más que acertar con el hombre mejor dotado para el arte. Alejandro Magno, para la guerra, o Velázquez, para la pintura, nacieron inspirados para ello y su vida fue desarrollar sabiduría sin entregarse al ocio de la primera victoria.

Todas las guerras empezaron por expansión; el Nilo con su riqueza atraía a las poblaciones del desierto. Alrededor del Éufrates y del Tigris surgen las primeras civilizaciones y un trozo de tierra fértil bien regada vale la vida que hay que proteger con sólidas fronteras más allá. Las delimitaron las montañas, los desiertos, los ríos y los mares. Las incursiones de los que ocupaban las zonas deprimidas en los lugares fértiles acabaron convirtiéndose en ataques y en organización de ejércitos: atacantes y defensores, ofensiva y defensiva, devenir del hombre.

La evolución ha cambiado casi todo. Hay algo que sigue igual.

El estrategia y el táctico. Uno busca más allá y pide colaboración y trabajo en común, respeto, orden y cosecha para todos. El otro sigue buscando la infiltración, la insidiosa penetración, sembrar doctrina en vez de trigo, robar a las mujeres para fomentar su descendencia, la única táctica que al débil convierte en hábil estrategia; y le motiva en su lucha.

En mitad de la era del conocimiento hubo quien anunció, y explicó, el cambio que asombraría a la humanidad: la guerra se convirtió en el arma diseñada para la política. Solo había que aplicar una fórmula: los príncipes y sus herederos políticos se la robarían a los generales. La política se uniformaba y asumía la guerra como su principal herramienta.

La fórmula era en principio sencilla: «Los hombres, las armas, el dinero y el pan constituyen el nervio de la guerra». El país debía estar preparado permanentemente para la guerra. Preparados. Hombres y nuevas armas.

El dinero y el pan no lo tienen todos ni está en todas partes. Faltan a una gran mayoría. Mejor estar alerta. Alianzas.

Un trozo de tierra fértil bien regada vale la vida. Vendrán a lucharlo. No habrá paz, sino una simple tregua para rearmarse.

Un motivo banal, entre dos, fue el origen; y será el final. Por sembrar doctrina en vez de trigo. Es la cosecha que hoy buscan los conflictos antes llamados guerras. La desesperación siempre es bien aprovechada. La aspiración rota en desesperanza es una chispa que incendia cualquier cosecha. La guerra es la prueba más palpable de lo que constituye el anhelo fallido de la

humanidad: la libertad.

Cicerón lo recordaba constantemente: «La libertad no consiste en tener un amo justo, sino en no tener ninguno» (Octava filípica).

Arte, ciencia, libertad, es decir nada o quizá todo: pura contradicción.

El final se antoja como la necesidad del poder: hábil excusa que lleva el disfraz de la libertad.

«Imitad a estos ahora vosotros, cifrando la felicidad en la libertad, y la libertad en la valentía, sin inquietaros por los peligros de la guerra. Quienes con más razón pueden ofrendar su vida no son aquellos infortunados que ya nada bueno esperan, sino, por el contrario, quienes corren el riesgo de sufrir un revés de fortuna en lo que les queda por vivir, y para los que, en caso de experimentar una derrota, el cambio sería particularmente grande. Para un hombre que se precia a sí mismo, en efecto, padecer cobardemente la dominación es más penoso que, casi sin darse cuenta, morir animosamente y compartiendo una esperanza» (Tucídides, «Oración fúnebre de Pericles», *Historia de la guerra del Peloponeso*).

Dijo el rey: mandé, juzgué, regí muchos estados;
hallé, heredé, adquirí grandes memorias;
vi, tuve, concebí cuerdos cuidados;
poseí, gocé, alcancé varias victorias.
Formé, aumenté, valí varios privados;
hice, escribí, dejé raras historias;
vestí, imprimí, ceñí en ricos doseles
las púrpuras, los cetros y laureles.
El Mundo respondió al rey:
pues deja, suelta, quita la corona;
la majestad, desnuda, pierde, olvida;
vuélvase, torne, salga tu persona
desnuda de la farsa de la vida.
La púrpura, de quien tu voz blasona,
presto de otro será vestida,
porque no has de sacar de mis crueles
manos, púrpuras, cetros ni laureles.

Es el teatro de la guerra en el que unos representan el papel de la libertad a costa de los que llegaron cuando solo quedaba lugar para los siervos.

El mundo se sostiene en lo coercitivo del miedo arrojado entre alianzas defensivas que en nada se diferencian de las ofensivas. Lección contundente de la necesidad del poder como supuesto de toda libertad. No se conoce una nación poderosa en los campos de la ciencia, el pensamiento, la economía y la cultura sin el poder que le dan las armas. En eso sí que las naciones han aprendido a prepararse para la guerra, que como era de esperar ya todo lo abarca.

Tener la voluntad, la libertad y la capacidad para vencer son principios del arte de la guerra que cada día se muestran más necesarios, a la vez que vulnerables a través de la acción a que son sometidos en esos periodos de no guerra. Tratarán unos y otros de hacer su labor preparatoria antes del trueno para que la resistencia sea mínima.

«Debieron juzgar que no son los ciudadanos armados quienes originan las tiranías, sino las malas instituciones y los malos gobiernos, y donde el gobierno es bueno no hay motivo para tener las armas en manos de los ciudadanos».

La educación y preparación serán los que marquen la diferencia en cada tipo de conflicto, ya que la sutil frontera entre guerra y paz se difumina y los campos decisorios de la guerra no se

mueven solo en las decisiones que emanen de los estados mayores del más alto nivel, sino que estamos en una conjunción entre los campos diplomático, militar y económico, de la información y el social, estrechamente dirigidos por el mando político cuya intervención en los conflictos del futuro hará que las decisiones en un momento determinado emanen exclusivamente de su poder que nadie sabe en qué reside. Es una suma incierta de las capacidades de los poderes del Estado y de su sociedad. No hay en la guerra futura nada ni nadie que individual o colectivamente no se vea implicado de manera activa en la guerra, que será total, sin diferenciar elementos de poder o no.

Hay un factor clave en la estrategia mundial que percibimos como un nuevo mundo que se aproxima y al que habrá que esperar con nuevas actitudes, ya que en nada se parece a lo que hasta ahora era el conocido como dominante. Mejor estar preparado ya que si hay algo diferenciador entre pasado, futuro y presente es un incremento poblacional que trae la rivalidad por el acceso y control de los recursos que marcará nuestras vidas sumergidos en el factor predominante que viene: el desequilibrio.

Es lo mismo que esa gran tentación: la guerra.

No solo serán los recursos, sino que el aspecto social y los valores que dan sentido a la vida, las libertades, la religión, los derechos humanos, están sufriendo una mutación que será fuente de conflictos en breve plazo. Cuando esos conceptos intangibles son puestos en duda o se diferencian sustancialmente, incluso radicalmente, la confrontación está servida, es definitiva y puede llevar a un retroceso civilizatorio inesperado.

El acceso a la tecnología está al alcance de todos, pero a cambio de un alto precio: ser dominado por armas más sutiles y menos ruidosas que los misiles, pero de efectos más catastróficos. Son las guerras del alienamiento, tan poco estudiadas.

La guerra se caracterizaba por el uso de la fuerza y esta se depositaba en las armas que cada vez ganaban en distancia y menor presencia en los campos de batalla, que ahora todo lo abarcan. Armas y no armas, combatientes y no combatientes ya no se distinguen, todos formamos parte de unos ejércitos en los que tu reclutamiento viene dado en cuanto naces y eres movilizado en cuanto manejas un aparato-arma tecnológico, en cuanto te atreves a pensar.

En lo social, se observa el incremento de diferencias sobre la percepción del valor de las libertades y de la vida humana, y el enconamiento de los conflictos cuando coinciden divisiones culturales y religiosas, que además estimulan la radicalización violenta, hacen que las armas y las letras se entretejan y que, en lo más profundo, sean lo mismo. Y que el alma de una nación esté hecha de la armonía de ambas.

Deberemos medir las consecuencias de encontrarnos en lo que los manuales de guerra ya definen como zona gris, que se caracteriza en principio por la ausencia activa de las clásicas máquinas de guerra y de los enfrentamientos totales entre soldados, de manera que sin alterar el clásico concepto de paz hay un silencioso enfrentamiento al que no llamamos guerra, pero actúa de manera eficaz sobre las voluntades. Existe, en fin, una nueva zona del espectro de los conflictos donde predominan las actuaciones situadas al margen del principio de buena fe entre estados (*bona fide*), que pese a alterar notablemente la paz no cruzan los umbrales que permitirían o exigirían una respuesta armada. Es la llamada zona gris.

«La paz no es la ausencia de la guerra, es una virtud, un estado de la mente, una disposición a la benevolencia, la confianza y la justicia». No ofrece la menor duda: estamos en guerra. Es la guerra a la que no queremos nombrar con la crudeza de su nombre. Esperamos que el monstruo atómico no despierte del letargo, sin ser conscientes de que una mala digestión o un simple dolor de cabeza puede acabar con gran parte de nosotros. Ya no hay zonas de colores neutros, hay

guerra en su plenitud, sin melifluos lenguajes para rellenar folios sin finalidad.

En definitiva, después de siglos, se ha impuesto entre nuestras vidas el aforismo de que hacer la guerra no es lo mejor porque siempre trae funestas consecuencias para el vencedor o el perdedor.

Si encuentro el procedimiento para someter a mi enemigo, para anular su voluntad, conseguir que le atraiga la mía como mejor solución, ¿para qué voy a provocar la desolación solo necesaria en caso extremo? Luego solo tendré que recurrir al equilibrio necesario con procedimientos silenciosos, pero tan eficaces como una mortal explosión.

Nos anuncian que si queremos construir una sociedad más justa y segura, debemos dejar que las armas caigan de nuestras manos porque, si no, la paz no es más que un sonido de palabras. Hoy nos espera la guerra a la puerta de nuestra casa, nos acompaña, pero lo peor es que se cuela dentro de nuestra morada y vigila nuestros sueños y pensamientos. En paz, eso sí.

Preocupante es que no veamos cuáles son las armas que se están usando en esta insidiosa guerra, que sin necesidad de explotar causan terribles sufrimientos de desigualdad y esclavitud por falta de libertad. Los que te invitan a tirar las armas son los mismos que las recogen y arman a sus ejércitos.

Un día, ante tanto horror, el hombre inventó una mesa redonda donde reunirse antes de provocar un enfrentamiento. Le pusieron el nombre de Organización de Naciones Unidas. «Las Naciones Unidas nacieron oficialmente el 24 de octubre de 1945, después de que la mayoría de los 51 estados miembros signatarios del documento fundacional de la Organización, la Carta de la ONU, la ratificaran. En la actualidad, 193 estados son miembros de las Naciones Unidas, que están representados en el órgano deliberante, la Asamblea General».

Unas veces aparece y otras no. Es y no es. Al final los mismos que se enfrentan son los que toman decisiones o se limitan a hablar en tono conciliador y falso. El problema es que solo son cinco. A saber: Estados Unidos de América, Rusia, Francia, Reino Unido y China. Poder de veto. Consejo de Seguridad. Los demás son sonora comparsa. Nada más.

A la guerra no deberíamos temerla, tampoco buscarla, solo esperarla.

Los que provocan la guerra o tratan de evitarla son los que llevan el altavoz con el que a todos nos llega su mensaje. Son contradictorios, confusos y tan melifluos que invitan a las colmenas al enfrentamiento por su dulce sabor a guerra.

El mando

«El cabo, como jefe más inmediato del soldado, se hará querer y respetar de él, no le disimulará jamás las faltas de subordinación: infundirá en los de su escuadra amor en el oficio, y mucha exactitud en el desempeño de sus obligaciones; será firme en el mando, graciable en lo que pueda, castigará sin cólera, y será medido en sus palabras, aun cuando reprenda».

Este código es fiel reflejo de lo militar, en la guerra o su intermedio llamado paz, es el resumen del mando y disciplina, de la necesidad de mantener ante todo una célula básica que constituya lo que llamamos milicia, donde unos mandan y otros obedecen, los uno y los otros para constituir un conjunto sólido y fuerte capaz de resistir ante el dolor, el terror y la muerte. Todos.

Es muy difícil conformar un conjunto así, pero está escrito en la historia de la humanidad y de esta forma elemental se han formado grandes ejércitos que han dejado asombrado al mundo.

La escuadra, un pequeño equipo de hombres mandado por un cabo, es la célula básica del conjunto, donde lo militar empieza a tomar forma, donde se conforma la unidad física y moral, el

primer eslabón de mando y obediencia, que constituyen la organización más antigua y valiosa del hombre para la guerra.

Hombres y máquinas se juntan en sistemas para servir en la guerra y ello conlleva un proceso complejo, humano y material, siempre en estudio y evolución. Hoy con estructuras más inestables y de dudosa eficacia.

No son las armas las culpables de la guerra, sino el depósito que las guarda: el corazón del hombre. «Si queremos construir una sociedad más justa y segura, debemos dejar que las armas caigan de nuestras manos. La paz no es más que “un sonido de palabras” si no se funda en la verdad, la justicia, la caridad y la libertad» (papa Francisco).

Ni una sola palabra ni el más mínimo reproche a estas pontificias palabras.

Podría preocupar, si acaso, una cierta ceguera que no ve cuáles son las armas que se están usando en esta insidiosa guerra y que, como ya se ha dicho, sin necesidad de explosionar causan terribles sufrimientos de desigualdad y esclavitud por su directo ataque a la libertad. Cuando unos tiran las armas, pronto son recogidas por otros. No son misiles las armas que hoy más dañan, sino otras más sutiles y menos ruidosas, que preceden al lanzamiento de las bombas. Palabras que hacen mella en corazones abandonados y alejadas de toda formación y enseñanza, únicos procedimientos que pueden entreabrir los ojos.

Alienados todos como borregos, acudimos balando al matadero. ¿Dónde está el pastor?

No hacen falta bombas atómicas para la destrucción, sino una sencilla aplicación en un teléfono. Suena la flauta de Hamelín. Todos detrás.

El 14 de julio de 1789 la Revolución no fue sino la puesta en escena, el estreno de una obra teatral: «El hombre libre» que pasado el primer acto quedaría en fuegos artificiales, en un recuerdo violento que buscaba lo mismo que la guerra: una quimera y mucha destrucción. Soñar es el señuelo y después, tras abrir los ojos, tras el tiempo perdido, la destrucción.

¿Quién nos puede contar algo de esta guerra que nos asola? Va siendo hora. Somos mayores de edad. O deberíamos serlo. Es tan fuerte el señuelo que «aunque los muertos resucitasen...».

¿Qué sabemos de lo militar? Puesto que hay muchos soldados por ahí, por el mundo, ¿sabemos por qué y para qué?

Nos dejó Kipling este bello poema de difícil traducción:

*Nations have passed away and left no traces,
and history gives the naked cause of it.
One single, simple reason in all cases;
they fell because their peoples were not fit.*

(Es fácil la conclusión.
Las naciones han pasado y no han dejado huellas,
y la historia nos da la causa de ello.
Una única y sencilla razón en todos los casos;
cayeron porque sus pueblos no eran aptos).

En cualquier caso más peligroso que hacer frente al ataque es dar la espalda al enemigo.

Las conversaciones sobre el hecho de la guerra no se prodigan, son difíciles y tristes, sus consecuencias sustituyen al hecho, por lo que nunca se pone remedio a las razones primarias de los enfrentamientos, que, aunque cada vez son más espaciados, aumentan sus horrores y el número de las víctimas. Mejor el silencio, que cada día bastante tiene con su afán como para pensar en el de mañana.

Ante el apocalíptico horizonte, mientras todos reían, el filósofo advirtió:

«Y solo se me ocurre, para terminar, excusarme de mis generalidades recurriendo al primer griego que usó la palabra “filósofo”, Heráclito de Éfeso, que afirmaba, como postulado fundacional, que “la guerra es el padre y el señor de todas las cosas. Y a unos hace libres y a los otros siervos”. El filósofo y el estratega eran, en el fondo, lo mismo para el griego de hace 2.600 años» (Gabriel Albiac, *Diccionario de adioses*, Confluencias, 2020).

Ahora también, como si el tiempo se hubiese detenido aquel día. No nos hacen caso; ni a uno ni a otro. El filósofo calla y el estratega obedece.

«El devenir está guiado por el conflicto».

¡¡¡Bum!!! Onomatopeya que ha perdido su sonido de gravedad, ha cambiado su tono y suena dulce desde sus desconocidos orígenes, sin dejar de producir el mismo efecto que las antiguas explosiones: un sonido que nos hace siervos frente a otros, tan peligrosos, ruidos: melodías de paz, angélicas, envolventes, melifluas y sostenibles. Lo llaman progresismo.

«Almas humanitarias... pues en asuntos tan peligrosos como es la guerra, los errores que se dejan subsistir por benignidad son precisamente los más perjudiciales» (Clausewitz).

En la guerra no existen reglas fijas. Las reglas se establecen de acuerdo con las circunstancias. La suprema habilidad consiste en vencer sin derramar una sola gota de sangre. Esto se sabe desde el periodo de los Reinos Combatientes, cuando la guerra se convirtió en actividad fundamental. Desde entonces se profesionaliza su práctica y los grandes pensadores se ocupan de ella como una filosofía de influencia y expansión del poder de las ideas.

Desde un principio la guerra no se hace para apoderarse del terreno, que no es lo más importante porque los objetivos ya no se marcan en los mapas, sino en las voluntades. La guerra tiene otros caminos para llegar a los objetivos no marcados en el terreno, más sutiles y ocultos cuya conquista provoca mayores efectos de destrucción física y moral.

Vivimos la guerra caliente, en su más alta temperatura: un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad, con una fuerza ni siquiera física, pero con su misma finalidad: someter al enemigo a nuestra voluntad. El paso adelante ha sido descubrir otro poder, ya no es necesario aplicar la fuerza, sino que basta el empleo de un procedimiento invisible que aparece en la pequeña máquina que siempre nos acompaña como una implantada conciencia. Un receptor de llamadas nos guía y dirige, teledirige.

Los resultados son los mismos que los que producen las bombas, porque anulan lo individual, acaban con el ser, aunque de manera más eficaz y menos criticable. Las voluntades se rinden a su guion. La destrucción produce placer, no hay dolor en las muertes que va dejando; algunas siguen su vida virtual en la nube por mucho tiempo. Creíamos haber vencido a la muerte y así vivimos en esta falsa eternidad que a ningún sitio conduce.

No hay diferencias entre los objetivos de aquellas armas y estas nuevas. Tampoco las guerras se declaran formalmente. Simplemente suceden como algo habitual, sin mucho sentido ni necesidad de entenderlas mientras estén lejos. Hay distintos tipos de enfrentamientos que sin explicación a la vista acaban convirtiéndose en una guerra total. No todas las guerras se desarrollan igual, aunque todas buscan el mismo fin y terminan siendo una sola que a todos envuelve.

En siglos de historia se ha producido un salto cualitativo. Se tiende a vencer sin derramar una sola gota de sangre, que es la forma más hábil de ganar una guerra. Los que son expertos en el arte de la guerra someten al enemigo sin combate. La fuerza física no es el único medio.

«Debe un príncipe no tener otro objetivo ni otro pensamiento ni dedicarse a ningún otro arte fuera del de la guerra y de las órdenes y disciplina de la misma porque ello es el único arte que se espera del que manda».

Del príncipe al general, del general al político, del político a la total destrucción. Nada nuevo en el fondo, aunque cambien las formas.

En la *Ilíada* aquello que se llama «dioses» son armas muy poderosas que actúan mediante el engañoso sueño: las flechas, una plaga, el rayo o un río que se levanta. Ilusiones, mensajes subliminales de aquellas redes que enlazaban el monte Olimpo con el devenir de los hombres.

«La política penetra todo el acto guerrero y ejerce en él una constante influencia en tanto que lo admita la naturaleza de las energías desplegadas en la guerra». La guerra es un verdadero instrumento político. «El propósito político es el fin, la guerra el medio, y jamás pueden concebirse medios sin un fin» (Clausewitz).

Hasta aquí está claro. La pregunta debe ir más allá: ¿cuál es el fin cuando no hay política que entienda la necesidad de la defensa —acción para el bienestar, la convivencia y el cumplimiento de la ley (cumplir y hacer cumplir la ley)—, cuando no hay propósito político de defenderse, cuando no hay medios para ello, cuando no hay nada? Incluso cuando el ataque se produce desde dentro.

Algunas naciones se depuran, revisan sus instituciones y hay una purga inmediata cuando perciben la contaminación. Las sociedades en su conjunto son muy sensibles a los cambios provocadores, por lo que la guerra construida desde dentro es más difícil. Hay naciones, cada vez más, cuya respuesta es la de la rendición, la entrega sin condiciones a cualquier enemigo que presione.

Las guerras, también las civiles, tendrán que aparecer: el espíritu humano viene notando que se precisa un cambio. Se impondrá desde dentro o desde fuera. «La naturaleza humana está hecha de tal manera que para llevar a cabo las cosas necesarias no le bastará con la inteligencia, lo que le proporciona enseñanzas es ante todo el dolor». El dolor ha llegado y no hay acuerdo, sino muchas entregas y concesiones donde el mando no conduce a los pueblos a un orden nuevo y pacífico, sino a multiplicar las fuentes de conflicto.

«Cuando han fallado los medios para alcanzar un acuerdo siempre ha sido árbitro la guerra. Y el juicio que ha emitido se ha basado en el poder más bien que en el derecho, aunque a veces haya prevalecido el derecho» (Bernard Law Montgomery, mariscal).

En ocasiones no prevalecen ni el poder ni el derecho, sino la cobardía, que se convierte en perdedora de la batalla. Tenemos el poder, el derecho, pero nos falta el propósito político. Es el caso llamado entrega sin lucha. Se llama, en términos de mando, rendición o traición; alta traición.

La incompetencia política, como demuestra la historia, nos ha conducido a las mayores calamidades: guerra. No echemos la culpa a quienes no la tienen. La victoria es la única reconciliación posible con tu pueblo y si pierdes la batalla definitiva será inútil todo lo que hayas realizado antes. Serás olvidado.

«Amar la paz y saber hacer la guerra, estimándome y premiándome mi rey, no solo por mi competencia en la guerra, sino por lo que le aconsejo en la paz. A ningún rey que sea sabio y prudente y quiera gobernar bien, le conviene tener junto a sí otra clase de personas, porque si son demasiado amantes de la paz o de la guerra, le harán cometer errores». (Maquiavelo, *El arte de la guerra*).

La guerra pide prudencia para ganarla y el imprudente es el general que se descubre en su belicosidad. Un general predecible es un general derrotado.

Troya era el paso, la fortaleza que dominaba el camino de Europa a Asia. Allí se inicia la historia, al menos el relato de la más fantástica batalla del ser humano, en la que los protagonistas son invariablemente las pasiones y los dioses; que es lo mismo. Un relato en el que

se muestran los distintos arquetipos que se dan en el combate, en la vida, desde la prudencia, la reflexión a la temeridad, y narra lo que es un buen soldado, un jefe de gran autoridad, un líder, un mando y hasta un diplomático, un estudio psicológico clave para entender los hechos de guerra y las pasiones que se desatan. Nada ha cambiado.

Se desarrolla en un latido entre el amor y el odio, la vida y la muerte, y no hay virtud o maldad que no tenga su protagonismo sin más juicio que la constatación del paisaje que ofrece el campo de batalla, único lugar donde les es posible vivir. Todos mueren, pero antes han dejado su huella en un gesto final que nadie reprocha ni juzga, sino que conceptúa una realidad que nada ha cambiado —siglo VIII a. C.— hasta nuestros días. Las mismas pasiones y los mismos dioses que llevaron y llevan a los hombres a la guerra.

«A muchos la muerte en campo abierto, en el combate honroso, les pareció la única solución, la más hermosa. Con ellos cayó a tierra el mejor grano de semilla, el grano lleno» (Ernst Jünger, *La paz*).

En lo que más se ha esforzado el hombre en su historia ha sido en aprender a hacer la guerra. Por encima de morir aprendimos a matar y desde entonces se canta al amor, a la vida, y se alaba la gloria y el heroísmo. En ese escenario permanente surge lo mejor y lo peor del hombre, el hombre mismo, el sacrificio voluntario de los defensores de la patria, el honor, la cobardía, los duelos, las violaciones, las angustias, la vanidad, el egoísmo... Todo está y se refleja en el campo de batalla. Héroe y villano son la misma cosa y quedan reflejados en los dioses que actúan y de los que se alimentan hasta encontrarse en la soledad del Hades.

Todo poema de guerra gira alrededor de la ausencia. La guerra es tan terrible en su conducción que el mayor de los temores es acometer su dirección militar, acto esencial para el que no todos tienen condiciones ni son muchos los que lo aceptan con la seguridad y preparación que exige llevar a miles de hombres al enfrentamiento.

Lo militar en la guerra es un acto fundamental de mando inteligente, de combinación de valores morales y capacidades materiales, de sagacidad y atracción, de saber elevar la moral en la derrota y aprovechar el más mínimo resquicio de victoria. Nadie está derrotado militarmente mientras le quede unidad y mando que transmita seguridad y valor.

Nada podrá conducirse sin el guía, el mando. Aquiles, fuerza y poder, valor moral, es el resumen de la victoria, nacido para el triunfo de todos a costa de la muerte. Luchan con coraje, pero el resto son sustitutos, no el mando de la guerra cuya ausencia provoca la muerte de los guerreros más valientes. Él es el redentor en la batalla.

Desde que Homero escribió la *Ilíada* todo sigue igual. Nada ha cambiado. Quedó en aquellos cantos proféticos que todavía resuenan entre nosotros sin que ni siquiera las armas hayan variado.

Empieza todo con una peste que sale de las flechas de Apolo y termina con la vejez suplicando poder sepultar a la juventud atrevida. Será un simple armisticio. Esa es la guerra que termina en el dolor inverso del padre que entierra al hijo.

A lo largo de la historia militar de la guerra la ausencia prima en el relato; derrotas surgidas de la falta de un guía en el combate.

Aquiles era la pieza que esperaba completar el mosaico de la guerra, que termina con su entrega a la lucha cuando ya se ve perdida. Una metáfora del final.

Siglos más tarde un ejército se encuentra en la misma situación, sin mando que conduzca con acierto a los guerreros. «Inútiles hubieran sido su talento y valor si no se les hubiera presentado la ocasión de emplearlos de la misma manera que no hubiera servido para nada la oportunidad sin sus cualidades personales».

«¡Demostrad que sois los mejores capitanes y más dignos de guiar ejércitos que los propios estrategos!»: *La retirada de los diez mil*. Un puñado de hombres desorientados, sin moral, quizá sin valor, lograron atravesar el Imperio con el ejemplo y la autoridad de quien ocupó aquella ausencia: «Entretanto, Jenofonte se paseaba a caballo entre las filas arengando a sus hombres: «¡Soldados, pensad que estamos corriendo hacia Grecia, hacia vuestras mujeres e hijos; haced ahora este pequeño esfuerzo y no habrá más lucha en lo que queda de camino!». Entonces Sotéridas de Sición replicó lo siguiente: “No estamos en igualdad de condiciones, Jenofonte. Tú vas a caballo y yo estoy completamente destrozado a fuerza de llevar el escudo”. Cuando Jenofonte oyó sus palabras, se bajó del caballo, lo arrastró fuera de la fila y, arrancándole el escudo, prosiguió la marcha con él en las manos lo más deprisa que pudo, todavía llevaba encima la coraza de jinete, con lo que soportaba un enorme peso» (*Anábasis* III, 4.46-49).

Desde que lo describió Homero permanece indiferente el relato, que aguanta el paso de los siglos y se mantiene como primer libro de guerra. Homero es el cirujano que abre las entrañas de las pasiones de la guerra y de la paz, los motivos, la ejecución y la retirada envuelta en mayores tragedias y pasiones.

Es el comienzo escrito de esta historia de la vida del hombre que es la guerra, cuando lo militar no existía, era simplemente el acontecer diario de la vida que sigue siendo un constante percibir la ausencia. Cada paso que da la humanidad, siempre queda referido a un líder que marca el terreno de la historia. Aunque sea breve y temporal, queda para siempre: guerra o paz.

Antes eran generales, ahora sus nombres han sido sustituidos por otra clase de mandos sin uniforme para una guerra multiforme.

En ello hay presencias notables y ausencias aún mayores. Unas veces Aquiles, otras fue Jenofonte. Ahora también: la ausencia nos hace más débiles.

Hemos evolucionado hacia la *catábasis*. Lo avisó el mensajero en *Orestes*: «Porque así es la casta. Los heraldos saltan siempre del lado de los afortunados. Amigo de ellos es todo el que tiene poder y ocupa cargos en la ciudad».

Y surge de la boca del *Orestes* de Eurípides el mayor insulto que recoge la literatura de todos los tiempos: «¡Oh tú, que, salvo para conducir un ejército en pos de una mujer, para nada más sirves!». Nada hay escrito que recoja tanta humillación.

La ausencia de un guía se hace patente y cada vez es más necesario que alguien se baje del caballo, arrastre al triste y al llorón fuera de la fila, y arrancándole el escudo prosiga la marcha con él en las manos lo más deprisa que pueda, aun soportando un enorme peso, el suyo propio y el de los demás. Es el mando, un jefe, lo que ha guiado el acontecer de la guerra y, hasta hoy, su ausencia ha sido lo más notable de las derrotas, cuando el general se creyó por encima de sus hombres y con un poder insustituible.

Son el valor y la experiencia los que se levantan a dar solución a los afligidos aqueos. Diomedes, valiente en el combate, se niega a la retirada y habla por sus hombres, por los agueridos aqueos. Néstor, el caballero, inicia su discurso con una definitiva sentencia: «Sin familia, sin ley y sin hogar debe vivir quien apetece las horrendas luchas intestinas». Después aconseja a Agamenón que congregue a los caudillos y siga el parecer del que le dé el mejor consejo. «Pues de uno bueno y prudente tienen necesidad los aqueos, ahora que el enemigo enciende tal número de hogueras junto a las naves... Esta noche se decidirá la ruina o la salvación».

Ruina o salvación. De la decisión y del consejo dependen. La una es del jefe, la otra de su estado mayor, pero la responsabilidad es únicamente del que manda sin poder delegarla ni compartirla. La guerra es un ejercicio responsable donde la soledad del que manda es tan acusada

que llegada la derrota o la victoria se sienten de la misma manera, porque solo tú has consumado ruina o salvación. Eso nos estamos jugando.

Los principios de la guerra poco han variado. Los procedimientos lo han cambiado todo.

El arte del engaño es la máxima que hoy impera impregnando cualquier actividad humana, sin necesidad de campos de batalla, que lo es cualquier lugar. ¿Para qué derramar sangre? Se engaña al enemigo mediante la creación de apariencias o de ilusiones. Es lo que hoy nos brinda la nueva cultura de las redes desde donde nos atenazan mientras seguimos creyendo nadar en el mar libre. Una vida más parecida a la *Odisea* con sus atractivas llamadas ante las que nos vemos incapaces para defendernos de monstruos y sirenas.

Toda lucha, en paz o en guerra, está basada en el engaño, y a pesar de ello la clave de un buen ejército no debe estar en el número de los que lo forman, sino más bien en su virtud, que debe conservar. En la milicia virtud equivale a destreza en el manejo de las armas, la observancia de la disciplina militar y sobre todo y por encima de todo es un requerimiento a la confianza en estar bien mandado.

El valor solo, nunca es suficiente si no está sustentado en el arte de la guerra, en saber con pocos vencer a muchos, mantener la autoridad del general, vigilar sobre su ejército y estar atento a todos los movimientos del enemigo para no ser sorprendido. Nunca hubo maestros como los españoles en este difícil campo de la milicia. Eran nuestros generales los más destacados, las mejores escuelas de soldados fueron las suyas, españolas, las tropas más aguerridas, la mejor infantería del mundo. Algo aún queda; sin duda. Los principios del arte de la guerra permanecen en el tiempo. Arte y disciplina.

«El conocimiento del arte militar aumenta el valor, porque generalmente los hombres ejecutan con bizarría lo que tienen seguridad de que han aprendido bien».

Conviene recordar la estrategia ofensiva de Sun Tzu: «El que sobresale en la resolución de las dificultades las soluciona antes de que se presenten. El que sobresale en las victorias sobre sus enemigos triunfa antes de que las amenazas de estos se concreten».

Por ahora nos ejercitamos en crear problemas, en fomentarlos, acumularlos batalla tras batalla. ¡Bien mandados! Con jefes cambiantes y dispares es difícil por imposible.

Mantener la idea sin vacilaciones requiere muchos conocimientos y fe en tus soldados.

Si caes en manos de aficionados o pusilánimes la derrota está asegurada.

¡Esos ejércitos!: «¡Glaucó, guardián de los rebaños! Te pondré en la mente esta advertencia: ante todo da de comer al perro junto a la puerta del patio, pues es quien primero oye al hombre que se acerca y a la fiera que entra en el cercado» (Homero, *Himnos*).

«A esto contestaré que la guerra es un arte con el cual ningún hombre en ningún tiempo puede vivir, como particular, honradamente, correspondiendo ejercitarlo a las repúblicas y a los reinos. Ninguno de estos, cuando está bien organizado, consiente a sus ciudadanos o súbditos guerrear por su cuenta, ni ningún hombre de bien ejerció el arte militar como oficio privado».

Olvidar lo militar, lo que sustenta un ejército, sus tradiciones y cultura ancestral, es el soterrado desarme artístico que deja a un pueblo indefenso y derrotado sin dar batalla, sin voluntad de vencer.

Nada nuevo para un soldado, ya que es un principio fundamental del arte de la guerra que ni siquiera es necesario dejarlo escrito. Un acuerdo intelectual, la exaltación de cuantos valores morales animan y conducen al logro de la victoria, la fe en el triunfo.

Lo militar se aplica cada día en las empresas y negocios, en cada ocasión y en cada momento, con la selección de sus hombres y la adecuada instrucción y perfeccionamiento de sus intereses y valores. Para vencer: voluntad de vencer. Es el principio y el primer pilar para la victoria. Parece

una perogrullada, pero también lo es que la razón de ser de los ejércitos es la defensa militar, el combate, la guerra. Hay ocasiones en las que la perogrullada se convierte en paradoja. Por ejemplo cuando dejas de creer en lo que haces, cuando el enunciado se convierte en simple propuesta sujeta al turno cambiante de grupos o partidos, cuando no te reconoces y pones en duda tus principios o los escondes con meliflua actitud.

Estos tiempos son capaces de poner al mando a hombres que piensan que el ejército ya no está para la guerra, que ahora la sociedad demanda otra cosa, lo que significa que busca acabar con la voluntad de vencer.

Valor, virtud que engalana a la voluntad de vencer.

¿Voluntad de vencer? El soldado nunca la perdió.

Un infante es un conjunto equilibrado de capacidades medias. «Entre soldados solo miramos al que más avanza».

Ahora todos somos infantería que solo necesita un buen capitán que la encabece, porque como decía Marcos de Isaba: «El que a la guerra viniere, ha de traer puesto el ojo al servir y vivir virtuoso, y no a la merced, que sin merecerla procura que se le dé, y ha de entender que no puede ser maestro quien no hubiere sido discípulo».

«¡Qué galán, qué alentado,/ envidia tengo al traje de soldado!», exclamaba el hijo del alcalde de Zalamea al verlos desfilar. Era un capitán y el cabo detrás, que «cuánto es más eficaz mandar con el ejemplo que con mandato; más quiere llevar el soldado los ojos en las espaldas de su capitán, que tener los ojos del capitán a sus espaldas. Lo que se manda, se oye. Lo que se ve se imita. Quien ordena lo que no hace, deshace lo que ordena» (Francisco de Quevedo).

Los principios del arte de la guerra

Dejad que huya gimiendo el ciervo herido
y el corzo siga retozando.

Cuando uno vela, el otro está dormido,
y de este modo el mundo va marchando.

SHAKESPEARE, *Hamlet*.

Los principios del arte de la guerra para el mundo militar clásico eran innatos y a lo largo de los tiempos han quedado como inmutables, plasmándose en letras de oro que valen para cualquier ejército: la *voluntad de vencer*, la *libertad de acción* y la *capacidad de ejecución*. Desde que se practicaban sin necesidad de redactarlos hasta que se enseñaron en los centros militares se sabe que desatender cualquiera de ellos puede conducir al fracaso. No son viejos postulados de guerras pasadas, sino que cada vez se ven más necesarios y su olvido o desprecio es la mayor causa de derrota en la guerra.

Para ganar hay que tener voluntad de vencer.

La voluntad de vencer no es doctrina pasada, sino que se muestra de nuevo como el futuro de la guerra. Y no solo en la milicia. Es la clave para no quedarnos anclados en el pasado... ¡que vuelve!

«La guerra en la que no queríamos creer ha estallado, y nos ha traído la... desilusión» (Sigmund Freud, *Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte*, 1915).

«¿Hay una manera de liberar a los seres humanos de la fatalidad de la guerra?», le preguntaba Einstein a Freud en el verano de 1932. Einstein reconocía que la habitual orientación de su pensamiento no le permitía formarse una idea acerca de las profundidades del querer y sentir

humanos, y es por lo que confía en Freud para que le ayude a resolver el mayor problema que se plantea la sociedad. La sencilla inteligencia del sabio no era suficiente para conocer el alma humana, allí donde radicaba la contestación a su interrogante. Ello incluso le lleva a anticiparse a la respuesta: «Que los estados creen una autoridad legislativa y judicial para la solución de todos los conflictos que surjan entre ellos».

¿Por qué la guerra? No se responde de manera sencilla, no con la mirada puesta en lo militar, sino en el corazón del hombre.

Freud piensa y debate con el científico, dudan de que haya una definitiva respuesta y llegan a pensar que por mucho que indaguen nadie tiene la solución. En su análisis recuerdan la situación original en la que dominaba el mayor poder, la violencia bruta que se vio reforzada y sustituida por el empleo de las herramientas: armas y habilidad. Dice Freud que la superioridad intelectual comienza ya a desplazar a la fuerza muscular bruta, pero el objetivo final de la lucha sigue siendo el mismo: eliminar al enemigo, matarle.

Al fin, piensa que se pasará de la violencia al derecho, al poder de la comunidad, y de alguna manera se superará la violencia por la cesión del poder a una unidad más amplia. Pero la desigual distribución del poder entre sus miembros creó conflictos de intereses e incluso ocurrió que las leyes hechas por y para los dominantes concedieron pocos derechos a los dominados. Por tanto unos manejarán la fuerza y otros serán incitados constantemente a la violencia, incluso se da el oxímoron: pacífica violencia. Es la paz armada.

Al final no le queda más remedio a Freud que sacar a relucir la teoría de las pulsiones: «Conservar y unir (pulsiones eróticas) - destruir y matar (pulsiones destructivas)». Siempre en una se da algo de la contraria. Es la vida.

«Por consiguiente, parece que el intento de sustituir el poder real por el poder de las ideas está condenado por el momento al fracaso». Y sentencia: «El ser viviente protege en cierta manera su propia vida destruyendo la vida ajena».

Freud deja a Einstein en silencio. No volverán a hablar del tema. Queda abierta una esperanza que se frustra cada día: «Que la esperanza de que estos dos factores —la actitud cultural y el fundado temor a las consecuencias de la guerra futura— pongan fin a los conflictos bélicos en un plazo limitado no sea utópica».

Einstein y Freud no llegaron a soluciones. Se les había adelantado Pascal:

Guerra intestina del hombre entre la razón y las pasiones.

Si no hubiera más que la razón sin pasiones.

Si no hubiera más que las pasiones sin razón.

Pero, al haber lo uno y lo otro, no puede estar sin guerra, no pudiendo tener paz con lo uno más que teniendo guerra con lo otro.

Así, está siempre dividido y en contradicción consigo mismo

L621/B412. PASCAL, *Pensamientos*.

¿Después de la desilusión qué vendrá? Desde luego, no la solución.

La política sigue asustada y con exceso de aficionados que pretenden aprovecharse de ella. Las armas están vigilantes. En ningún momento han bajado la guardia.

Los principios, por lo tanto, se mantienen entre los que están en vanguardia ante la posible amenaza, que conocen. Los practican y transmiten.

Se sabe allí, en los lugares más avanzados que: «Solo quien tenga de la naturaleza humana una idea arbitraria tachará de paradoja la afirmación de que las legiones romanas, y como ellas todo gran ejército, han impedido más batallas que las que han dado. El prestigio ganado en un combate evita otros muchos, y no tanto por el miedo a la física opresión, como por el respeto a la

superioridad vital del vencedor. El estado de perpetua guerra en que viven los pueblos salvajes se debe precisamente a que ninguno de ellos es capaz de formar un ejército y con él una respetable, prestigiosa organización nacional» (José Ortega y Gasset, *La España invertebrada*).

En tal sesgo, muy distinto del que suele emplearse, un pueblo debe sentir su honor vinculado a su ejército, no por ser el instrumento con que puede castigar las ofensas que otra nación le infiera; este es un honor externo, vano, hacia afuera. Lo importante es que el pueblo advierta que el grado de perfección de su ejército mide con pasmosa exactitud los quilates de la moralidad y vitalidad nacionales. El pueblo que no se siente ante sí mismo deshonrado por la incompetencia y desmoralización de su organismo guerrero es que se halla profundamente enfermo e incapaz de agarrarse al planeta. La fortaleza está en los hechos, en la credibilidad de tus acciones; también en la contundencia del discurso.

No habrá paz mientras contra la violencia utilicemos exclusivamente la pasividad y el diálogo. La violencia no tiene normas ni leyes, tampoco las acepta, pero es precisamente con ellas con las que hay que combatirla. A ella solo se puede oponer un ejército regular constituido sobre normas jurídicas y morales capaz de hacerle frente.

«Con sus ciudadanos armados vivió libre Roma durante cuatrocientos años, y Esparta ochocientos. Muchos otros estados, que los tenían sin armas apenas han durado cuarenta años».

Los principios del arte de la guerra se imponen. Ejércitos que se desplazan lejos de su nación, luego se retiran dejando sangre, sudor y lágrimas por no haber medido bien la acción a seguir y por olvidar los principios de la victoria. No vale la retirada, sino un repliegue inteligente, a largo plazo, con una lenta transferencia, no solo de técnicas de combate sino de valentía, principios, educación y organización. Razones para luchar y vivir.

Es una labor mucho más compleja y amplia que la que puedan hacer unas fuerzas armadas de pacificación. Su presencia, incluso en lo que se ha venido a llamar misiones de paz, es imprescindible, y con actitud de combate y armas en la mano para poder facilitar el paso de la violencia al orden y la organización por un largo periodo de tiempo.

Todo está basado en unos principios que son guerreros y morales a la vez. Son virtud: valor, talento, oportunidad.

Las armas nunca se asustan y están en permanente estudio, adivinando el posible escenario próximo, aunque alguno enfoque de manera distinta sus estudios o solo recurra a la experiencia, como los dos mulos que tenía Federico el Grande, que después de más de cuarenta campañas sobre sus lomos seguían siendo mulos. Siguen alistados. Cocean por doquier.

Los principios del arte de la guerra no son enunciados, sino una guía para el estudio y el entendimiento del camino que hay que recorrer para la victoria.

La Primera Guerra Mundial se interpretó como «una guerra para acabar con las guerras», pero jugar con la política sin conocer los principios de la guerra y la paz es andar en la oscuridad por un río de gasolina iluminándose con una antorcha. El Escamandro. Solo es necesario un mínimo error. Después lo que viene es la guerra: donde ya no hay lugar para la moderación.

Cuando llega la dificultad de deshacer lo complejo de los malos entendidos, lo mismo da cortarlo con la espada que desatarlo. Es el nudo gordiano el que espera. «El dominio del mundo estaba destinado a quien supiese desatar el nudo gordiano» (Ernst Jünger).

No sirven los remiendos, sino los principios. Es todo un símbolo de lucha donde la espada deshace el nudo en el que los hombres se ven enredados y del que no se pueden liberar; mientras más se tira de cualquiera de los cabos, más se aprieta. Quizá el golpe de espada de Alejandro Magno que deshace el nudo gordiano sea un gesto profético que se va a ir cumpliendo día a día, cuando la habilidad política no es capaz de resolver el problema y recurre a deshacer las ataduras

gordianas con la espada.

«En el golpe de espada resplandece una consciencia nueva del tiempo y del espacio, una consciencia que proyecta una luz clara sobre los sucesos. A los que, cual si fuera un troquel, acuña y convierte en historia» (Ernst Jünger).

No se vislumbraba aún el día en el que «los generales, satisfechos del triunfo, volvían gustosos a la vida privada, y los soldados dejaban las armas con mayor placer que las tomaban, dedicándose a las ocupaciones ordinarias que aseguraban su subsistencia, sin que nadie intentara vivir con el oficio de soldado y el producto de las guerras», porque las guerras ahora ya alimentan a otros que no visten uniforme ni son soldados.

Faltan los principios y nos asolan los nuevos procedimientos.

«Con dos mil años de ejemplos a nuestras espaldas, no tenemos disculpas, cuando combatimos, si combatimos mal» (Thomas Edward Lawrence).

2. LO ARTÍSTICO

«Me volví y vi debajo del sol, que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los elocuentes el favor; sino que tiempo y ocasión acontecen a todos» (Eclesiastés 9,11).

Buscar la verdad de algo tan antiguo, tan habitual, como lo es el arte de la guerra, resulta un duro trabajo filosófico, aunque muy necesario. Sus razones están tan metidas en el hombre como ocultas. No se diferencian hombre y guerra. De ahí que juguemos al hablar de ella con el arte y la filosofía más que con otras indefiniciones. Nadie desea ni ama la guerra, pero la cruda realidad parece decir que es el mal inevitable y su recorrido abre la literatura universal, ahonda en sus razones y hoy es la portada de cualquier medio de comunicación. Nada ha cambiado y debe seguir siendo el arte más fino y sutil que el hombre conoce, porque ella lo atrae con mayor fuerza y elegancia que el rechazo. No se aleja para siempre, va y viene, se esconde y aparece, se quiere y se rechaza, es y no es, ¿qué es la guerra? ¿Necesidad?

Empiezo a tener dudas sobre el arte en general y en concreto con el de la guerra. No es arte cualquier actividad del hombre, aunque en la rutina de su cotidiano quehacer pueda serlo si se activa la imaginación y surgen nuevas ideas. El arte debe ser virtud asequible, al menos que se entienda, y con la necesaria técnica que evite el fraude. El fraude nos embelesa y por ello la razón suele estar ausente en la falsedad de algunas de las cosas a las que bautizamos como arte.

El arte de la guerra. Parece un oxímoron, pero puede ser a la vez un pleonismo. Depende. Sin duda la primera actividad del ser humano debe entrar en la lista de las artes. Parménides y Platón hablaron de filosofía y ¡cómo no!, de guerra: «La guerra es el arte de destruir a los hombres, la política es el arte de engañarlos». Elegir entre destrucción o engaño es posible, pero ambas llevan al mismo lugar.

Hay que ir con cuidado. Es pura filosofía: «Esto debe de ser arte, porque no lo entiendo». Eso que no se entiende es la política, dudoso arte, confundida tantas veces con la guerra aun cuando los actores políticos pretenden achacárselo a otros males, entre ellos a lo militar, cuando su fracaso es el que lleva a utilizar las armas en un intento de esconder el engaño y mantenerse en el puente de mando sin variar el rumbo. Es la estocada mortal de la política.

Descifrar los motivos de la guerra es un imposible que en todas las épocas se ha planteado y hasta ahora se queda en su indescifrable solución.

La guerra pretende una única cosa: la posesión. Si existiese la libertad no existiría la guerra. Es el equivalente a la destrucción posesiva: o mío o de nadie. Esclavizar a los hombres, o engañarlos, también es destruirlos. Muchos se sienten más seguros con esa destrucción metódica que con el esfuerzo que supone ser libre. Al fin y al cabo la libertad exige un esfuerzo permanente, por lo que es más cómodo estar sometido, ser obediente a cambio de seguir un único y fácil camino.

La propuesta final de la guerra, la victoria definitiva, es «someter al enemigo sin librar batalla con él» (Sun Tzu); poseerlo es lo mismo. Engañarlo, el arma definitiva.

La guerra actual es la política, nada diferente de su actividad, un instrumento más, es la mismísima guerra, pero sin ruido, con armas silenciosas y penetrantes que te poseen directamente con la palabra y la imagen: el arte del engaño ya avanzado por Sun Tzu, pero sin honor. El engaño de la luz, el calor y el movimiento. Otra guerra, otras armas, otros guerreros, mismo fin. Consiste en no librar batalla; lo que pocos guerreros conocen y si lo hacen saben del peligro de su aceptación. La política de la guerra quedó como una forma de posesión gracias a las redes de misiles que transportan el mensaje con un artístico engaño, que parece y no es: un trampantojo. Sus generales portan tirsos y visten hipócritas uniformes mientras arengan con incuria. ¿Muerte? Pocas diferencias.

Palas Atenea relegada al Olimpo. Ápate es quien aparece al mando.

El arte es caprichoso y evoluciona por caminos insospechados para atraer a los posibles consumidores. La más atractiva de las artes es sin duda la guerra. «Pues bien, los principales cimientos y fundamentos de todos los estados —ya sean nuevos, ya sean viejos o mixtos— consisten en las buenas leyes y las buenas armas».

Las armas hicieron y sostienen las leyes, las leyes sin armas son románticos códigos. Ahora leyes y armas son lo mismo: se escriben al dictado político y se disparan contra la inteligencia. La tecnología ha inventado nuevos cañones e infantes minúsculos que recorren las redes. Nadie es capaz de detenerlos.

La política aprendió, en primer lugar, y sobre todo, que su engaño debería «hacernos creer que existía una inutilización, un desarme artístico del adversario sin causarle demasiadas heridas, y que tal sea la verdadera tendencia del arte de la guerra» (Clausewitz); leyeron sin entender y copiaron literalmente del guerrero-filósofo, sin continuar con el párrafo que seguía: «Por muy bello que esto nos parezca, nos vemos obligados, sin embargo, a destruir tal error, pues en asuntos tan peligrosos como es la guerra, los errores que se dejan subsistir por benignidad son precisamente los más perjudiciales».

Guerra-política. No busquen el arte; si acaso malas artes para alcanzar la posesión. Da igual cómo, se trata de destruir.

Estos momentos de guerra olvidan los condimentos del arte y han convertido la guerra en todo lo contrario al faltar el honor y el valor. Después de tantos años de guerra, tantos como tiene el hombre, esta ha dejado de ser un arte porque se hace sin los valores que la regularon desde la primera espada desenvainada. No hay arte en el camino que lleva a la solución rápida y fatal: una explosión que acaba con el tiempo.

«Si alguien cree que en el arte de la guerra hay algo más importante que conocer las preferencias y el carácter del general enemigo, es un ignorante y está cegado por la soberbia» (Polibio, *Historias* 3, 81, 1). Conoce a tu enemigo y concóctete a ti mismo y entre los dos elige la victoria; que puede que no esté en tus manos.

Todas las guerras tienen algo imprevisto y batallas que no responden a los cánones del arte. Si todo transcurriese en las monótonas y rígidas lecciones aprendidas en las escuelas militares, la guerra no tendría nada de arte, sino que consistiría en matanza tras matanza, a base del poder del armamento. El arte consiste en ganar sin combatir o al combatir obtener la victoria con un reducido número de bajas. Por eso no todos los generales tienen el dominio o la inspiración del mando en la guerra, una ciencia que se convierte en arte cuando se conoce la técnica y se vive en la virtud.

Resuenan en la historia las palabras del general más querido por sus tropas, además de victorioso, el único vencedor por sí mismo, Alejandro Magno: «Más que un remedio a la muerte, lo que yo busco es un remedio a la guerra». Guerra peor que muerte, a la que nadie encuentra

solución porque no está en nuestras manos ni la inmortalidad ni la guerra.

El miedo a no saber enfrentarse a la guerra con el valor y la fuerza del artista ha llevado a muchos generales a la peor de las derrotas, víctimas de la incurable enfermedad del miedo, como sentencia el Magno: «Prefiero morir a manos de otro que por mi propio miedo».

«Merced a la fortuna o gracias al valor y al talento». No existe la fortuna, quizá el azar, algo con lo que se juega sin saber muy bien definirlo, pero hay un orden y una razón que está más cerca del conocimiento artístico de la guerra que del azar.

Eran otros tiempos. Ahora se nos van esas virtudes que dignificaban un oficio tan antiguo; el más, el de guerrero. «Con dos mil años de ejemplos a nuestras espaldas, no tenemos disculpas, cuando combatimos, si combatimos mal» (Lawrence de Arabia). Cada vez se hace peor, se ha olvidado combatir, transformado en destruir; por fuera y por dentro. Nada hay que tenga más valor y fuerza que la libertad y si aún se es consciente de su falta queda la esperanza. Lo definitivo es cuando no crees que te la hayan robado porque naciste ya sin su valor. Cuando la libertad haya desaparecido de la faz de la Tierra no quedarán hombres ni guerras.

Nadie duda de la continua necesidad de adaptación a los tiempos. Nuevos procedimientos son necesarios para hacer frente a desconocidas formas de guerra y enfrentamiento en nuevas dimensiones, aunque convenga no olvidar que la razón de ser de los ejércitos sigue siendo la lucha armada, justificándose su existencia en la defensa de la sociedad y de la patria. Eso requiere una legislación de naturaleza moral, algo que solo la tradición escribe en los pliegos internos del alma y que se hereda de generación en generación.

«La victoria se reconoce en que gracias a ella la patria se hace más grande y poderosa» (Jünger). Pero ello queda reflejado, no en el fin de la guerra, sino en que la victoria dé paso a gobernar con unas leyes justas y unas instituciones que abran la participación a la capacidad y al mérito, y animadas por una idea de virtud que tiene como centro el bien común.

Lo artístico es saber ganar la guerra con el mínimo coste de vidas humanas y que la paz no sea un breve descanso, sino el ciclo final y prolongado de cualquier conflicto armado.

El arte de la guerra para ello debe vivir con la enseñanza en el menester común.

Dice Francisco Dávila Orejón, en su obra *Excelencias del arte militar y varones ilustres* (cap. XX): «Ya hemos dicho, que la guerra es arte; pero ese arte necesita de buena enseñanza, y la buena enseñanza es la disciplina militar, fortalece, y aligera los miembros, quita el pavor, ofrece consejo en medio de los peligros, y con soltura y diligencia halla el remedio de ellos en el buen orden que es menester tomar para hacerse de inferiores superiores; es madre de las victorias, y conquista; y ninguna nación dominó a otra tanto con la multitud, como la buena disciplina; y donde esta se halló, jamás hicieron facción los muchos».

Cuando se trata de transmitir todos los preceptos y reglas todo lo artístico debe ser ejemplar y a lo largo de la historia así se muestran los que han manejado la guerra con ese arte que guardan los museos de los libros únicos que nos lo cuentan.

«Marchaba (Alejandro) entonces al encuentro de Darío con intención de presentar nuevas batallas... Pero como la persecución había sido penosa y larga, pues en once días habían cabalgado tres mil trescientos estadios, la mayoría estaba desfallecida, sobre todo por la falta de agua. Allí se encontró con unos macedonios que traían del río odres de agua a lomos de mulas. Nada más ver a Alejandro, en mal estado por la sed, ya a mediodía, llenaron un casco y se lo acercaron. Él les preguntó para quiénes lo transportaban: “Para nuestros hijos —dijeron—; pero con tal de que tú vivas, ya tendremos otros, aunque perdamos estos”. Al oír esto, cogió el casco en las manos; pero al mirar alrededor y observar a todos los jinetes que le rodeaban con las cabezas vueltas y mirándole, se lo devolvió sin beber y les dio las gracias por su ofrecimiento,

diciendo: “Si solo yo bebo, estos perderán todo su ánimo”. Los jinetes entonces, al contemplar su fortaleza y grandeza de ánimo, prorrumpieron en gritos, animándole a que les condujera adelante, y fustigaron sus caballos: no podían consentir la fatiga, la sed ni, en una palabra, ser mortales, mientras tuvieran un rey como el que tenían».

No requiere la acción otro ejemplo de mando artístico cuando se es consciente de que la obra que está en sus manos late, es el corazón del hombre, por lo que hay que dar un paso más allá del arte rutinario. Sentir el latido y acompañarlo con el de tus hombres.

Paz y guerra

«Ve, caminante, y di en Esparta que nosotros caímos aquí en obediencia a sus leyes». Se puede leer en las Termópilas, en memoria de los que murieron defendiendo el angosto paso que aún se nos ofrece y «las leyes que ellos hacen», las que tú tendrás que defender. Incluso con la vida.

Es un engaño ese periodo transitorio al que llamamos paz y que jamás tuvo duración como para que ella dé su veredicto final. Son las cada vez más frecuentes guerras las que dicen y marcan el camino; y la ley. Siempre hay un estrecho paso que conduce al objetivo que en cada momento es distinto, lo es el lugar, los que lo pretenden y los que lo defienden, pero el sistema no varía.

La lucha, camino de cualquier lugar, se vuelve encarnizada cuando el poderoso que lo impide además muestra inteligencia. Dura poco la realidad llamada guerra, pero es brutal por la codicia que encierra, donde no hay más que ganador o perdedor, dominador y dominado, y tanto los unos como los otros siguen en la lucha incluso en el breve descanso de las armas.

Cualquier conflicto, desde los comienzos hasta ahora, tiene un denominador común con los demás: la lucha por los caminos que llevan a los recursos vitales y escasos. Ahora convendría determinar a qué llamamos recursos vitales, porque en cada momento son determinantes y distintos.

Los ejércitos tienen cañones, carros de combate, aviones, misiles y barcos. Mucho. De todo. Pero ese no es el problema de la nueva guerra que está ya en marcha. No se trata de enfrentar máquinas contra máquinas, ni siquiera vale hacer desaparecer del todo al enemigo, te perderías la satisfacción de tenerlo bajo tu dominio; y sentir su reverencia. Si seguimos con el concepto de que nada ha variado desde la guerra de Troya —y haríamos bien— el objetivo final de cualquier guerra es la posesión, el dominio, y para ello, si necesario fuere, se procederá al aniquilamiento total de la voluntad del contrario. Las armas no dejan de ser un medio, o el medio necesario si hay que llegar a ese extremo.

El acero, el bronce, el estaño entonces; el gas, el agua, el petróleo, o lo que venga ahora, los recursos en definitiva, no se buscan y dominan solo para la paz, sino para evitar la guerra o ganarla si es que es inevitable. En la vida del hombre lo más importante es él mismo, y entre todos destacan los príncipes, reyes, emperadores... los *basileos* deciden. El recurso es la excusa para poner en juego el enfrentamiento.

El concepto de guerra se mueve por todos los escenarios, abarca más allá de lo que podemos ver o controlar y sus ejércitos cada vez se llenan más de tecnócratas seleccionados con esmero e instruidos con precisión. En definitiva, cuando se definió la guerra como «un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad», todavía no se concebía que no hubiese otro medio distinto de la fuerza para lograr el fin; entonces se creía en la exclusividad de las armas destructoras. Ahora se suman otras sin el ruido del explosivo y que ya están en juego, lo cual no invalida el concepto de guerra, sino simplemente el medio utilizado: la fuerza y la no

fuerza.

La incuestionable estadística encoge el corazón más frío. El dato es de la introducción de *Hacia la paz perpetua. Un esbozo filosófico* de E. Kant en la edición de Jacobo Muñoz: «Inhumana o no, demasiado humano o no, la guerra ha sido compañera inseparable de nuestra especie desde que poseemos memoria histórica de ella. Desde el 3600 a. C. hasta mediados de nuestro siglo el número de guerras documentadas asciende a 14.351, no habiendo disfrutado la humanidad durante este vasto periodo de más allá de 292 años de paz. En el transcurso de 3.357 años se firmaron unos 800 tratados de paz, sin que ninguno de ellos durara, contra lo estipulado, más de 10 años. Se diría que desde la última Gran Guerra, que costó 17 millones de vidas militares y 34 millones de vidas civiles, las cosas han cambiado y que la única guerra digna de ese nombre ha sido “fría”. Nada más lejos, sin embargo, de la realidad. Solo en 1989, por ejemplo, tuvieron lugar 92 conflictos bélicos, unos interestatales, otros debidos al desgajamiento de nuevos estados a partir de estados preexistentes de envergadura mayor y no pocos causados por tensiones motivadas por diferencias de religión y etnia».

Fue el filósofo el que se adelantó a los tiempos; porque conocía el alma humana, es decir, la razón: «La paz no es la ausencia de la guerra, es una virtud, un estado de la mente, una disposición a la benevolencia, la confianza y la justicia». Ya lo vimos, no cabe la menor duda, estamos en guerra.

«La seguridad, inseparable de una larga paz, ha sido causa de que los hombres se hayan entregado los unos al ocio y los otros a los empleos civiles». Mientras esto ocurría se formaban nuevos ejércitos con distinta disciplina y menos valor, más ciencia, mucha técnica, y más horror.

Es difícil diferenciar los estados de paz y guerra. No son los cañonazos, ni su ausencia, lo que define actualmente la guerra o la paz, sino que, como siempre, su finalidad prevalece ante todo: conseguir el dominio de la voluntad de los otros, la imposición de la propia voluntad sobre el resto de voluntades. Solo ha sufrido una poderosa modificación: el medio para lograrlo. Sin violencia física se apunta directamente a esclavizar la virtud, esa es la dirección hacia donde se dirigen los ofensivos misiles. Esclavizar la virtud que en su sentido clásico es valor y talento, energía personal, la de lucha, tan necesaria para el logro de la libertad. Controlada de manera dulce y esmerada, o con violencia, la guerra está ganada y no es necesario acudir a otros esfuerzos, sino al de mantener la máscara.

Hay que recurrir a *Las Partidas* de Alfonso X el Sabio para adentrarnos desde la lejanía al concepto más puro de la guerra y la paz: «La guerra ha en sí dos cosas, la una del bien, la otra del mal. Departidas estas en sí según sus hechos, todo es como una sola cosa en el nombre y en la manera de destruir y de poner separación y enemistad entre los hombres, cuando es hecho como debe, trae después paz, de que viene sosiego y holgura amistad [...]. Por eso dijeron los antiguos sabios que era bien sufriesen los hombres los trabajos y los peligros de la guerra, para llegar después por ellos a buena paz y a holgura. Y pues que el mal que hay en ella trae bienes y por aquella sospecho se mueve los hombres que la quieren comenzar ser muy avisados antes que la comiencen».

Una nueva religión invade el mundo con su liturgia, credo y salvación, una auténtica empresa con pingües beneficios y un líder virtual que trabaja en ese nuevo cielo de la «nube», moderno Olimpo que se erige como la sustitución de la Biblioteca de Alejandría.

Ptolomeo I, general de Alejandro, uno de los diádocos, que dio origen a la dinastía ptolemaica en Egipto, era cercano y conocedor profundo del significado de dormir con la *Ilíada* y la espada bajo la almohada, como hacía su amigo y general Alejandro. Eran tiempos en que se sabía para qué eran una y otra cosa. Ahora todo ha quedado en manos del tratado de los políticos; que nada

tiene que ver con el de Spinoza. No se lee y está prohibido el juego de las bibliotecas incluso a los generales ptoloméicos.

Una peligrosa religión que empieza a propagarse, cada vez con más adeptos que, sin la más mínima necesidad de recurrir a la violencia generalizada ni a la confrontación de máquinas de guerra letales, usa la mezquindad y la ignorancia disfrazadas de justicia y benevolencia para apoderarse de las voluntades. Las actuales máquinas producen efectos devastadores, anulando el libre albedrío hasta penetrar en las conciencias sin apenas oposición. Las flechas van directamente a la libertad de las conciencias. Lo más valioso que tiene el hombre queda mermado y suprimido gracias a los nuevos generales instalados en la aparente tecnocracia que juegan al dominio de todos con su peculiar armamento. Sin pisar una trinchera, avanzan y ganan terreno poseídos de la más poderosa de las armas que jamás haya existido.

Pero hay principios inamovibles. Formas de ganar esta guerra. No se gana de un día para otro. Batallas perdidas no significan la definitiva derrota. En ocasiones vienen hasta bien. El que se precipita por la rapidez de la pendiente acaba erosionado y sin control.

La paciencia da lugar a la meditación. Los nervios son un poderoso enemigo.

Hay muchas armas, y pocos armados que sepan manejarlas y obtener todo su rendimiento. Armas innecesarias lastran a muchos ejércitos. No hacen falta ingenios en el frente, sino atender a las necesidades y posibilidades que las armas te ofrecen. Siempre serán menores que las que tu mente imagina, pero la inteligencia en esto supera a la sabiduría y está para suplir sus deficiencias y bondades.

Solo hay algo que puede oponerse a esta nueva generación de armas, a estos nuevos procedimientos, a estos generales burócratas: la voluntad de vencer. Si no saben lo que eso significa busquemos la definición de una antigua doctrina militar: «La voluntad de vencer debe entenderse como el firme propósito del mando y de las tropas de imponerse al adversario en cualquier situación, por desfavorable que esta sea. Implica fe en el triunfo, tenacidad para alcanzarlo y actividad insuperable en la ejecución. Supone una acendrada identificación con los ideales patrios, un arraigo, un perfeccionamiento y una exaltación de cuantos valores morales animan y conducen al logro de la victoria. Inherentes unos al propio individuo, conseguibles otros por una adecuada instrucción, y perfeccionables todos, constituyen el primordial exponente de la valía de un ejército».

Es otra de las características de esta guerra moderna que intentamos descifrar: no haber cambiado la forma de hacerle frente. Sigue siendo la voluntad de vencer la mejor de las armas, porque quien la conserva, incluso derrotado es invencible y mantendrá la lucha. Seguirá el camino del libre albedrío.

«Por regla general, hacer la guerra no es lo mejor. Solo la necesidad debe obligar a emprenderla. Independientemente de su resultado y su naturaleza, los combates resultan funestos incluso para los propios vencedores. Únicamente hay que librarlos si la guerra no se puede conducir de otra forma. Si al soberano le mueven la cólera o la venganza, no debe declarar la guerra ni movilizar tropas».

Vivimos sobre una paz amenazadora y eso no es paz. «La paz no podrá ser una paz de compromiso» (Ernst Jünger).

Un gran pensador de la guerra, dejó el vaticinio de los males que anuncian el futuro: «Las guerras son el reflejo de las sociedades que las sostienen».

Mirémonos. No habrá milagros. Sostenella y no enmendalla.

Empiezo a cantar a la poderosa Palas Atenea, protectora de las ciudades, que se cuida, juntamente con Ares, de las acciones bélicas, de las ciudades tomadas, de la gritería y de los combates; y libra al pueblo al ir y al volver (del combate).

Nadie es ajeno a la guerra; están en pleno combate los jefes de las empresas, los políticos, directivos y hasta las clausuras más herméticas.

Los psílites siempre forman en alguno de los flancos. Hay para todos: jefes, vélites, hastarios, príncipes y triarios, incluso équités. Formaciones con los mismos puestos, distintos uniformes, mismos cometidos.

La guerra suelen interpretarla todos menos los militares. Suelen entenderla todos (*My way*) menos los militares. Todos hablan de ella menos los militares. De la guerra todos son protagonistas menos los militares. Lo militar se disuelve entre las variadas disciplinas que tienen en la guerra su abonado campo donde crecen los sarmientos de los que cuelga el fruto embriagador que a todos envuelve.

La guerra es un asunto que no está escrito, sino inscrito en la condición humana, por lo que su redacción entra de lleno en la metafísica, en su imposibilidad de ser o no ser. El arte de la guerra no consiste en aprender la táctica de la batalla, sino todo lo contrario: no tener que ir a ella y, por ello, ir a ganarla. ¿Cómo? Sin darla. Esa es la guerra y el misterio del arte de la guerra que se mueve en el ámbito imperceptible, ya alcanzado, que no distingue entre guerra y paz.

El gran avance conseguido por la guerra es haberse instalado de forma definitiva entre nosotros y acabar por tanto con los intervalos conocidos como paz que claramente ya se identifican como preparatorios. Puede que el número de muertos sea ahora menor, pero aumenta de manera escandalosa el de esclavos. Es el resultado de una pandemia tan invisible como eficaz.

De la guerra habrá que buscar una nueva definición, su no ser, en otro arte tan sutil como ella: la filosofía. Lo dice de manera rotunda e inteligible un maestro: «La guerra es el arte del no yo: sabiduría» (Gabriel Albiac, *Diccionario de adioses*, Confluencias, 2020.). Ese es el comienzo de todo.

Siempre la guerra. Nos asusta cuando el filósofo nos habla del experimento de 1914, «tan doloroso para el alma europea, porque no es un deseo cualquiera el que se estrella contra la realidad; es el deseo ilustrado más básico: la ensoñación de que todo, absolutamente todo, en el comportamiento humano pudiera ser gradualmente reductible a educación y cultura» (Gabriel Albiac). Y nos dice que ese majestuoso proyecto del género humano se desmorona en el estruendo de las trincheras del 14.

Tendrán que caminar la educación y la cultura con la guerra, no hay alternativa; no habrá arte, sino guerra sin más, «las armas son herramientas de mal agüero», ahora son otra cosa, de tal manera que lo que empezó siendo una parte, ahora se ha convertido en un todo donde no hay diferencias entre soldados y civiles. Todos son protagonistas en el escenario bélico, el que buscaban; ahora la guerra en un hecho total que se representa cada día, sin día de descanso.

Europa murió y en su intento de redimir culpas camina hacia una deshonrosa capitulación: «Ni un solo aliento de fuerza ha vuelto a adivinarse sobre Europa después de aquello. Europa cerró su tiempo en la guerra del 14 [...]. La Gran Guerra primero; luego el oscuro ascenso de estalinismo y fascismo; la Segunda Guerra Mundial, de inmediato, como colofón resolutorio. Y sus cincuenta, impensables, millones de víctimas» (Gabriel Albiac). Ahora esto.

Hoy vivir en Europa es, aún, «sobrevivir en los escombros de después de esa guerra».

De nuevo la inquietud cuando el maestro nos recuerda la hipótesis más original del ensayo, «la paz es un acto de guerra», que sale, sin duda, del fondo de la sabiduría del siglo XVII: «Si los sujetos de un cuerpo político no recurren a las armas porque el terror los paraliza, debe de hablarse más de ausencia de guerra que de paz».

Ausencia de guerra y no paz. Esa es una de las claves de nuestra desorientación.

¿Dónde está el arte? Ciencia analítica para destruir sin matar, robotización en marcha, arte difícil de asumir.

Ensoñación reductible a educación y cultura que se desmoronó en las trincheras de ratas y piojos cuando cobardeaban los que deberían alzar el ánimo. La traición se convirtió en intruso entre los ejércitos de los vencedores y de los vencidos. El mejor de sus generales se despojó del uniforme y se dedicó a otros menesteres más rentables como repartir eufemismos de misiones de paz sin saber muy bien que aquello era la guerra.

El Arte de Sun Tzu nada tiene que ver con esto que hoy vemos al otro lado de la colina. La guerra no encierra clave secreta alguna de exclusivo uso para iniciados, aunque hay muchos falsos especialistas que usan la semántica de la guerra como si fuese su lengua habitual, sin saber lo que dicen, con lo que introducen una enorme confusión en algo tan elemental.

No asomen la cabeza; mejor vivir, como lo hacemos, en la ignorancia, y si no recordar a los viejos juglares que con precisión exclamaban:

Veríades tantas lanzas premer e alzar [...]
tantos pendones blancos salir bermejos en sangre
tantos buenos caballos sin sos dueños andar.

La tropa y los generales

«El que a la guerra viniere, ha de traer puesto el ojo al servir y vivir virtuoso, y no a la merced, que sin merecerla procura que se le dé, y ha de entender que no puede ser maestro quien no hubiere sido discípulo».

Se ha dicho que antes de formar un ejército para entrar en combate se deberían observar tres cosas: el sol, el polvo y el viento. El primero incomoda y deslumbra, el viento, si es contrario, parece que amilana y el polvo ciega.

Pensaba que eran remotos tiempos aquellos de los enfrentamientos en abiertos campos de batalla. La historia nos hace ver la sabiduría que encierran estas palabras que vienen a decir que hay circunstancias físicas, además de humanas, que influyen en el desarrollo de la guerra y que por ser incontrolables deben ser analizadas antes de emprender una operación. La guerra se compone de hombres frente al sol, cara al viento y con el polvo a su lado, símbolos de la tierra, el cielo y el espacio. Indomables factores que llegan hasta aquellos que combaten sumergidos en sótanos de pantallas.

«Elegimos con suma diligencia buenos reclutas, les enseñamos (digámoslo así) el derecho de las armas, les robustecemos con el ejercicio diario, les impusimos en todas las maniobras de la guerra y establecimos penas rigurosas contra los perezosos. El conocimiento del arte militar aumenta el valor [...] en una batalla, un pequeño ejército bien disciplinado, tiene más posibilidades de ganar la victoria que otro numeroso y que obra sin conocimiento, el cual está siempre expuesto a ser pasado por cuchillo». Más de 1.400 años hace y ya se sabía el método para lograr la victoria. Sigue siendo el mismo. El hombre, el armamento y el material, el terreno y lo que se engloba como ambiente que abarca desde la población y la cultura, hasta el mundo cibernético.

Un ejército es fruto del ejercicio que jamás puede abandonarse y que abarca los campos de la moral, la preparación física y la instrucción profesional. Eso distingue a los ejércitos de las cada vez más frecuentes bandas sin orden ni virtud. De entre todos los soldados el más valiente es el más callado. Los arrogantes no suelen tener madera de héroes, sino de lo contrario.

El compañerismo no es dar ánimo al del al lado, sino permanecer a su lado, saber asumir su tristeza y compartirla. Si es necesario se muere con él y por él, todo antes de dejarle morir abandonado.

La guerra nunca debería darse, pero para ello tendría que dejar de existir el hombre y, aun así, pelearía el fuego contra el agua y el viento contra la roca.

Compañerismo, abnegación, solidaridad, amistad, unión y socorro. Aquí nadie es más que otro si no hace y sabe más que el otro. La camaradería y la fraternidad forjan unidades muy sólidas, donde cada miembro se sacrifica individualmente en beneficio del grupo.

«Si los oficiales no han sido sometidos a un severo entrenamiento, estarán inquietos y dubitativos en el combate; si los generales no se han formado íntegramente, se doblegarán en su interior cuando se hallen frente al enemigo».

Las tropas serán fiel reflejo de los que las mandan con algo que imante a sus tropas como siempre fue el patriotismo y el honor, acompañados del valor, que contagia y se convierte en fiel compañero.

Aquel rayo de la guerra,
alférez mayor del reino,
tan galán como valiente
y tan noble como fiero.

En la milicia el valor no es bravuconería sino una firme disposición, constante preparación física y moral para vencer el miedo y llegar más allá incluso de lo que el deber te exige. El valor ha de ser sereno, sin alardes inútiles, comúnmente innecesarios, tendente a conservar durante el mayor tiempo y en el más alto grado las energías morales y físicas para utilizarlas al máximo y en toda su plenitud en el momento decisivo. Debe adornarse con entendimiento para obrar con sabia destreza y no estrellar su denuedo contra la ignorancia. Valor estoico y heroico si el combate lo requiere. Eso no ha cambiado: «En los lances más sirve el valor que la muchedumbre».

La disciplina será factor de cohesión que regule todas las relaciones en la milicia. Exigida y exigible para el que obedece y más, si cabe, para el que manda. Respeto y obediencia moral que lleve a la observancia de las leyes y normas distinguirán al buen soldado.

«Es de admirar el raro y feliz conjunto de las partidas de un soldado diestro, con las de un gran general».

Todos somos necesarios; en ocasiones el corneta más que el general, porque sin él no se oiría su voz, sus órdenes, y todo el combate se reduciría a ruido.

Los tristes no valen para la guerra, ni los melancólicos, ni los que deben mucho a la tierra, tanto que temen ser sepultados bajo ella. Todos somos necesarios, no unos más que otros, cuando cada uno cumple con su deber. Esta es la música de la guerra, la danza de generales y soldados, el sonido de los combates, la melodía que se interpreta al filo del abismo que existe entre todo y nada, darlo todo o ser nada. Escucha el rumor de la colmena cuando está a punto de entrar en combate y oirás armonía de cuerpos y mentes; empieza la danza. Encadena a los hombres en la guerra con los eslabones del ejemplo.

«Carretas sólidas y caballos rápidos, tropas valerosas y armas aceradas; de forma que las tropas exulten al redoble del tambor que llama al ataque y que se enfurezcan con el sonido del gong que anuncia la retirada. El que se encuentre en esta situación es fuerte».

Decía Alonso de Maldonado en *Vida e historia del maestre de Alcántara*: «Haced como me viéredes hacer», y no había más instrucción que seguir.

No creamos ante los nuevos procedimientos de la guerra que ya no son necesarios ejércitos que luchen cuerpo a cuerpo, difíciles de mandar, sino que recobra su máximo valor la disciplina y el conocimiento de la ciencia y el estudio del arte militar, para lo que son necesarios generales forjados en saber con pocos vencer a muchos con el arte, vigilantes sobre sus ejércitos, mantenedores de su autoridad y atentos a los movimientos de su enemigo.

Más que nunca. Es una compleja mezcla de arte clásico con modernos procedimientos donde hay que saber «distinguir la parte del casco que sirve para la defensa de la que sirve para el adorno».

Un general no debe estar muy ocupado. Su única ocupación es pensar y decidir por él, no por los demás, y hacerlo para los demás. Hablar con su gente y palpar el estado de ánimo de sus soldados, antes y después del combate, en la victoria y en la derrota.

Parmenio, Crátero, Ptolomeo tenían la confianza de Alejandro y cumplían sus órdenes sin ambición personal. Más tarde, ya sin Alejandro al mando, se sucede un fenómeno corriente cuando falta el poder auténtico de la esencia del mando: los ejércitos se llenan de aduladores que buscan el favor del rey para alcanzar sus metas personales en el aspecto militar y político hasta llegar a rivalizar con él. Es el momento de ordenar dar un giro en el despliegue y mandar a vanguardia a los que se escoden en las retaguardias, incluso en los cuarteles generales. Ambos lugares suelen estar saturados de actores sin papel en la comedia que se representa.

Nada peor que a un general le mueva la ambición del poder y se convierta en aspirante al trono, como sucedió a la muerte de Alejandro.

La guerra es mejor ganarla antes de emprenderla, pero antes de perder su puesto los políticos no dudan en exponer las vidas de otros para salvar la suya. Así ha sido y así será. El general debe saberlo y hacer uso de su prerrogativa que en tiempo de guerra es la decisión, lo que le llevará a la victoria o a la derrota, que será la de sus hombres. En esa tarea estará solo para lo que es un deber y un honor: decidir.

No existe la paz desde el momento en que existe el alimento. El alimento es variado y codiciado. Es el poder y su soberbia.

Nunca bastó con ganar una batalla. Lo difícil viene después. Esa es la razón por la que nunca estamos en paz. Durante la guerra las tropas son austeras, después es difícil que se conformen con un humilde retiro y todos se verán vencedores. La consolidación del objetivo es más dura que el asalto al mismo.

Ejército somos todos y el verdadero enigma es saber quién es el enemigo y dónde está desplegado el suyo.

Esta nueva guerra ha dejado de ser un arte. Los campos de batalla se han trasladado a las cloacas; y allí no hay espacio para el arte, sino para todo lo contrario.

En cualquier academia militar, no necesariamente de estado mayor, se estudian las señales que anuncian un posible conflicto, los síntomas de una posible guerra. Antes el signo decisivo era la movilización, pero hoy esta se produce de forma silenciosa y abarca a esas tropas que no llevan uniformes ni armas en las manos. La movilización es una actividad permanente, todo hombre es una pieza del engranaje que mueve a esta vida dedicada fundamentalmente a la guerra en versiones y guiones variados, con directores muy diferentes. Triunfa en ella la sobriedad, en lo que debemos educarnos y educar a nuestras tropas.

«El mariscal Montgomery cuenta que en cierta ocasión el mariscal Wavell le contó que cuando los espartanos estaban en el cenit de su fama militar, enviaron una diputación al oráculo de Delfos para preguntar con cierta arrogancia: ¿puede dañar algo a Esparta? La respuesta no se hizo esperar: sí, el lujo».

«Porque desde que los romanos se aficionaron a los placeres, empezó la ruina de mi patria», lo repetiremos siete veces siete.

Tropas, generales, máquinas, arte, ciencia, ¿qué es la guerra? Ellos no contestarán porque su deber es ganarla, no provocarla, algo inevitable.

Lo que lleva a la victoria a las tropas y sus generales es la unidad y acostumbrarse a seguir las órdenes de un solo jefe. Desde la pequeña escuadra hasta el poderoso ejército, todo debe encajar como las piezas de ese engranaje perfecto y moverse como en el ajedrez, cada una según está establecido. Por su sitio, no por el del otro, no empujar ni desplegar soldados de plomo sobre cajones de arena.

«Un acto revolucionario, una resolución oportuna y útil, no califican para mandar. Si el ranchero impide que su batallón se subleve o el buzo de un acorazado logra que la oficialidad no se pase al enemigo con el barco, déseles un premio, pero no me hagan coronel al ranchero ni almirante al buzo. No sabrán serlo. Perderemos el batallón y el barco» (Azaña, *La velada en Benicarló*).

«Por esto el general que no busca su gloria personal cuando avanza, ni se preocupa de evitar una sanción cuando retrocede, y cuya única finalidad es proteger a la población y servir al superior interés de su soberano es una joya para el Estado». La política debería ser así. ¡Ay! si tuviésemos buenos generales.

Lo dicen nuestros marinos vigilantes de la proa de su buque. Lo dicen los centinelas que esperan el alba. Dícese en la absoluta oscuridad de la noche en la mar o en tierra: el momento más oscuro es ese instante que precede al amanecer, cuando se espera la aurora. Son momentos en los que aparecen los sensores de la supervivencia del hombre, los más elementales, de los que dependes, pero todavía más, de los que dependen los que duermen. Una nación vive en pie mientras sus centinelas no se queden dormidos en lo más oscuro. Es una reacción que se da entre los cobardes, que no es otra cosa que el equivalente a irresponsables. Los códigos de guerra castigan con el fusilamiento al centinela que se duerme frente al enemigo.

«La noche comienza ya y será bueno obedecerla». Esta puede ser una larga noche silenciosa. No nos atreveremos ante la oscuridad, el miedo nos abraza y nos contiene, nos jugamos, como el centinela, no lo propio, sino lo de los nuestros y eso es lo único que hace estar vigilante en los momentos de negrura.

«Por mí me echaría a dormir, ¡qué más me da ya la luz que la oscuridad!». Estamos en el oscuro apogeo de la noche, en el silencio de la noche oscura, aún podemos escuchar la palabra, no la de ellos, que se mueven silenciosos en la oscuridad, sino la del centinela que avisa de su presencia. ¡Qué no se duerman los centinelas!

¿Cómo va la noche centinela?

«Guardia, ¿qué de la noche? Guardia, ¿qué de la noche? El guardia respondió: la mañana viene, y después la noche; preguntad si queréis, preguntad; volved, venid » (Isaías XXI; 11-12).

Volved, venid, preguntad. Ese es el ciclo.

Entramos en la negrura de la noche que es un indicador del pronto amanecer.

Previsible, lo que nos encontraremos en el campo de batalla, porque «anduvieron en la oscuridad de la noche, como dos leones, por el campo, donde tanta carnicería se había hecho, pisando cadáveres, armas y denegrida sangre» (Homero, *Ilíada*, canto diez).

Muchos se quedarán en el camino si abandonan la vigilancia y las armas. El amanecer está pronto, pero la noche no es quietud para lobos hambrientos. Es el momento de leer con detenida explicación la consigna de cada puesto. Estar atentos a los relevos, al santo y seña, vigilantes.

Hemos elegido a nuestros centinelas, que se reúnen en vigilancia constante. Tienen las órdenes

claras y tajantes. Conocen su misión y deben cumplir su deber. Si no lo hacen son reos de la pena máxima.

Y no volverá a amanecer, aunque sea de día y nos traspasen los rayos del sol. Si se durmiesen.

Es el Cid Campeador «catedrático de valentía» según el apotegma de Juan Rufo. Cátedra que entre españoles nunca quedó vacante. Su asignatura está escrita en la historia y nunca termina de redactarse el texto definitivo. El valor está en cada soldado, se le supone; hasta que el combate se lo reconoce: heroico, distinguido, reconocido. Los soldados son permanentes alumnos de esa asignatura.

«El oficial ha de abstenerse en el combate de realizar alardes inútiles de valor [...] todas sus actividades y todo su valor, en el verdadero concepto de esta palabra, han de tender a conservar durante el mayor tiempo y en el más alto grado, las energías físicas y morales de su tropa».

Aunque ya no haya gritos de guerra, ni se cante en el momento decisivo el himno del regimiento, siempre será necesario el valor y su expresión en el gesto, en la acción, en el comportamiento y en la formación. Se forman los valientes en el duro entrenamiento de la vida diaria. Coraje, empuje, frialdad, serenidad, furia, distintos tipos de valor que deben pasar por el crisol del honor para, una vez fundidos, construirse en el amor a la esposa, a los hijos, a los compañeros, al deber del juramento, a tu patria. Lo hace en las cátedras de formación que están en las academias militares, en el entrenamiento diario, instrucción y adiestramiento, pero sobre todo y por encima de todo en la historia. Un soldado se forma en el valor y en el honor de sus antepasados. «La historia es experiencia universal, no la experiencia de otro, sino la de muchos otros bajo múltiples circunstancias, justificación lógica para que la historia militar sea la base de la educación militar: su valor preponderantemente práctico en la instrucción y el desarrollo intelectual de un soldado» (Liddell Hart).

Las primeras palabras que el hombre dejó escritas estaban dedicadas al valor: la *Ilíada*. La literatura occidental empieza con Homero; narrando las hazañas de los héroes alrededor siempre de esas virtudes: valor y honor. Si aquellas historias eran entonces memorizadas por los estudiantes, hoy ya forman parte de nuestras entrañas.

Porque la ciencia avanza y se desarrollan tecnologías, pero poco lo hace el alma, lo de dentro, que siempre sigue con los mismos interrogantes. La *Ilíada* sigue encabezando la modernidad. Todos seguimos siendo homéricos. Sus personajes, héroes o cobardes, son la cotidiana rutina de nuestra vida que no ha cambiado. En ella siempre están juntos el miedo y el valor, el odio y el amor, la sombra y la luz, lo mortal y lo inmortal: la vida al fin.

A veces es necesario reflexionar para ser valiente. Hay distintos valores, desde el reflexivo de Héctor que «ha tenido que aprender a ser valiente y pelear en primera fila», al de Aquiles, que no necesitó aprendizaje. El valor en los héroes de la *Ilíada* significa amar más la vida en su intensidad que en su duración. Es cosa de héroes.

Cada valiente muestra un rasgo definitorio y todos, a pesar de sus debilidades, lo son: valientes y honorables. Diomedes, «valiente en el combate», caballero y cortés, se atreve a luchar contra los dioses, lo divino y lo humano enfrentados, hiere a Afrodita, a Ares con su lanza. También es capaz de entablar tregua amistosa con su enemigo Glauco.

El gran Ayante Telamonio, como una roca, que no retrocede de donde le han puesto y allí permanece con impetuoso valor, siempre de cara.

Son soldados. Arquetipos de lo humano. Del valor y su contrario. Todo está en la *Ilíada*; y ahora en vivo y en directo.

Valor heroico: «Es la virtud que, con relevante esfuerzo de la voluntad, induce a acometer excepcionales acciones, hechos o servicios militares, bien individuales o colectivos, con

inminente riesgo de la propia vida, y siempre en servicio y beneficio de la patria o de la paz y seguridad de la comunidad internacional».

La cátedra del valor no está vacante. Son legión sus titulares, reconocidos o no, que cada día imparten su magistral lección desde el silencio y la humildad.

El texto sobre la valentía y el honor sigue escribiéndose. Nunca se acabará su redacción.

A su regreso de Waterloo, Lord Wellington es aclamado como héroe nacional en Bruselas. No conocen al hombre ni al militar.

—¿Le ha gustado que a su regreso de Waterloo le aclamara la población en éxtasis?

—En absoluto; si hubiera fracasado, me habrían fusilado.

La guerra tiene al menos dos caras. Los vencedores y los vencidos. Nada tienen que ver victoria y derrota para la presencia mezclada de héroes y villanos en el campo de batalla. Por eso el general sabe dosificar sus triunfos y mientras saborea la victoria no olvida la derrota; tampoco pierde de vista su retaguardia.

Nos dice Maquiavelo que Alejandro Magno llegó a ser dueño de Egipto y del Asia Menor en pocos años y, muerto apenas había conquistado tales territorios, cuando parecía razonable que se alzaran en rebelión, los sucesores de Alejandro los conservaron sin hallar otra dificultad que la derivada de su ambición personal. Nadie debe asombrarse de la facilidad con que Alejandro conservó Asia bajo su cetro ni de las dificultades con que tropezaron Pirro y tantos otros a la hora de conservar sus conquistas, cosa que no ha de atribuirse al mayor o menor talento y capacidad del vencedor, sino, más bien, a la diversidad de los vencidos (Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. IV).

En Adrianópolis acabó la historia del ejército romano tradicional. La Infantería, su nervio, no captó que la historia empezaba a hacerse a caballo. El error no fue de los infantes. Fue la culpa de sus generales. Solo sabían relevar con rapidez y orden una fila de hombres cuando estaban cansados por otra de refresco. Hasta entonces tener un buen jefe de instrucción en los ejercicios y con dotes de mando era suficiente. Cualquiera podía mandar aquellas legiones. Los generales romanos, en su mayoría profesionales de la política, nada sabían de la maniobra. Ninguno hubiese vencido, a pesar de su número, al gran Alejandro, que mucho antes combatió y venció con un pequeño número de soldados bien disciplinados y mejor mandados. Conocía la maniobra y, con pocos, sabía vencer a muchos con el arte.

En Adrianópolis, año 387, resurge el arte militar, una nueva era en la que ya no es suficiente un jefe de instrucción competente en sus ejercicios y con dotes de mando. Resurge como consecuencia de una gran derrota. Los godos con el caballo y el estribo en el equipo ecuestre derrotaron a Flavio Julio Valente. La primera victoria de la caballería pesada sobre la infantería. La consecuencia es de gran calado. Hay que poner de nuevo en marcha el arte de la guerra en el que llevaba insistiendo Sun Tzu desde siglos atrás. El general formado y hecho para la guerra. Arte y oficio. Hoy ya no son suficientes los relevos de las agotadas huestes por otras más frescas. Hace falta algo más: maniobra. Para sustentarse en la silla es necesario el estribo. Los mandos tácticos están perdiendo la batalla, cada día, a cada movimiento dan con su cuerpo en el suelo, los estratégicos perdieron Occidente hace ya tiempo.

Dice Sun Tzu en *El arte de la guerra* cuáles son las razones por las que un general puede llevar sus huestes al desastre: «El orgullo, el sentido del honor demasiado susceptible, la falta de previsión y la excesiva compasión son serios inconvenientes para ejercer el mando».

Hay otra muy poderosa. El mariscal Montgomery nos recuerda en su *Historia del arte de la guerra* que el general Robert Edward Lee fue perdedor en la guerra civil norteamericana porque «era demasiado caballero para el áspero negocio de la guerra». Que hoy es la política.

«Zilu preguntó: si hubieras tenido el mando de los tres ejércitos, ¿a quién habrías nombrado tu lugarteniente? El maestro respondió: como lugarteniente mío no hubiera escogido a quien lucha con tigres o atraviesa ríos sin sentir miedo. Más bien a alguien que estuviera lleno de temor antes de entrar en acción y prefiriera siempre una victoria lograda mediante la estrategia» (*Analectas* de Confucio, 7.11).

Reflexión estratégica

«Los hombres juiciosos observaron que las letras no vinieron más que después de las armas, y que en las provincias y ciudades no se vio nacer a filósofos más que después de los capitanes» (Maquiavelo).

En su *Diccionario*, José Almirante da catorce definiciones de estrategia y se alarga indefinidamente para diferenciarla de la táctica. No conviene perderse en las cortinas del escenario, mejor es descorrer el telón y que empiece la escenificación, bien sea estratégica o táctica.

Partamos de los orígenes, militares sin duda. Estratego griego, arte de dirigir las operaciones militares: el general. Literalmente estrategia es el don de mando del general.

Hasta que se levanta el telón la obra a representar ha recorrido un largo camino desde aquel momento en que el autor hizo la entrega al director para que se escenifique, todo un proceso estratégico, con sus intenciones y su objetivo, que pasa a ser representado por los actores, peones de la táctica que el director conduce. Cada representación es una batalla ganada, o perdida. Estudio, preparación, redacción, dirección, una actividad multidisciplinar que acaban por desarrollar los actores que ejecutan tácticamente la idea elaborada y puesta en acción bajo la estrategia.

Hasta ese momento, para que pueda escenificarse la obra, cada pieza del conjunto forma parte de la estrategia utilizada para alcanzar el momento decisivo en que se levanta el telón. Peones tácticos envueltos en las sombras del objetivo estratégico que solo se descubrirá acertado o no una vez que la representación termine y veamos cuántos y de qué manera han sido afectados por la obra.

Es tal el tiempo invertido en explicar el significado de estrategia y diferenciarlo de la táctica que actualmente ha aparecido un nuevo concepto interpuesto, el operacional, muestra del complejo mundo de la guerra que todo lo invade, en todo tiempo, y que da juego para que todos sintamos el vértigo del general que se enfrenta a la estrategia, la táctica, la logística y las múltiples disciplinas que hoy encierra la guerra, pero mientras estemos enfrascados en diferenciar teorías para los libros y forjar un pensamiento academicista estaremos perdiendo un tiempo muy valioso y necesario para conocer la guerra, que no es otra cosa que el mismo corazón del hombre: ¿dónde nació la guerra, cómo y quién la regó?; ¿cuál es su religión? Solo respondiendo a estos interrogantes conoceremos a quién nos enfrentamos, y algo más importante: sabremos por qué nos hacemos la guerra y lo que buscamos. Sin preguntas y respuestas para ello el resultado de la guerra, sea victoria o sea derrota, de nada servirá y nuestro interior seguirá siempre combatiendo, batalla tras batalla, en ese constante guerrear contra nosotros mismos.

«La táctica es el empleo de las fuerzas armadas en el combate y la estrategia es el empleo del combate con vistas al fin último de la guerra».

Si nos empeñamos en definirlo todo, debemos saber que en la guerra los niveles tácticos son peldaños de una escalera, la estrategia, cuyo único fin es alcanzar la victoria. Cada peldaño será

un combate y, se rompa alguno o no, seguirá en pie mientras el siguiente aguante y veamos el lugar que pretendemos alcanzar. Muchos deberán sostener la escalera por donde suben los guerreros hacia el objetivo, marcado generalmente por la política y, mientras se mantenga en pie, en una base firme y moralmente sólida, la estrategia será nuestra. Pero mientras subimos por ella no entretengamos a los guerreros con malas definiciones porque ellos solo confían en el que les ha señalado por dónde subir. Asegúrense los brazos firmes de la política, la ley y el honor, para que esa base no se convierta en un lodazal donde la escalera se hunda y trague a los que por ella subían convencidos de su fortaleza.

A Esparta le achacaban no estar rodeada de murallas para su defensa. Agesilao el Grande dijo: «Lo que hace fuertes a las ciudades y a las plazas no son las maderas ni las piedras, sino las virtudes de sus ciudadanos y la moral de sus soldados».

Cuando hablamos de estrategia lo hacemos con miras políticas, poder que hace o deshace la guerra y la define, que no es otra cosa que continuar por el camino del periodo llamado paz pero con una nueva estrategia de la política: la guerra. No es un cambio del gran objetivo, sino el uso de medios distintos, un traspaso de la gestión al mundo militar al introducir un discurso armado y aplicar la táctica de los cañones. Queda así relleno ese hueco existente, la indefinición que produce el cambio tan brusco de un estado a otro que debe quedar claro para que el que toma el relevo pueda aplicar la táctica y la logística para lograr la victoria, finalidad de la guerra en lo militar, y la posesión de la voluntad del adversario en lo político. Es lo que alguno en el conjunto del proceso desde que se inicia el traspaso hasta que se logra la victoria, o llega la derrota, ha definido como «reflexión estratégica».

La guerra aprovecha lo más puro del hombre para acabar con él. No hay nada con tan poderoso atractivo; es por lo que la guerra siempre estará presente. Directa al corazón del hombre, flecha que lo atraviesa.

Empeñados en el arte, la guerra entraría en primer plano de la manifestación más primitiva de la actividad humana, maña y astucia de los que pretenden apropiarse de lo que es de todos.

La lección nos la transmite la *Ilíada* en la primera guerra conocida por el deseo de inmortalidad, que, vista su imposibilidad, se desarrolla en la lucha por buscar la forma de perpetuarse a través de la herencia biológica. Se repite una y otra vez en la naturaleza, humana también: «El ser viviente protege en cierta manera su propia vida destruyendo la vida ajena».

La guerra es el arte de la posesión, para lo que utiliza todas las armas que conformen una estrategia para conseguirlo. En su conjunto es una estrategia del hombre para sobrevivir por encima de él mismo, para darse continuidad, para regar la tierra de su ser, en ese intento de imitar a un dios creador de una estirpe, complejo concepto de estrategia, tan elemental y sencillo, que nos hemos visto obligados a retorcerlo para no entender y seguir ciegos por el camino.

«La mayor amargura del hombre es la de saber que nada puede el saber», de ahí que el acierto de la escalera es acertar con el lugar donde debe colocarse, medir hasta dónde alcanza y conocer la fuerza de la base que la sustenta; hombres que suban por ella siempre habrá, decididos, sin saber mucho más allá de dónde está el siguiente peldaño.

La guerra, si es arte, requiere unos conocimientos previos que podríamos llamar técnicas, pero eso no lo es todo. El arte sin técnica es un fraude y la técnica sin arte es la derrota por acusada monotonía. Hacer bien la guerra no significa ganarla y de hecho sorprenden a lo largo de la historia resultados inesperados de un genio enfrentado a un poderoso ejército bien pertrechado. Los grandes tratadistas del arte militar dejan caer sus pensamientos, plagados de aforismos, sin poder abstraerse del momento; se ven obligados a enunciar principios y procedimientos que evolucionan y de aquellos solo queda el halo evocador de las hazañas guerreras; que no es poco.

Nadie es profeta del cómo y cuándo de la guerra, aunque alguno haya dejado doctrina imperecedera que aporta datos y referencias; muy pocos.

No sabemos mucho. La guerra y la paz eran el discurrir de la vida.

Ya no se recuerda que nacimos para la cultura allí donde hoy se destruye todo. Oriente lanzaba las flechas de sus arqueros y Occidente era una armadura con escudo que combatía porque era mayor riesgo volver la espalda al enemigo.

La táctica se limitaba al empuje entre fuerzas, escudo en la siniestra y lanza en la diestra, lo que hacía girar las masas en combate en sentido contrario a las agujas del reloj, como queriéndole ganar la partida al tiempo.

Aparecen los artistas de la guerra que mandan giros, envolvimientos, fortalezas humanas, carros de guerra, en definitiva evoluciones de la danza mortal. El arte de la guerra era eso: un baile de guerreros enfrentados. En la época de los reinos combatientes, no tan alejados, había que vencer gracias al ingenio. Un ajuste de fuerzas que pretendía desequilibrar y romper la tensión.

Empiezan batallas decisivas. Darío es derrotado en Maratón y le dice a su criado que a diario le recuerde: «Maestro no te olvides de los atenienses».

Movilidad permanente que se fundamenta en una estructura de contrarios. La contradicción está en el origen de todas las cosas.

Es Heráclito el que sentencia que el devenir está animado por el conflicto: «La guerra (*pólemos*) es el padre de todas las cosas» (Fr, 28). O lo que es lo mismo: «Conviene saber que la guerra es común a todas las cosas y que la justicia es discordia y que todas las cosas sobrevienen por la discordia y la necesidad».

El término estrategia, de acuerdo con Liddell Hart, «es mejor confinarlo a su significado literal, a saber “el don de mando del general” —es decir, el arte, propiamente, de dirigir las operaciones militares—, para distinguirlo de la política que gobierna su puesta en práctica y que la combina con otras armas, como puedan ser las económicas, políticas y psicológicas. La aplicación de dicha política es una estrategia de más alto nivel, para la cual se ha acuñado la expresión “gran estrategia”».

El poema de Gilgamesh es un texto sumerio (siglo XXII a. C.) que se conoce por una serie de tablillas halladas en la Baja Mesopotamia. Es el primer documento escrito en el que el hombre-rey se prepara con sus armas:

Ellos le trajeron su armadura
[...] poderosas espadas
el arco y el carcaj,
y se lo pusieron en sus manos.
Él cogió las azuelas,
[...] su temblor,
(el arco) de Anshan.
Puso la espada en su cinturón.
Podían comenzar el viaje.

Somos lo que desde un principio la guerra nos hizo ser, para bien o para mal: fruto bélico. A pesar de lo cual vivimos sin saber que somos sus piezas y que nos alcanzará tarde o temprano. Será larga labor, casi imposible, extraer lo que alberga en nosotros.

Decidir «qué, a dónde, por dónde, cómo y cuándo» es tan elemental como complejo y solo cuando se ha logrado respuesta a tan sencillos interrogantes, cuando se domina el arte de decidir, puedes contestar como Diógenes el Cínico, al más grande de los reyes: «No me hagas sombra».

Es el resumen más breve del reto, del poder y la libertad. Un movimiento de victoria, la

iluminación sin intermedios que oscurezcan el brillo. El sol sale para todos, como la lluvia, pero hasta el Escamandro llega a rebelarse ante tanta sangre derramada: «Pero el Escamandro no cedía en su furor, sino que, irritándose aún más contra el Pelión, hinchaba y levantaba alto sus olas y, a gritos, llamaba a Simois».

¿Estrategia, táctica o política?: es el arte de decidir el que prima en la guerra, mover almas y cuerpos, conducción a la victoria o a la derrota, sin el pensamiento puesto en la muerte, y al final el inmenso fracaso que en boca de un general atestigua: «Salvo una batalla perdida, no hay nada tan triste como una ganada».

No hay nada que infunda más temor que decidir y llegar al final, al pacto, con el campo de batalla arrasado de gente ya sin vida.

Los que pactan lo hacen por distintos intereses y finalidades, o no sería necesario pacto alguno. El problema surge cuando al desear los dos lo mismo, tienen que repartírselo y no puede ser gozado por ambos: «La norma en el arte de la guerra consiste en cercar al adversario si la superioridad de que se dispone es de diez a uno; en lanzarse al ataque si es de cinco a uno; y en dividirlo si es de dos a uno. Si las fuerzas están equilibradas, divídelas; si tus fuerzas son inferiores, resiste; y si el desequilibrio de fuerzas es insalvable, retírate, pues, si tu ejército es claramente inferior al del enemigo, acabarás siendo su presa».

Cualquier cosa será el comienzo, un empezar de nuevo, batalla perdida que pronto se olvidará y dará comienzo otra con excusas estratégicas o tácticas, siempre políticas.

«Estudiar las leyes de la dirección de la guerra que rigen una situación de guerra en su conjunto, es tarea de la estrategia. Estudiar las leyes de la dirección de la guerra que rigen una situación parcial de guerra, es tarea de la ciencia de las campañas y de la táctica» (Mao Tse-tung, *Obras escogidas*).

Estudiar es la mejor de las estrategias.

En la traducción de las *Estratagemas* de Frontino hecha por Alfonso García-Toraño, se cita la definición que da Frontino sobre estrategia, diferenciándola de estratagema: «Si hay quienes gusten de estos volúmenes, acuérdense de deslindar la naturaleza, muy similar, de la estrategia y de la estratagema, pues todo lo que el general hace con previsión, con eficacia, con iniciativa y con perseverancia será considerado como estrategia; si es un aspecto de esta, estratagema. La particular fuerza de esta, que radica en el talento y en la habilidad, es de utilidad tanto para precaverse del enemigo como para aplastarlo. Como en este asunto el efecto de las palabras se manifiesta también de forma patente, he puesto ejemplos tanto de hechos como de dichos».

No puedo evitar exponer la clasificación de las estratagemas que hace Frontino, por ser de una claridad y precisión que aún en nuestros tiempos sorprenden por su acierto y necesidad:

Clasificación de las estratagemas que instruyen al general en lo que hay que ejecutar antes del combate:

1. Sobre la ocultación de planes.
2. Sobre la averiguación de los planes del enemigo.
3. Sobre la determinación del tipo de guerra.
4. Sobre atravesar con el ejército parajes infestados de enemigos.
5. Sobre escapar de posiciones muy comprometidas.
6. Sobre las emboscadas que se tienden durante la noche.
7. Cómo dar la impresión de que no faltan recursos de los que carecemos o cómo suplir su empleo.
8. Sobre la distracción de los enemigos.

9. Sobre la represión de los motines de los soldados.
10. Cómo se refrena el deseo inoportuno de combatir.
11. Cómo hay que incitar al ejército a combatir.
12. Cómo disipar el miedo que han contraído los soldados por presagios adversos.

3. LO ACADÉMICO

«Mi casa está todo el día llena de jóvenes nobles que, retraídos ya de otros objetos innobles y entregados al de las letras, se han convencido por último de que estas, lejos de ser un obstáculo, son más bien una ayuda para la profesión de las armas» (Pedro Mártir de Anglería).

En las escaleras de la Academia General Militar de Zaragoza hay un rótulo con una conocida frase: *Si vis pacem para bellum*, cuyo texto completo es: *Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum*. Menos conocido es su autor, Flavio Vegecio, del que poco se sabe a pesar de que todos los estudiosos de la milicia antigua han citado a Vegecio, incluso copiado sus ideas.

Podríamos recordar a Pericles: «Amamos la belleza con poco gasto y la sabiduría sin relajación».

Lo militar en sus centros de enseñanza es estética y ética, por lo tanto sabiduría.

Las armas están vigilantes. Con poco gasto y sin relajación. En ningún momento deben bajar la guardia, cuyo mejor lugar es donde te forjan caballero con la espada de la enseñanza.

«Todas las leyes y teorías militares que participen de la naturaleza de principios constituyen la experiencia de pasadas guerras acumulada por las gentes en tiempos pretéritos y en los nuestros propios. Debemos estudiar seriamente tales lecciones, pagadas con sangre, y que son herencia de pasadas guerras. Este es un aspecto. Pero hay otro. Hemos de someter estas conclusiones a la prueba de nuestra propia experiencia, asimilando lo que sea útil, rechazando lo que sea inútil y añadiendo lo que sea específicamente nuestro. Esto último es muy importante, porque de otro modo no podremos dirigir una guerra. Leer es aprender y, en definitiva, la clase más importante de aprendizaje» (Mao Tse-tung, *Obras escogidas*).

En la misma obra deja escrito que «lo importante es saber aprender». No es fácil la victoria, no es frecuente encontrar genios que adopten decisiones fuera de lo común, que su originalidad les lleve a la victoria, por eso es necesario estudiar, aprender un método, conocer la historia y saber aplicar a cada momento lo suyo.

«En la vida real no podemos exigir generales invictos. La historia conoce muy pocos generales así. Necesitamos generales valerosos y sagaces que por lo común ganen sus batallas en el curso de una guerra, generales dotados de intuición y coraje. Para llegar a ser así, es necesario asimilar un método, método que es indispensable tanto en el estudio como en la aplicación de lo aprendido».

Las armas nunca se asustan y están en permanente estudio, adivinando el posible escenario próximo, aunque alguno enfoque de manera distinta sus estudios o solo recurra a la experiencia, como los dos mulos que tenía Federico el Grande.

Liddell Hart, en su libro *Estrategia*, nos dice que la historia es experiencia universal, no la experiencia de otro, sino la de muchos otros bajo múltiples circunstancias. Esta es la justificación lógica para que la historia militar sea la base de la educación militar: su valor preponderantemente práctico en la instrucción y el desarrollo intelectual de un soldado.

La enseñanza es quizá el más delicado oficio de esta vida. Hay que ser maestro, atrayente, ejemplo de virtudes y humildad. La humildad es quizá la más difícil de todas las virtudes y la

más necesaria para aprender cómo hacer la guerra. Vida y guerra son lo mismo, ciencia y arte que se combinan en la milicia para hacer posible, con la geometría del combate y la aritmética de la moral, el delicado arte de saber conducir la paz y la guerra y eso no es innato en todos, sino que la mayoría debemos aprenderlo. Debe transmitirse el saber sin miedo, atender de cara lo más temido y saber dirigir a los hombres a recorrer las líneas escritas en la historia para poder enfrentarse al oficio de soldado con una base firme y responsable.

El aprendizaje del oficio de las armas abarca disciplinas inagotables que se suman al complejo saber de la guerra del futuro, compleja en sus técnicas y tácticas, con formaciones y despliegues múltiples y elementos con distinta concepción de la férrea disciplina militar, una instrucción y adiestramiento abiertos y variados, pero con tres pilares fundamentales: la historia, las virtudes morales y la disciplina.

El oficio de las armas corre el grave riesgo de centrarse exclusivamente en la ciencia y la técnica que ahora se apoderan de lo militar y crear mandos muy técnicos que olvidan su misión fundamental que es la guerra, combatir para ganarla, y la dirección y protección de sus hombres. Con arte y virtud: humanidad. A esa tarea de siempre debe añadirle mayor capacidad de mando al contar con nuevos procedimientos y despliegues en los que no todo son soldados sometidos a una pura instrucción y adiestramiento militar, incluso algunos alejados de su disciplina, pero que se encontrarán en las formaciones de las redes y en lugares de difícil control, y que deberá incorporar en sus planeamientos.

Controlar la iniciativa parece una contradicción, pero es absolutamente necesario tener un control sobre las acciones y coordinarlas con la posibilidad de reconducirlas y aprovechar sus éxitos o paliar los fracasos de las individualidades. Ello requiere un carácter forjado y formado en la acción, no improvisación, y unos estados mayores especializados, prudentes y capaces, todo ello fruto del estudio y sacrificio académico y con la suficiente flexibilidad para admitir aquellas maniobras que pueden ser brillantes, aunque carezcan de ese carácter académico. La guerra se vuelve iniciativa, saber aprovechar ese momento determinado, y en su conjunto requiere alguien que sea capaz de permitirles y aprovechar cada ocasión además de ser capaz de mandar en el conjunto de su maniobra.

La iniciativa consiste en tomar decisiones para aprovechar las oportunidades surgidas de forma imprevista, algo frecuente en espacios de guerra futuros donde no habrá distancias ni tiempos, lo que exige que la cadena de mando lo prevea y que en todos los escalones exista un entendimiento mutuo y una doctrina común con un exacto conocimiento de los planes e intenciones de al menos dos escalones superiores al del que toma la iniciativa ante una decisión imprevista. Nada peor en combate que la indecisión o detener las operaciones por falta de valor para adoptar medidas de acuerdo con los acontecimientos.

Las academias militares deben centrarse en transmitir las doctrinas morales de siempre y adaptar las formas y procedimientos de la guerra a métodos flexibles que permitan planeamientos muy generales, cambiantes y de muchas alternativas, que puedan adaptarse con rapidez a las opciones diversas que ofrecerá, en la mayoría de los casos no solucionables con decisiones de corte académico. Huir de la rigidez y siempre confiar más en el resultado de las decisiones del hombre que en las de los cañones. A la postre, la táctica de tierra quemada es fruto de la incompetencia y pérdida de las virtudes del soldado, aunque así fue como se puso fin al arte de la guerra: la destrucción total con una bomba nuclear. Ese fue el aprendizaje en una escuela no militar, sino más bien política, en la que se ejercía como clase magistral la consecución del objetivo a cualquier precio, sin valorar las consecuencias.

A los combatientes hay que imbuirles una mentalidad protagonista en su formación y

enseñanza y no llevarlos a creerse servidores de una máquina, de un arma decisiva. Un buque y una aeronave son importantes por sus capacidades destructivas, pero lo son más por la moral y el uso que de las armas hacen los hombres que las manejan, que pueden modificar su empleo y rendimiento solo con tener una u otra formación moral.

Formación, motivación y moral son los pilares de cualquier enseñanza académica para el oficio de las armas, algo que no es temporal, sino ajustable a cada situación donde el perfeccionamiento es exigido por la rapidez de los cambios que se producen en el entorno de la guerra.

Las academias militares son sagrados lugares donde debe aprovecharse el conocimiento de los más viejos junto al de los recién llegados de operaciones y someter al análisis todas las nuevas doctrinas y experimentaciones que se han comprobado en el campo de batalla, sea cual sea el nivel de conflicto, porque en el conocimiento de la guerra no hay conflicto menor o mayor, sino que todos son fruto de un origen común y una situación que no debe confundir a la milicia: la guerra que adopta máscaras de todo tipo, incluso la de la bondad.

La enseñanza en sus distintos niveles es cosa del oficio de las armas, pero de nada sirve si no está amparada por la voluntad política que facilite la puesta al día de los valores de todo tipo y de los presupuestos adecuados a la calidad de los estudios y la enseñanza en la que debe participar un profesorado multidisciplinar bajo dirección militar.

De soldado a general todo debe estar basado en el conocimiento y dotado de los conocimientos necesarios para que cada cual cumpla con su deber. Esa es la clave de cualquier enseñanza. Esfuerzo del que aprende y dedicación y medios por parte del que enseña. Todo envuelto en motivación.

Iba a dar comienzo la batalla de Waterloo. El general Uxbridge, segundo de Wellington, fue a la tienda del general español Miguel Ricardo de Álava y Esquivel, persona de confianza de Wellington y miembro de su estado mayor, a preguntarle qué deberían hacer. Álava le acompañó a entrevistarse con el Duque que, después de mirar fijamente y con complicidad al general español, puso la mano en el hombro de Uxbridge y le dijo: «Una cosa es segura, que suceda lo que suceda, usted y yo cumpliremos con nuestro deber». Sonrió el vitoriano general español y se despidió de Wellington acompañando a Uxbridge hasta que se perdió su caballo entre las tropas. Todo estaba dicho.

Era la mejor enseñanza recibida en su formación militar.

El deber se sustenta en la instrucción, en la formación, en el arte que todo ello conlleva cuando el alma de soldado aflora entre las enseñanzas recibidas.

«Y así hemos de sacar de todo por conclusión asentada, no solo el que es conveniente, y buena materia de estado a los príncipes soberanos el mantener tropas de caballería, e infantería en la paz, como en la guerra, bien ejercitados en las armas; pero que por no tenerlas estarán al contingente de no ser. La misma palabra ejercicio da la razón de esto (y no es liviana) porque primero fue el ejercicio que el ejército y no hay ejército que merezca ese nombre, si no se compone de Soldados ejercitados que se les da: lo demás serán tropas amontonadas, o montón de tropas en ejercicio, que valen poco. Dígalo el rey de Suecia, y Aníbal, con los otros capitanes, que arriba dejamos; será confusión, desorden, rotura y afrenta» (Francisco Dávila Orejón, *Excelencias del arte militar y varones ilustres*).

Ser soldado

«Los ejércitos tomaron su nombre de la voz ejercicio, para que los soldados jamás olvidasen la

obligación en que están de ejercitarse» (Flavio Vegecio Renato, *Instituciones militares*).

Que el primer y más fundamental deber del soldado sea la disposición permanente para defender a su nación, incluso con la entrega de la vida cuando fuera necesario, no es baladí. Ser soldado no es un capricho, ni siquiera una afición. Es una vocación cuyo atractivo reside en la virtud. La disposición permanente del alma para las acciones conformes a la ley moral. Una vida inspirada en el amor a tu patria, en el sacrificio reconfortante de ese espíritu que te lleva a mantenerte en tu puesto de honor cuando el amor a la vida te dice al oído que te separes del peligro. Ese espíritu que unas veces es valor, otras abnegación, entusiasmo por la profesión, siempre afán de esplendor para tu patria.

Será el patriotismo como virtud el valor principal, el deber, y cumplirlo la íntima satisfacción. Aprendedlo pronto: patriotismo consiste en amar a la nación, es decir, cumplir con el deber para ella siempre. Esa íntima satisfacción del deber cumplido será el premio y única aspiración del soldado.

El honor deberá presidir cada una de las actividades, estando solo o en compañía, sin buscar el elogio o el aplauso. A él debe ajustarse siempre la conducta. En la soledad de la noche o con las luces del día hay que ser coherente entre lo que debes hacer y lo que haces. El honor será la virtud que lleve al cumplimiento de los deberes respecto del prójimo y de uno mismo.

Al patriotismo y al honor siempre debe acompañarles el valor. En la milicia el valor no es bravuconería sino una firme disposición, constante preparación física y moral, para vencer el miedo y llegar más allá incluso de lo que el deber exige. Valor que ha de ser sereno sin alardes inútiles, comúnmente innecesarios, ha de tender a conservar durante el mayor tiempo y en el más alto grado las energías morales y físicas para utilizarlas al máximo y en toda su plenitud en el momento decisivo. Debe adornarse el valor con entendimiento para obrar con sabia destreza y no estrellar su denuedo contra la ignorancia. Valor estoico, y heroico si el combate lo requiere.

La disciplina será factor de cohesión que regule todas las relaciones en la milicia. Exigida y exigible para el que obedece y más, si cabe, para el que manda. Respeto y obediencia moral que lleve a la observancia de las leyes y normas, distinguirán al buen soldado.

Recorrer despacio el camino, con humildad y paciencia. Es necesario recordar que la guerra es el arte a cuya cumbre no se vuela, súbese poco a poco y con discurso de tiempo. Pero sin olvidar que aquí el esfuerzo y dedicación nunca están de vacaciones.

Todo lo que cuento es más sencillo de lo que se pueda pensar, pero solo se consigue si de verdad hay vocación de ser soldado, un bello oficio que descubrirá pronto su tesoro, que reside en la camaradería y la fraternidad en beneficio del grupo.

Aquel soldado herido en Lepanto llamado Miguel de Cervantes escribió la mejor crónica de una batalla para ser escuchada por los soldados: «Si me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella acción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella... que las heridas que el soldado muestra en el rostro y en el pecho estrellas son que guían a los demás al cielo de la gloria».

En su libro *Arte del buen mandar español* el general Bermúdez de Castro nos cuenta una bella historia:

En cierta ocasión se encontraba el tercio de Antonio Leiva, el mejor discípulo del Gran Capitán, pasando revista por el veedor cuando a lo lejos se divisó un tropel de jinetes que se aproximaba.

—¡Es el emperador! —gritaron los oficiales.

Los tambores y pífanos rompieron a tocar la *Marcha Real*.

Detuvo el emperador su caballo, descabalgó de un salto y se incorporó a la cabeza de la primera compañía. Tomó un arcabuz y ordenó que empezase la muestra. El veedor, sorprendido, nombró al emperador en voz alta:

—¡Su Majestad Don Carlos de Gante, Rey de las Españas, Emperador de Alemania!

Terció el emperador su arcabuz, quitóse el sombrero y oyéndole todo el tercio contestó:

—¡Presente y armado!

Desde aquel momento el emperador quedó hecho primer soldado arcabucero de la 1.^a Compañía del Tercio de Infantería de Milán. Su haber pasó a cobrarlo el soldado más viejo.

Ser soldado es una honra hasta para el monarca. Un soldado es algo más que caballero y solo exige el buen trato de la patria y la consideración que le da ceñir una espada. El jefe debe ganarse la consideración del soldado y, si lo alcanza una bala o le hiere el acero, compartir su destino. Deberían saberlo los que pretenden que un soldado se muera en la tristeza de ver su patria quebrada y rota por los pusilánimes.

«Un pueblo que pierde sus virtudes y le falta el valor a sus soldados, está llamado a desaparecer».

«Presente y armado». Quedó hecho primer soldado.

¿Quieres ser soldado?

En estos versos está el código que regirá tu vida al servicio armado:

Este ejército que ves
vago al yelo y al calor,
la república mejor
y más política es
del mundo, en que nadie espere
que ser preferido pueda
por la nobleza que hereda,
sino por la que él adquiere;
porque aquí a la sangre excede
el lugar que uno se hace
y sin mirar cómo nace
se mira cómo procede.
Aquí la necesidad
no es infamia; y si es honrado,
pobre y desnudo un soldado
tiene mejor cualidad
que el más galán y lucido;
porque aquí a lo que sospecho
no adorna el vestido el pecho
que el pecho adorna al vestido.
Y así, de modestia llenos,
a los más viejos verás
tratando de ser lo más
y de aparentar lo menos.
Aquí la más principal
hazaña es obedecer,
y el modo como ha de ser
es ni pedir ni rehusar.
Aquí, en fin, la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la firmeza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,

fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados;
que en buena o mala fortuna
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
(soldado de la Infantería española)

Nadie debería escribir sobre la guerra sin mencionar y ensalzar al soldado, perdedor o ganador, conocido o desconocido (la gran mayoría) que lucharon sin pasado que recordar, sin futuro asegurado, en un presente eterno y despiadado que seguramente no entendían. Ni lo intentaron. Soldados que si en vez de muertos el tiempo les hubiese permitido ser y pensar no hubiesen sido los mismos, o sí o no, o mejores o peores, pero hubiesen sido lo que una bala o una explosión no les permitió probar. Ellos se llevaron la guerra puesta y la guerra se los llevó a ellos. Eso fue todo, y ese todo se reduce a una llama votiva y (solo en algunas naciones) un compañero uniformado que hace guardia. Es el recuerdo al soldado desconocido que desfila ante el silencio sepulcral de nada, de nadie, del lento relevo de esos soldados que no saben nombres, un sepulcro vacío, unas guerras que son todas, ninguna en concreto; no hay fechas, ninguna lista, no hay flores, solo pájaros y el ruido del relevo, cuando lo hay.

Es simplemente la guerra, el monumento a las batallas, perdidas o ganadas, igual da, allí no hay gloria. Donde no hay nombres ¿a quién recordar?, ¿a quién hacen guardia los soldados? Esa llama siempre encendida... ¿por quién? La patria a campo abierto ha recogido el imposible del honor, no hay sitio para tanto sacrificio, los campos abiertos deben ser sembrados y no quedar como tumbas a la intemperie, las ciudades huyen de los muertos, nada como dar honor y honra a un lugar simbólico, pero vacío, todos los símbolos lo son, los llenan los que dan su vida con honor sin saber si el sacrificio era merecido por quien lo daban. No hay un soldado desconocido en la tumba que alumbra la llama votiva, no hay nadie y están todos. Vivieron para el acto heroico. Luego perduran en él, pero no son ninguno y son todos. Solo eso, un símbolo, el mayor de los poderes por eso: no ser nada pero ser reconocido por todos en un sentimiento de pudor o vergüenza.

«No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Ulises, preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerse, a reinar sobre todos los muertos» (*Odisea*, canto once).

Nada más triste que ese lugar, pero eso es lo que hace que sea sagrado para un soldado, porque es el recuerdo de la guerra, vivida, sufrida y que volverá un día inesperado y podría ser que la primera bomba cayera sobre aquel lugar vacío de muertos: y volverá a llenarse de vacío, al final.

Nunca habrá un soldado desconocido mientras su unidad lo recuerde: más vale tener soldados fuertes que grandes, y a ello deberemos el honor y la gloria.

«De ahí que la figura simbólica de esta segunda contienda entre pueblos tendrá unos fundamentos más hondos que la de la primera. En esta figura simbólica fue el soldado desconocido, al cual se le erigieron monumentos en el centro de todas las capitales, como señal de que el gran tesoro de sufrimientos que él había acumulado en el fuego debía formar parte en lo sucesivo del punto central del pueblo, un punto central dispensador de calor y otorgador de dádivas, a la manera como el hogar es el punto central de la casa. Y de hecho les brotó así a los pueblos, en este tiempo tan pobre de verdadero ser, un modelo de fuerza conformadora y unificadora [...]. Así como el sacrificio que tuvo su figura simbólica en el soldado desconocido elevó el sentir de los pueblos, este nuevo sacrificio tendrá un efecto eficaz y formativo que

rebasará las fronteras, pues ha sido un sacrificio desde la Tierra misma» (Ernst Jünger, *La paz*).

Cuando las armas hablan es que las leyes estaban equivocadas o no se cumplían. No solo callaron, sino que se avergüenzan de su silencio, porque si hubo guerra fue porque ellas no hablaron en su momento, silenciaron el injusto camino que llevaba a la guerra. Sintieron miedo.

¿Guerras justas o injustas? Podríamos hablar de hombres justos o injustos o de las leyes que los hombres manejan y se dan de manera arbitraria y que reunidos en solemnidad hacen justas o injustas; las mismas leyes lo son y no lo son, depende.

El arte de mandar

El mando en la guerra abarca todas las actividades relacionadas con el ejercicio de la autoridad y la dirección de las fuerzas asignadas para el cumplimiento de la misión, no teniendo más límites que la exactitud en el entendimiento y cumplimiento de la misión asignada, no de otra, y el respeto a los hombres mandados como máximo valor que la nación pone en manos del jefe para lograr su objetivo.

El mando está identificado en el jefe que lo ejerce asumiendo la plena responsabilidad de sus acciones y omisiones y que, aunque podrá delegar diversos campos de sus complejos y variados cometidos, jamás podrá compartir su responsabilidad, que es inherente a su jefatura y de la que deberá dar cuenta ante el éxito o el fracaso. La delegación de autoridad nunca será una excusa para eludir la responsabilidad. Delegar solo es eficaz y recomendable cuando todos los que rodean al jefe están imbuidos de su forma de dirigir y aunar a sus hombres, cuando no se nota su ausencia directa y su figura brilla incluso en la oscuridad. De la misma manera debe ser generoso en la delegación y evitar ser absorbente, ya que provocará la constante indecisión e incluso rechazo entre sus auxiliares más próximos.

Mucho tienen que ver ambas artes, la guerra y el mando, de manera que no se da guerra alguna sin un mando destacado que lo dirija ni resultado de la misma que no tenga un claro responsable.

La guerra tiene mucho de simbolismo: banderas, guiones, arengas, gritos y actitudes. El general Alejandro Magno se pasea ante sus tropas, a caballo, despacio, mirando al conjunto, mientras todos y cada uno se sienten observados. De repente se detiene y llama, sorprendido, a uno por su nombre. Luego se aleja para perderse en la decisión mientras suenan los tambores de Queronea.

Es duro no poder gozar y sufrir de la proximidad, pero él es más allá que tangible realidad, al que no le está dada ni permitida la familiaridad. Es el símbolo. Es el mando, la lucidez, muy por encima del fragor del ruido de los escudos y lanzas contra los petos de los caballos. Él no mira a nadie, a sabiendas de que todos lo miran. No habla porque sabe, y si lo hace es extremadamente parco y poco interpretable.

Aladas palabras que sobrevuelan las conciencias; es todo tan antiguo que ni la herencia lo recuerda.

Cuando se encarna la historia hay una magia que integra voluntades y no permite improvisaciones que rompan el juego del equilibrio entre pasado y modernidad.

El mando real utiliza las nuevas armas, pero aplica el viejo espíritu heredado que le hace sabio y fuerte. Para el mando no sirven los burócratas seleccionados con esmero e instruidos con precisión. Por eso es tan difícil mandar. La imagen, la palabra, el gesto, la tradición, la historia encarnada logra más con una palabra y un gesto que con órdenes en unos casos, con leyes incumplidas en otros.

Desde la distancia, sin llegar al cuerpo a cuerpo, sin interferir entre la tropa, sin inmiscuirse en

la administración de la Compañía.

Es el mando Supremo.

En lo militar mandar no tiene nada que ver con ser líder. Se ha introducido el término en la milicia con grave error para el concepto de mando, que es concebir, decidir, preparar y dirigir. Necesitamos jefes que manden, que la tropa nada tenga que esperar del favor ni temer de la arbitrariedad.

Mandar es exigir, a la par que una constante preocupación por tus hombres y el ejemplo de tus virtudes. Conocer a tus subordinados, su vida, inquietudes y necesidades, hacerlas tuyas, y velar por sus intereses. La cuenta de resultados se mide en el combate, sobre el campo de batalla, no sobre una pantalla. Nada virtual. Dando la cara. Una empresa política debe valorar las capacidades de sus hombres tanto o más que para ser general en el campo de batalla. En la política hemos de entender mucho del combate, de la estrategia y algo de táctica, pero lo más exigible es el arte de profundizar en el corazón del hombre. Es exigible conocer a sus huestes y no introducirlas en escaramuzas que conducen a perder el objetivo estratégico.

Mandar es una tarea tan absorbente que nunca se ha dado nada hasta haberlo dado todo, hasta que no te has vaciado por entero en ello. Mandar no es un privilegio, es un honor. Es una obra de arte, algo muy distinto a dar órdenes o a obligar.

Cuando hablamos de mandar lo hacemos sin marcar niveles de mando, que serán más o menos complejos, pero siempre una potestad que incumbe al jefe al margen de su lugar en la escala de decisiones y que responde a la necesidad de concebir, decidir, preparar y dirigir las operaciones que han de ejecutar las tropas a sus órdenes.

Desde el escalón más bajo del mando militar al más alto, todos deben resumir su acción con la misma sencillez y eficacia que las antiguas palabras de las viejas ordenanzas militares españolas, que se mantienen de palabra y espíritu. La creciente dificultad conforme se eleva el escalón de mando es indiferente y por tanto inexcusable la indecisión: «Procure ser en todo lo posible el que ha de reprimir, irreprimible».

Marcos de Isaba, capitán de los tercios, tratadista militar, mandó una compañía de 178 hombres y dejó escrito los preceptos de actuación de los soldados: «El que a la guerra viniere, ha de traer puesto el ojo al servir y vivir virtuoso, y no a la merced, que sin merecerla procura que se le dé, y ha de entender que no puede ser maestro quien no hubiere sido discípulo». Isaba fue el que sentó las bases de esa lección magistral que debe impartir el cabo y que ha quedado como cátedra de milicia. Insistía en la «instrucción de la escuadra en el manejo de las armas, en la obediencia sin murmuraciones, hacerse respetar sin llegar a las manos» y abogó por un sistema de regulación de nombramientos para que los oficiales cumpliesen unos requisitos antes de ser nombrados por el rey: «Para ser capitán cualquier sujeto debía servir al menos durante diez años: seis como soldado y cuatro como alférez».

También contemplaba los actos de valor y arrojo como motivo para el ascenso por los méritos contraídos: «Los caballeros que hubieran realizado algún servicio particular o destacado en la guerra, como ser los primeros en ganar el lienzo de una muralla, una bandera, o destacarse en una victoria o la defensa de algún puesto».

La inquietud social por resolver los acuciantes problemas que cada día surgen en lo personal y en el grupo se traduce al lenguaje militar por sentir la necesidad del mando que se identifica con el consejo, la dirección, la enseñanza, la elección más acertada. No es una entrega sin más, sino que el mando supone un compromiso de confianza que se resume en parámetros asumidos por saber la complejidad de obtener una decisión acertada y la exigencia de disciplina en términos de contrato moral. En la guerra se identifica ese contrato moral con hacer de la obediencia la más

principal hazaña y sufrirlo todo en cualquier asalto y únicamente no sufrir que les hablen alto.

Disciplina y obediencia no son sumisión, sino inteligencia y necesaria actitud para alcanzar un fin. Mandar, en todos sus aspectos, es una alternancia entre mando y obediencia. Nadie sabe lo que es mandar si antes no ha pasado por la escuela más formativa de las almas de los buenos soldados: la obediencia.

No es fácil mandar y sí hacerlo irresponsablemente provocando daños irreparables. Mandar no es solo una facultad o poder asociado al aspecto legal y con respaldo institucional. Cuando se manda bien es la autoridad moral la que motiva y emociona moviendo al grupo hasta límites insospechados, porque tiene una referencia a seguir, una disciplina moral que cumplir, un ejemplo a imitar. Mandar es algo más complejo que liderar porque requiere conocimientos, estudio, capacidad de análisis y de decisión. Son esas viejas virtudes del honor, austeridad, sacrificio, abnegación, camaradería, valor, las que arrastran y convierten en líder al que manda. Para mandar hay que estar preparado y para liderar, además de saber mandar, debes vivir en la virtud. Para lo uno o lo otro, bueno o malo, nunca se debe olvidar a los que se mandó, aunque haya sido solo a uno, ni a los que obedeciste, aun fuese ese uno.

Este es un intento vano de acercarme con palabras al arte más complejo del mundo y que más satisfacciones produce: a unos los hace grandes y a otros les deja al descubierto su infamia, pero nunca pasa desapercibido.

Todo el mando encierra un secreto que se resume en una vieja historia que dice que saliendo los de Numancia a pelear con la osadía y confianza que solían, fueron forzados a retirarse y volver las espaldas, y reprendiéndoles su capitán, preguntándoles por qué huían de los romanos a los que tantas veces habían vencido, le respondieron que los soldados eran los mismos, pero que el capitán era otro, y de más valor y mejor gobierno que los pasados.

Mandar queda resumido en pocas palabras y una compleja actividad. Tus órdenes han de ser claras, que se entiendan, que se cumplan, que cada uno sepa lo que se le pide, y si es posible, por qué se le pide. Debes mantener la idea elegida sin vacilaciones, ya que no hay nada más amargo que verse sometido a las oscilaciones de un jefe vacilante en sus decisiones. Más útil es el entendimiento que la espada. Claro, preciso y respetuoso con la iniciativa de otros. Esa idea permanente que debe presidir y transmitir con sus órdenes, incluso con sus gestos y presencia, es la de vencer.

Debes estar atento a conocer nuevas ideas y aceptar propuestas ajenas. Entre todos los consejos nunca admitas los que proceden del odio y del temor, los peores consejeros en la guerra. Y recuerda que el que está a tus órdenes no está a tu servicio personal.

Da lo mismo el escalón de mando que se tenga o el puesto asignado. En la guerra siempre surge la soledad, el momento más difícil al que acompaña el miedo, la inseguridad, la incertidumbre, las dudas y el peso de la responsabilidad. Estos son algunos de los sentimientos y sensaciones que embargan a cualquier soldado y que aumentan en función del número de los que están bajo tu mando. Aunque sea el acontecer diario. Sobreponerse a esos sentimientos marcará la diferencia entre el éxito y el fracaso. Hay que confiar en uno mismo, en los conocimientos y la formación, ya que frecuentemente se sabe más de lo que se cree y ello aflorará en el momento necesario.

Ante un problema difícil, cuando no puedas consultar, confía en tu intuición, pues cuando se conoce el oficio y se está identificado con él, la intuición te marcará el camino a seguir. No hay nada peor que el pánico o la inacción. Ni te escondas ni huyas ante los problemas de la guerra que suelen atacar en primer lugar al ánimo del que manda. Los métodos y procedimientos aprendidos en las largas horas de estudio, aplicados con sentido común y serenidad, les ayudarán

a adoptar las decisiones más convenientes aun en soledad. Debemos confiar en su profesionalidad y buen hacer y darles la flexibilidad y libertad de acción que para nosotros pedimos. Muchas veces un líder no lo es solo por el empleo que ostenta o por la edad que tiene, lo es porque reúne un conjunto de cualidades que harán que sus hombres lo sigan sin condiciones.

Tan difícil es decidir porque eres responsable de ello como obedecer. Para dirigir, organizar, investigar, enseñar, mandar u obedecer hay que estar preparado y eso se logra solo con aprendizaje y disciplina.

Tenemos que tomar decisiones a menudo, todos. Hay una frase en el ejército un tanto dura, pero muy real: «El sudor de hoy evitará la sangre de mañana». Creo que tiene su traducción en la vida civil y que sirve para todos: el esfuerzo y el estudio de ahora te servirán para no cometer errores mañana.

En tu función intelectual necesaria para decidir debes contar con la ayuda de tus auxiliares, es una labor de equipo, en la que tendrás que asignar trabajos a cada uno de ellos, pero la decisión final, la expresión de tu voluntad, te corresponde solo a ti y es tu mayor responsabilidad. En ella quedará reflejado el espíritu del jefe y servirá como guía y eje de aquellas iniciativas que tus subordinados tomen en los momentos en los que se encuentren aislados o lejos de ti. Elige entre los que sabes que con una sola directriz actúan de acuerdo con tu criterio y huye de aquellos que necesitan exceso de explicaciones y vigilancia permanente para comprobar el cumplimiento de tus órdenes. La tibieza en el mando provoca graves indecisiones, es el mayor pecado que puede cometer el que asume la responsabilidad.

Debes ser constante en el esfuerzo, evitar prisas y desorden. Y ser cortés, pues la cortesía es inseparable de la disciplina. Cortés en la precisión y limpieza de la palabra, en la actitud, en el gesto, en la voz y en los modales.

Cuenta siempre con el apoyo de tus colaboradores y el consejo de los más cercanos y busca en ellos la lealtad para nunca sentirte defraudado.

Nunca pienses en ti, hazlo primero en la misión que te han confiado y en los hombres que tienes para cumplirla.

Suerte, fácil recurso al que suele acudir. No te engañes con la suerte, los buenos generales no confían en ella, sino en sus tropas, en su estado mayor y en su preparación para adoptar decisiones: a eso se debe la suerte. En la mayoría de los casos estudiados en los que se señala a la victoria como fruto de la suerte se deduce que solo los capaces son afortunados.

Mandar es demasiado habitual, pero cada vez son más los que mandan mal y legión los que padecen sus consecuencias. No pretendas ser importante por el mando que te asignen, sino lucha por ser humilde, lo que se traduce en ser útil.

Conviene repetirlo: El mando es una montaña muy dura de escalar. Hay que recorrer despacio el camino, con humildad y paciencia. A la cumbre no se vuela, súbese poco a poco y con discurso de tiempo. En la guerra o en su preparación el esfuerzo y dedicación nunca están de vacaciones.

La tropa debe ganar batallas; el mando está para ganar la guerra. La suma de las batallas no da como resultado ganar la guerra, solo la decisión y la claridad para determinar a dónde, por dónde, cómo y cuándo conduce al éxito, al ir consolidando con la táctica la estrategia final. Entiéndase que en la táctica participan diversos mandos, pero la estrategia de la victoria debe ser cosa de uno.

No olvides que la inacción en la batalla es incompatible con el ejercicio del mando.

Por último sigue la máxima moral que todos llevamos dentro: «Que nadie tenga nada que

esperar del favor ni que temer de la arbitrariedad».

«El contenido de la sabiduría es el mando. Saber mandar no es otra cosa sino saber ser obedecido. Solo sabe mandar el que manda por razón de proporción, es decir, por razón de justicia. Solo sabe mandar el que midiendo sus cualidades y las que tienen los llamados a obedecer halla entre ambos la proporción geométrica que justifica el mando y lo hace efectivo».

Ese orden de la milicia establecido por el mando, «esa figura perfecta, capaz de andar en todas las direcciones; hacia delante, hacia detrás, a derecha e izquierda, hacia arriba o hacia abajo, sin que jamás se turbe el orden», algo así como la disciplina, que no es sino «una habituación interna y externa del hombre a estar siempre en orden», va a servir en el futuro para construir la esencia misma de la política: el orden y la disciplina. En definitiva el mando, cuando no se convierte en una burda copia del mando.

Las arengas

«Infinitas veces ocurren cosas mediante las cuales se arruina un ejército cuando el general no sabe o no acostumbra a arengarle, pues las palabras disipan el temor, enardecen los ánimos, alientan la obstinación, descubren las celadas del enemigo, prometen recompensas, muestran los peligros y el modo de evitarlos. Con ellas se reprende, se ruega, se amenaza, se infunde esperanza, se elogia, se vitupera y se hacen todas las cosas que apagan o encienden las pasiones humanas. El príncipe o la república que determine organizar una nueva milicia y mantenerla con reputación, ha de acostumbrar a los soldados a oír las arengas del general y al general a saber hablarles» (Maquiavelo, *El arte de la guerra*).

Conviene no olvidar el estilo de los viejos reglamentos y la importancia que siempre en la guerra ha tenido la palabra cuando puede ser escuchada, prolongada por la música, los tambores o el simple toque de un cornetín.

Recordemos: «Llegado el instante del asalto, el escalón de fuego, con los oficiales a su altura y enardecidos sus hombres con gritos de guerra y con el canto del himno de su regimiento, se lanzarán a la carrera a través de las brechas abiertas». Símbolos, códigos prodigiosos y extraños, gritos de guerra, arengas que arrastran más que palabras; sobrecogedor desafío, un resorte que hace revivir el espíritu de los ejércitos de todos los tiempos, de la tradicional dedicación al servicio y al sacrificio.

El sentimiento de unidad es una de las claves en las que se sustenta la moral y el espíritu de las auténticas, históricas y heroicas unidades.

El nombre, el lema, el himno, el guion, la hermandad, el servicio, la fraternidad... Sí, códigos prodigiosos capaces de hermanar en su síntesis a todos los hombres y luchar juntos hasta la muerte por un común ideal. Son los vínculos que los hermanan para siempre. Es la guerra y su proximidad al final de todo lo que hace valientes a los hombres que se amparan en los otros, su «no yo» que da paso a la unidad, la compañía, la amistad y el compañerismo: «No abandonar jamás a un hombre en el campo hasta perecer todos». Es la esencia del valor en la guerra cuando la humildad te lleva a asumir que somos más efímeros y menos importantes que aquellos que nos precedieron.

Todo ello se enciende con la palabra y la proximidad y un general debe saber que la familiaridad engendra desprecio, pero la desconfianza aún más, por lo que también debe saber que el espíritu de servicio le hace estar cerca de sus hombres y lo muestra con pocas y precisas palabras, ardientes y sinceras, que los arrastra detrás de su ejemplo.

«El general debe ser el primero en tomar parte en las tareas penosas y en las faenas castrenses.

En el calor del verano no abre su sombrilla, y en el frío invernal no se cubre de gruesos vestidos. En los lugares peligrosos debe echar pie a tierra y caminar. Espera que hayan sido cavados los pozos de la tropa y, solamente entonces, bebe; para comer, espera a que el rancho de la tropa esté preparado, y para cobijarse, a que las fortificaciones de sus hombres estén minadas». Todo ello debe hacerse sin restarle la más mínima capacidad para continuar en su difícil tarea de mando y dirección, con las exigencias o necesidades que requiera para estar capacitado para decidir en las mejores condiciones físicas e intelectuales. El ejemplo de sus actos y los resultados de las batallas son la mejor arenga. Si no es así, mejor que no hable, porque no creerán en su palabra.

Alejandro Magno pasa revista a sus tropas antes de la batalla. Gaugamela. Sobre Bucéfalo, despacio, mirando, mandando, repasa sus tropas. Nadie agacha la cabeza. Arenga: «La negligencia individual provoca un perjuicio colectivo, y la diligencia propia produce un triunfo colectivo». Nada más. No es un discurso ni una instrucción: un dardo encendido al corazón de sus guerreros. Hoy venceremos porque lo hacemos juntos.

«Si puedes hablar a las masas y conservar tu virtud...» (Kipling).

Habrà controversia por si el arte de la guerra es una ciencia o solo un arte primitivo. No nos equivocaremos si de todo ello hablamos, que buena falta hace, pero dejamos a la guerra en arte para vencer con la ciencia. Sin olvidar que el lenguaje militar del que manda no debe deslumbrar al que obedece, sino que lo nuestro ahora y siempre es la arenga con su poder de atracción y arrojo.

El estilo militar es sobrio, elegante y decisivo; esa palabra militar oportuna y breve que logra lo que otros para ello requieren de un discurso.

Ciencia o arte. Villamartín dijo: «No basta el conocimiento de la ciencia de la guerra para ser gran general, como no bastan las reglas de la versificación para ser gran poeta».

Hacen falta arte y verdad, conciencia de servicio y la palabra delata; si se unen en una arenga, la sintaxis cumple con su exacto significado: el orden de la tropa para entrar en combate. No se puede hablar de arengas, discursos o ese intermedio llamado oración, más profundo y conmovedor para soldados y civiles, sin traer a colación la oración fúnebre de Pericles recogida por Tucídides en sus *Historias* (II, 35-46), donde se narran las guerras entre Atenas y los peloponesios. Es de una altura moral y literaria que no tiene parangón y cualquiera de sus párrafos podría ser copiado con exactitud para antes, durante y después de la batalla, como arenga o como profunda reflexión política. Nadie hasta ahora ha logrado lo que Pericles y Tucídides, que de los dos hay en el discurso que hasta nosotros ha llegado: alcanzar la cima de lo militar, de lo político, de lo humano, con tanta exactitud y penetración en el sentir de un pueblo. Quedó y queda como la fuente del saber decir, arengar, resumir, acompañar y consolar. Son las palabras universales que deberían figurar grabadas como canto al honor, al valor, a la justicia y a la democracia, en las columnas de cualquier parlamento de gobierno o de sabiduría. Son el músculo de la historia.

A ello me remito, a ellas me refiero si es que alguien quiere escuchar una arenga para enardecer el ánimo en estos tiempos en que decae y nadie sabe consolar, acompañar. Solo unos párrafos, ni principales ni electos entre todos, sino un solo ejemplo de lo que se pierde quien no asuma y asimile las palabras que Tucídides puso en boca de Pericles:

Disfrutamos de un régimen político que no imita las leyes de los vecinos; más que imitadores de otros, en efecto, nosotros mismos servimos de modelo para algunos. En cuanto al nombre, puesto que la administración se ejerce en favor de la mayoría, y no de unos pocos, a este régimen se lo ha llamado democracia; respecto a las leyes, todos gozan de iguales derechos en la defensa de sus intereses particulares; en lo relativo a los honores, cualquiera que se distinga en algún aspecto puede acceder a los cargos públicos, pues se lo elige más por sus méritos que por su categoría social; y tampoco al que es

pobre, por su parte, su oscura posición le impide prestar sus servicios a la patria, si es que tiene la posibilidad de hacerlo [...]. A ninguno de estos hombres lo ablandó el deseo de seguir gozando de su riqueza; a ninguno lo hizo aplazar el peligro la posibilidad de huir de su pobreza y enriquecerse algún día. Tuvieron por más deseable vengarse de sus enemigos, al tiempo que les pareció que ese era el más hermoso de los riesgos. Optaron por correrlo, y sin renunciar a sus deseos y expectativas más personales, las condicionaron, sí, al éxito de su venganza. Encomendaron a la esperanza lo incierto de su victoria final, y en cuanto al desafío inmediato que tenían por delante, se confiaron a sus propias fuerzas. En ese trance, también más resueltos a resistir y padecer que a salvarse huyendo, evitaron la deshonra e hicieron frente a la situación con sus personas. Al morir, en ese brevísimo instante arbitrado por la fortuna, se hallaban más en la cumbre de la determinación que del temor. Entonces, cuando la ciudad se os manifieste en todo su esplendor, parad mientes en que este es el logro de hombres bizarros, conscientes de su deber y pundonorosos en su obrar; de hombres que, si alguna vez fracasaron al intentar algo, jamás pensaron en privar a la ciudad del coraje que los animaba, sino que se lo ofrendaron como el más hermoso de sus tributos. Al entregar cada uno de ellos la vida por su comunidad, se hicieron merecedores de un elogio imperecedero y de la sepultura más ilustre.

Esta, más que el lugar en que yacen sus cuerpos, es donde su fama reposa, para ser una y otra vez recordada, de palabra y de obra, en cada ocasión que se presente. La tumba de los grandes hombres es la tierra entera: de ellos nos habla no solo una inscripción sobre sus lápidas sepulcrales; también en suelo extranjero pervive su recuerdo, grabado no en un monumento, sino, sin palabras, en el espíritu de cada hombre. Imitad a estos ahora vosotros, cifrando la felicidad en la libertad, y la libertad en la valentía, sin inquietaros por los peligros de la guerra. Quienes con más razón pueden ofrendar su vida no son aquellos infortunados que ya nada bueno esperan, sino, por el contrario, quienes corren el riesgo de sufrir un revés de fortuna en lo que les queda por vivir, y para los que, en caso de experimentar una derrota, el cambio sería particularmente grande. Para un hombre que se precia a sí mismo, en efecto, padecer cobardemente la dominación es más penoso que, casi sin darse cuenta, morir animosamente y compartiendo una esperanza. Cuando los más preciados galardones que una ciudad otorga son los que recompensan la valentía, entonces también posee ella los ciudadanos más valientes.

Y ahora, después de haber llorado cada uno a sus deudos, podéis marcharos.

Arenga antes del combate, entierro y homenaje póstumo a los que su vida se les fue luchando, honrar el valor y el sacrificio, porque merece la pena dar la vida por la democracia, nos lo resume todo.

¿Hay mejor arenga? ¿Más entusiasmo?

4. LO ARMAMENTÍSTICO

«Entre los iberos, pueblo belicoso, se elevan tantos obeliscos en torno a la tumba de un hombre como enemigos haya aniquilado» (Polibio VII, 2, 1; 1324b).

El combatiente básico es el hoplita, el hombre armado por sí mismo. En la guerra no hay nada más difícil de lograr y a la vez de mayor eficacia que el hombre armado.

Lo mejor de un arma es el hombre que la inventa y detrás en la lista está el que la usa. No le bastaba su fuerza e ingenio para combatir solo y dominar la naturaleza, sino que su inteligencia le llevó a incluir artefactos de ayuda, a repartírselos entre iguales y que logaran con ese conjunto armado más que muerte: desolación.

«Los arneses y armas que fueran traídos de fuera del reino sean todos de una forma y hechura... así como se acostumbran a traer en este reino» (*Ordenamiento de Montalvo*; tít. XVII, ley XXV).

Mucho ha variado el armamento, conjunto de armas y materiales utilizados en la guerra, y ello ha condicionado siempre los procedimientos de combate, lo que ha creado toda una industria interesada en dotar al combatiente uniformado de armas muy ligeras, versátiles y de fácil mantenimiento. El binomio hombre-arma sigue siendo la pieza básica de los ejércitos, inseparables y de gran influencia en la moral del combatiente. El arma individual es mejor y más conocida que cualquier otro instrumento, es la espada del samurái, la lucha cuerpo a cuerpo a la distancia que la vista te permite y es la esgrima de bayonetas en el momento cumbre de la acción, cuando se enfrentan cara a cara los combatientes.

Tendremos que ir a la *Ilíada* para recordar que de ayer a hoy nada ha cambiado en los hombres que hacen la guerra y en las armas individuales para la batalla. Aquiles pierde las suyas que entregó a Patroclo, muerto a manos de Héctor, y su madre pide al ilustre cojo, Hefesto, dios hijo de Zeus y de Hera, armas para su hijo: «Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches y coraza, pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los teucros, y Aquiles yace en tierra con el corazón afligido».

El resplandor del escudo de Aquiles, nos dice el canto diecinueve, llegaba al éter. «El divino Aquiles probó si la armadura se le ajustaba y si, llevándola puesta, movía con facilidad los miembros; y las armas vinieron a ser como alas que levantaban al pastor de hombres. Sacó del estuche la lanza paterna, pesada, grande y robusta, que entre todos los aqueos solamente él podía manejar».

Valor, armas y disciplina, un conjunto invariable a lo largo de los siglos. Tan importantes y míticas son las armas del guerrero que Áyax, el «terrible que provoca espanto», el más alejado de los dioses, a los que desafía, se muestra enloquecido por no haber recibido las armas de Aquiles que han sido entregadas a Ulises. Es el único guerrero que cree en sus fuerzas más que en el apoyo que le den los dioses. «Hijo, desea la victoria con la lanza, pero siempre con la ayuda de la divinidad», le aconseja su padre, pero su jactancia e insensatez le llevan a contestar: «Padre, con los dioses, incluso el que es nada, podría obtener una victoria. Yo, sin ellos estoy seguro de

conseguir esa fama».

No son la propia fuerza y las armas lo que hacen ser invencible, sino la astucia y la fe en los que te rodean y defienden con sus armas, más que las tuyas. El espíritu del grupo, la fuerza del conjunto, la unidad.

Áyax es el primer caso de suicidio de un soldado que se conoce en la literatura. Pierde el juicio ofendido por no recibir las armas de Aquiles y en su locura cree matar con su espada a los Atridas cuando en realidad mata a un rebaño de reses. Al recobrar el juicio, avergonzado por haber perdido el honor, se quita la vida. Lo relata Sófocles en su tragedia más antigua: *Áyax*. Las armas son herramientas de mal agüero, y por encima de su poder, incluso del valor, debe estar la lucidez.

El *Áyax* de Sófocles debería ser libro de texto en las academias militares, junto a la *Ilíada*, también en las empresas, sobre todo en la empresa de la guerra, que en definitiva lo son todas.

No es sencillo equipar al soldado y lograr que el arma y la vestimenta no constituyan un lastre en el combate, que el peso, la colocación de cada pertrecho no sean incómodos ni produzcan una fatiga más de las muchas que debe soportar el soldado. El combatiente del futuro se nos muestra como un astronauta que pisa la Luna y sus movimientos son lentos e ineficaces, aunque está conectado y dirigido desde cientos de sensores que le conducen durante el combate dándole cuenta hasta de sus indicadores emocionales. ¿De qué servirá tan valioso equipo sobre su cuerpo si el soldado no está ágil para maniobrar? Antes de que David se enfrentase a Goliath, nos dice el Libro primero de Samuel que Saúl le vistió con su armadura, puso sobre su cabeza un casco de bronce y le cubrió con una coraza. Le ciñó la espada sobre su armadura y David intentó en vano andar, porque no estaba entrenado: «No puedo andar con esto, porque no estoy entrenado», y se lo quitó de encima.

El armamento debe permitir y facilitar la maniobra tanto individual como la del conjunto de la unidad y de nada vale desfigurar al soldado de modo que de tanta seguridad como transporta quede inmóvil y sin poder avanzar, en la seguridad de que a las primeras de cambio dejará abandonado parte del equipo.

Los *catafrailes* eran inútiles, pues llevando la cara cubierta, apenas podían ver y ofender al enemigo, y el peso de sus armas impedía, una vez caídos, levantarse y valerse de sus personas (Maquiavelo. *El arte de la guerra*).

El armamento individual puede ganar y perder combates y determinar el curso de una guerra.

Los alcances de las armas y el calibre de la munición empleada juegan un factor esencial y un ejército debe tener capacidad para armarse con distintos calibres dependiendo del lugar del combate. Alcances, automatismos, calibres, modifican las armas y su empleo en campo abierto, zonas cubiertas, boscosas o la lucha en poblaciones. El soldado «camina, acampa y combate ordenada y metódicamente», acompañado siempre de su equipo y dispuesto a «aprender la formación y saberla conservar en las marchas y en los combates», que es la esencia de la maniobra de su unidad y la lucha del conjunto. En todo ello el arma y el equipo que transporta debe proporcionar seguridad y maniobrabilidad y nunca ser un impedimento por su complejidad o peso.

El arma da seguridad, favorece el orden y disciplina y sobre todo hace mirar al frente, al avance decidido sin mirar atrás, olvidando la retaguardia como las defensas de cualquier hoplita que descuidaba su espalda porque confiaba en quien detrás lo protegía. Las armas siempre tuvieron gran vistosidad, que se tradujo muchas veces en leyendas que provocaban el terror en el enemigo, tanto como el ruido de sus gritos antes del combate o los toques de guerra de los instrumentos de música. «Además de las armas llevaba la infantería romana penachos, adorno

que da a los ejércitos un aspecto bello para los amigos y temible para los enemigos».

Armas y terreno deben ser una combinación en la que jueguen no solo la astucia y la instrucción. El diseño del arma debe ser el apropiado para el terreno donde se combate. Hoy cobra importancia la lucha en poblaciones, lugares donde la sorpresa se esconde, arriba y abajo, desde los flancos, desde lo invisible, con numerosos obstáculos, gran compartimentación, aislamiento de las unidades, malas posiciones de fuego y las limitaciones impuestas por la presencia de población civil, factor que debe tenerse muy en cuenta, dada la dificultad de distinguir entre combatiente y población civil ajena a los combates y amparada por las leyes humanitarias.

Es muy probable que las nuevas armas, conocidas o no, modifiquen las básicas formaciones y maniobras empleadas hasta ahora, masas de máquinas y hombres apoyadas por grandes concentraciones de fuego, y entremos en avances en profundidad más precautorios y que permitan penetrar en terreno enemigo sin grandes resistencias, ya que parecen haber desaparecido de las confrontaciones directas, para entrar en un atractivo agujero negro, alrededor del silencio, a la espera de que algún artefacto impacte en el centro de la formación. Ello obligará a gran dispersión de las unidades de combate y mayor complejidad del apoyo logístico, que tendrá que modificar la forma de obtener recursos y los procedimientos de aproximación a los frentes.

En cualquier caso las armas del futuro están por diseñar y marcadas por tendencias de destrucción total y fractura de infraestructuras, ataques a distancia desde plataformas situadas en insospechados lugares. Los núcleos urbanos y las comunicaciones de todo tipo, por donde fluyen subsistencias, energía e información, serán el objetivo de las nuevas armas, ámbito en el que la ciencia y la tecnología nos depararán grandes sorpresas.

Lo desconocido en armas espera porque desde Hiroshima la retaguardia no ha dejado de pensar en algo que provoque tanta destrucción como aquello, pero sin alterar las conciencias, de manera meliflua, de forma que se entre en un nuevo periodo llamado paz antes de la destrucción final que llegará por ir cada vez más lejos. La inteligencia irá en contra de la sabiduría y fabricará el arma definitiva. En este periodo al que ya le han puesto nombre, la paz armada, no habrá descanso, solo un intervalo para indagar, más profundo y más letal.

La limitación de armas, nucleares o convencionales, no es la única ni la mejor de las soluciones para evitar la guerra. No hay confianza entre naciones, ni siquiera aliadas, los acuerdos son vigilados y pronto se incumplen. En el fondo las armas son ideológicas y por tanto de poder. Los líderes espirituales no ceden ni se ven posturas para el acuerdo profundo y duradero, sino que las armas no tienen limitaciones a la hora de propagar sus doctrinas incluso acudiendo a la violencia. En definitiva, la paz armada es inevitable y el paso previo para la guerra.

Los sustitutos de la bondad espiritual no encuentran su sitio: sucedáneos interesados que envuelven la mentira, pero de buen sabor, son consumidos gracias al poco esfuerzo que requiere su digestión.

Todo ha cambiado menos el pensamiento que quedó detenido hace más de dos mil quinientos años convertido en sabiduría, de la que no nos hemos movido un ápice, si acaso a peor. Pensábamos que la inteligencia del hombre era pensar, aumentar su sabiduría, pero mientras más avanzamos hacia la paz menos sabemos y la guerra se acerca y se multiplica con mayor crueldad y capacidad de destrucción que nunca. Inteligencia sobre sabiduría, he ahí el problema y el porqué de las guerras sin soldados pero con mayor destrucción. La paz no deja de ser un pacto nunca definitivo. Las armas se han hecho para que haya menos guerras o para que si hay guerra

sea la última, detrás de la cual no hará falta una nueva.

Las nuevas armas han modificado las doctrinas de los ejércitos que intentan adivinar las tácticas del futuro entre la moral de combate y el poder de resistencia contra el enorme peso de la destrucción que elimina cualquier virtud. Solo hay rebeldía cuando se acerca la muerte, sin remedio. El soldado invencible es aquel que se ve peleando junto a la ya inevitable guadaña. «Puede haber muchas razones que fuercen a combatir con encarnizamiento, pero ninguna tan poderosa como la que os obligue a vencer o morir».

Cualquier código guerrero desprecia a la muerte. O la aprecia como algo redentor y el soldado bien instruido se reconoce en el héroe Aquiles: «Ama pues la vida, pero prefiriendo en ella la intensidad a la duración».

Los procedimientos bélicos están en revisión y ello es motivado por la aparición de armas e ingenios nuevos y por el temor inevitable del arma nuclear, pero existe la incertidumbre de que hay algo que incluso sea peor que la prueba nuclear hasta ahora conocida. El cambio que puede intuirse no tiene límites para la imaginación y no es menor que la capacidad del hombre para tratar su destrucción alterando el ritmo de la naturaleza y el suyo propio.

La guerra ha dejado de tener el carácter de batalla ofensiva o defensiva, ambas maniobras se darán de manera distinta entre contendientes en una combinación de acciones que variarán siempre tras la posibilidad de decidir, preparar y ejecutar los planes a pesar de la voluntad del adversario. En la lucha de voluntades imponerse equivale a ser libre para actuar y para ello habrá que recurrir a distintas maniobras sin que el ataque prevalezca sobre la defensa, de modo que sea la moral la que prevalezca y que el enemigo vaya detrás de tus planes gracias a que eres dueño del tiempo y el espacio para decidir, dispones de información y mantienes el secreto de tus planes.

La moral vence al armamento más letal y hay que convencer a las tropas de que en la guerra la única esperanza de salvación que les queda es la victoria. Vencer al enemigo es una «convicción que aumenta con la confianza, la adhesión al general y el amor a la patria. Inspiran la confianza el armamento, la organización, las victorias recientes y la fama del general». Las nuevas armas quizá no sean tan nuevas y Hefesto trabaje ya en las nuevas corazas.

Dejémonos de moralidades como cuando la artillería empezó a disparar desde la distancia y los caballeros rechazaban esa lejanía para el combate, sin mirarse a los ojos, como algo que repugnaba al caballero. Hay que pensar en la guerra como lo que es y puede ser: todavía peor de lo hasta ahora conocido. Lo único que ha aportado el desarrollo tecnológico son máquinas más destructoras, más alejadas del objetivo, y mayores efectos sobre cualquier tipo de población, combatiente o no. El arma desconocida está por llegar, pero existe con todo su poder mortal y decisorio. ¿Cuándo la conoceremos?

La obligación del general es pensar en la forma de combatir, de enfrentarse a lo inesperado y no perderse en las cuestiones de mayor o menor legalidad, ya que a todo lo incierto e ilegal deberá vencerlo. En la guerra acaba haciéndose todo lo que la mente humana es capaz de llevar a cabo para conseguir la victoria, muy lejos de pensar en la legalidad internacional que hasta ahora nadie ha respetado.

La lucha del hombre por descubrir el arma más adecuada es muy antigua, nunca se luchó con las manos cuando la naturaleza te ponía en ellas piedras y palos. A pesar de la introducción de la espada, la lanza siguió en muchos ámbitos siendo el arma esencial y más generalizada y conservó un simbolismo guerrero y sobrenatural. La evolución de las armas de siempre ha seguido la línea de acabar con el adversario desde la mayor distancia.

«Debe hacer como los ballesteros bien advertidos que, viendo su blanco muy distante para la

fuerza de su arco, apuntan mucho más alto que el objeto que tiene en su mira, no para que su vigor y flechas alcancen a un punto de mira en esta altura, sino a fin de poder, asestando así, llegar en línea parabólica a su verdadero blanco» (Maquiavelo, *El príncipe*., cap.VI).

Resulta que era conocido desde los primeros arqueros el tiro realizado con una elevación superior a la correspondiente al máximo alcance. Aparentar asestar más abajo y llegar más lejos. No evoluciona el armamento sino con la experiencia de su uso y los efectos de su destrucción, cuando el hombre estudia cómo protegerse y la forma de atacar con más daño.

Una lanza o una espada, una pica o un arcabuz, serán para un duelo, no más, la guerra se hace con un conjunto de ellas, una unidad armada que debe evolucionar conforme las armas exijan nuevos procedimientos.

«La revolución de la pólvora y la aparición de las armas de fuego cambiaron definitivamente el arte de la guerra y constituyeron la base del dominio de las potencias occidentales sobre el resto del mundo» (Carmen Iglesias, en el prólogo de *Escritos de historia militar*, de José Antonio Maravall). Hoy el futuro de la guerra considera a las unidades como un «sistema de combate integral» que en definitiva consiste en formar un conjunto cohesionado de hombres y material que logre aunar las capacidades de combate que le permita el mando, la inteligencia, el apoyo logístico, la maniobra y protección como si fuese una gran arma que disponga de todo lo necesario para la batalla, acto esencial de la guerra, con sus escalones de concepción y planeamiento, el de preparación y ejecución y el escalón que la alimenta. La tendencia es crear grandes unidades, que lo sean no por su envergadura sino porque permitan el mando y estén dotadas de diversos sistemas de combate, sobre ruedas y cadenas, y con la más avanzada tecnología. Armas nuevas junto al espíritu de combate de siempre que deben incorporar las «innovaciones en los campos de la inteligencia artificial, la hiperconectividad, la robótica inteligente, la nano-tecnología, el aprendizaje de máquinas, la biotecnología o la fabricación aditiva».

En definitiva, la tendencia es crear una organización militar como si fuese el espíritu de Aquiles, algo de hombre y dios, que conjugue el poder de la inteligencia, la fuerza, la astucia y la habilidad, con armas como las de Aquiles, un conjunto de unidades cohesionadas que reúnan hombres de virtud junto a las armas de Hefesto, cada uno con sus características, la valentía, la resistencia, la audacia, incluso temeridad, disciplina, inteligencia, fuerza, velocidad, ímpetu y coraje, como Ayante, Áyax, Héctor, Ulises, Diomedes, con el poder de sus armas y su peculiar virtud para la guerra. La más aguerrida y perfecta máquina de guerra conocida en la historia.

Las nuevas armas serán las de siempre, destructivas, pero con la necesidad de incorporar la tecnología que las haga diferentes, aunque conceptualmente es un misterio saber qué es lo que hará aparición en el campo de batalla, un espacio sin límites. Vehículos de combate en sus diversas modalidades, sistemas aéreos pilotados remotamente, artillería, zapadores, sistemas de combate que aumenten la capacidad del soldado y le permitan interoperar en diversas estructuras y en un entorno muy tecnificado sistemas de defensa antiaérea, antimisil, y sistemas de detección y alerta contra personal, añadido a la guerra de los drones y algo tan revolucionario como las municiones guiadas. El carro de combate sigue en el campo de batalla en un proceso de adaptación tecnológica —ya en marcha— a los nuevos avances, pero sin que su presencia sea descartada en ningún caso.

Las nuevas armas no deben olvidar ese espacio que se presenta como campo de batalla inexpugnable: los grandes núcleos de población, el entorno urbano, que requiere unas capacidades muy específicas.

En cualquier caso el futuro está en la capacidad de adaptación al entorno, la disponibilidad y la

rapidez en la sustitución de unidades y armas; sobre todo en la interoperabilidad que permita formar un todo entre mandos y unidades de distinta nacionalidad, incluso de diferente forma de pensar en cómo hacer la guerra.

El camino no es hacia el futuro, sino que hay que pensar en el presente, porque de un día para otro todo queda obsoleto. La guerra puede perderse por no invertir a tiempo o por una equivocada inversión. El día que estalla la guerra no espera a que los ejércitos se preparen. El que llega tarde y mal equipado, por mucha voluntad que tenga, pierde. No es un trabajo exclusivo de los ejércitos, sino que la ciencia, la técnica, la universidad y la industria deben conformar un único pensamiento con los responsables militares y económicos de la nación para estar al día, incluso adelantarse a los posibles cambios tácticos y técnicos.

Un factor poco estudiado y al que no se dedica el análisis suficiente es el carácter de los estudios del futuro y la realidad del presente, tanto en cada ejército en particular como en las estructuras aliadas que presentan un carácter claramente anglosajón en las formas de entender la maniobra y que consiste no solo en la terminología utilizada, sino en las estructuras de mando, la escasa iniciativa de los mandos inferiores, algo clave en el futuro, y unos diseños excesivamente rígidos y complejos donde salirse del manual o de las coordenadas del reglamento hace caer el sistema completo.

La Antigüedad griega es la inventora de la auténtica guerra con ejércitos y aquel fue el escenario donde se fueron adoptando las formas de combate modernas. En la guerra no todo debe dejarse a los algoritmos ni a los reglamentos, sino que el arte de la maniobra estriba en saber combinar el fuego y el movimiento para llegar al choque definitivo. Armas, materiales y hombres son los elementos de la maniobra en cualquier forma que esta se presente: «Caminar, acampar, combatir».

Las nuevas armas, por mucho que sepamos, siguen planteando una incertidumbre que mantiene en vilo a los pensadores militares y que recuerda al corifeo en el *Áyax* de Sófocles: «Ciertamente que a los mortales les es posible conocer muchas cosas al verlas. Pero antes nadie es adivino de cómo serán las cosas futuras: la guerra».

5. LO LOGÍSTICO

«A un general que no cuidó de asegurar los víveres se le destruye sin pelear [...]. Es gran máxima la de un general que quiere más destruir al enemigo por hambre que a fuerza de armas».

Si acudimos a la definición clásica de logística en los ejércitos occidentales, nos encontramos con su razón de ser, que no es otra que la derivada de la necesidad de atender, con la especialización que ello requiere, a cuanto precisan las tropas para vivir y combatir, proporcionándoles los medios necesarios en tiempo y lugar oportunos.

Nada de lo que ocurre al estallar la guerra está alejado de las organizaciones civiles que antes del estallido están especializadas en las tareas logísticas para la población y cuentan con los medios y experiencia en el sector y es a ellas a las que se debe recurrir (antes hay que prepararlas) para que asuman la transición paz-guerra y que su cadena de distribución no se detenga ante la agresividad que sufrirán los conjuntos que alimentan los componentes de las batallas. Si esa transición no está organizada, al oír la primera explosión será tarde y nada se podrá hacer. Es una simple continuidad que se adapta a la variante guerra, donde la gestión y el planeamiento pasan de un escenario a dos, amigo y enemigo, en los que habrá que seguir apostando por los factores claves de la logística de guerra: redes secretas, tecnología y ubicación singular de la dirección y la gestión.

La guerra se construye desde la paz y uno de los factores más cambiantes ante los nuevos y posibles escenarios es saber con anticipación que la perfección y la excelencia en llegar a cualquier punto con cualquier producto ha pasado a manos de grandes empresas que dominan con sus plataformas e inteligencia de datos cualquier mercado con una agresividad difícil de igualar. Son imprescindibles y es precisa su colaboración en aras a «preparar la guerra con tiempo, si quieres vencer con rapidez».

El que sea más rápido y continuo vencerá. Todo en la guerra es logística; como en los periodos de paz. Quien antes llega, y llega bien, gana.

«La logística del futuro no necesita profetas para saber que todo consiste en buscar satisfacer las necesidades de los clientes de forma inmediata en cualquiera de sus dimensiones». En la guerra el cliente está más necesitado y requiere contar con la oportunidad en tiempo y espacio del apoyo al combate sin descuidar las condiciones de vida de la retaguardia, lo que podría llevar a la pérdida de la moral de combate. El apoyo al movimiento y mantenimiento de las tropas en campaña es la clave de la victoria y ya hemos fijado que no son solo las tropas uniformadas. Todos los que luchan desde un lugar avanzado, retrasado u oculto, están necesitados de los mismos pertrechos. La tecnología de paz no debe sufrir la más mínima merma en guerra y la logística debe caracterizarse por la velocidad, rapidez en el manejo de ese enorme flujo de datos para resolver las entregas mediante la eliminación de intermediarios en la cadena de suministro, el uso de la información y la tecnología para los procesos de entrega y la automatización extrema. Todo debe estar controlado en tiempo real y con un plan flexible para modificarlo ante cualquier contingencia y para que la cadena no se rompa. Esto debe estar preparado antes de estallar un conflicto y las empresas pioneras en logística tienen que mantener sus departamentos

estratégicos pendientes de una posible adaptación a estas situaciones bélicas. El mundo en pie de guerra no debe vivir creyendo que este periodo intermedio de paz será para siempre.

«Pero por encima de todo, absténgase en tomar los bienes ajenos porque los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio» (Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. XVII).

La guerra presenta una doble faceta, caras de la misma moneda que nada son la una sin la otra: lo militar y lo económico; factores que la condicionan. No se puede aprobar planeamiento alguno, marcar objetivos de ningún nivel ni movilizar recursos sin someterlo a un minucioso proceso de valoración económica desde el presente y la posible evolución del conflicto. La guerra no es hacer lo que uno quiere, sin someterlo al juicio del que sabe valorar económicamente si se puede y podrá sostenerse en el futuro. En logística se quiere si se puede.

Muchas guerras se han perdido casi en sus inicios porque el estratega era un teórico que veía la maniobra solo en el mapa sin preguntar si sus tropas estaban alimentadas y si en la retaguardia se preocupaban de los apoyos. Muchos generales pierden la guerra por su afán táctico puramente guerrero y no analizan hasta dónde llega la gasolina para sus camiones. Hacen lo que hacen y no lo que deberían hacer.

Es norma hecha ley que si la guerra empobrece a tus ejércitos, que son toda la población, sin distinción, la guerra se volverá tarde o temprano contra ti, aunque te hayas erigido en ganador.

De acuerdo con los principios doctrinales el apoyo logístico operativo es el conjunto de actividades logísticas que, tanto en el ámbito del planeamiento como de la ejecución, tienen por cometido desplegar, sostener y replegar una fuerza militar, proporcionando los recursos necesarios y conservándolos en estado de servicio, con el objeto de alcanzar y mantener la capacidad operativa necesaria para el cumplimiento de la misión.

«La guerra, que hasta el siglo XVIII había sido esencialmente táctica, y en el XIX esencialmente estratégica, tenía que ser y sería en el siglo XX esencialmente pronóptica, es decir guerra de intendencia».

Cualquier estrategia, cualquier planeamiento táctico, cualquier batalla, la guerra en general, está condicionada por un factor clave: la logística. Abastecimiento/aprovisionamiento, mantenimiento, obras e infraestructura, movimiento y transporte, gestión y apoyo de personal, sanidad y administración económica. Es lo menos vistoso, la cara oculta de la guerra, pero la base de su sustento. El amplio campo de su actividad obliga a atender al conjunto de escenarios, tierra, mar y aire, desde lo más alto a lo más profundo, y si el apoyo logístico se queda a medio camino lo sufrirán el frente y la retaguardia. La moral se ve mermada y limitada en el tiempo por las penosas condiciones que producen el hambre, la falta de higiene y el desabastecimiento material y moral.

Lo definitivo es que cualquier maniobra táctica está supeditada a la logística; no hay planeamiento cuya ejecución pueda ser aprobada si no está basado en un riguroso plan logístico que asegure alimentar la batalla en cualquier circunstancia. Lo táctico se supedita siempre a lo logístico.

La complejidad del hecho logístico aumenta cuando es necesario el transporte de la fuerza fuera del territorio nacional, donde los acuerdos deben establecer los criterios y prioridades para el empleo de medios militares o civiles que presten los apoyos necesarios.

Abastecimiento, mantenimiento, movimiento y transporte, obras e infraestructura, personal, sanidad y administración económica deben asegurarse antes de realizar cualquier despliegue y mantenerse con eficacia durante el tiempo de la operación.

La logística en campaña es el factor clave para mantener la moral de las unidades a las que les

transmite serenidad y valor el comprobar que hay una retaguardia que les atiende y alimenta y hasta la más emotiva carta de los suyos les llega a su lugar de combate.

«Cualquier actividad logística es multiplicadora de la fuerza y tiene una gran trascendencia para la libertad de acción, la capacidad de combate y la moral del elemento humano».

La logística es proporcionar abastecimiento, pero también es movimiento y mantenimiento, y todo ello funciona siempre que haya una cadena de distribución bien engrasada y con medios adaptables y de uso en cualquier medio y circunstancia.

Logística: proporciona todo lo necesario para vivir y combatir. La definición se queda corta en unos tiempos en los que «lo necesario» abarca un campo inagotable y «vivir y combatir», en el ambiente bélico actual, no presenta aspectos tan diferenciados que requieran específicos medios, sino que serán los mismos de siempre, los de los periodos de paz, pero en diferentes situaciones vitales, lo que hará necesaria una adaptación de los mismos.

La logística es economía desde el momento en que requiere la eficaz gestión de unos recursos que hay que tener. No hay logística que funcione si no ha habido previsión de necesidades, adquisición de los recursos, junto a la necesaria organización para su distribución, en su caso.

Estamos acostumbrados a asumir sin más que «la guerra es un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios. Queda solo como exclusiva de la guerra la peculiar naturaleza de sus medios». Habría que dar un paso más y adentrarse en otra realidad cada vez más influyente: la economía. Dicho de otra manera, se trata de dominar a través de la oferta. No es importante que lo ofrecido tenga más o menos valor, sino crear y dominar el deseo, proporcionar los medios para obtenerlo y encargarse de encadenar una red de fervientes clientes. Ocurre a todos los niveles, desde el petróleo o el gas, a la adquisición de un teléfono móvil. El deseo se complace, se crean la infraestructura, la red clientelar y la comunicación dentro de ella. El que puede y domina tiene en sus manos una poderosa arma económica. Las grandes empresas mandan y en ellas sus generales hacen uso de la estrategia económica con la venta de sus productos, pero no es ese su objetivo, sino el medio para lograr una influencia decisiva sobre la opinión mundial. Imponer para poseer, objetivo de guerra, con armas de consumo variadas y atractivas.

La actual definición de la guerra encaja más en los perfiles económicos que en los políticos. La guerra es un acto económico que busca nuevos mercados o cerrar los del enemigo cuando su expansión estrangula los propios. La ciencia y la tecnología tienen su talón de Aquiles, que no es otro que las energías necesarias para su desarrollo, que son de magnitudes casi inabarcables. El control de las existentes y la lucha por las nuevas formas de energía componen el escenario estratégico económico del futuro. Todo está en eso y eso es la guerra. No gobiernan el mundo los gobiernos sino quienes en sus manos tienen la información, el poder de la comunicación y el dominio sobre los recursos, la forma de ponerlos en juego.

La guerra es un inmenso laboratorio sin leyes que limiten la experimentación. Se experimentan las nuevas armas y la psicología de masas, se crean nuevas necesidades y se prepara la economía para el después, como si fuese un campo recién abonado que hay que remover y sembrar.

Expusimos que la maniobra táctica siempre está condicionada a la logística. Un general no puede hacer siempre lo que quiere, sino lo que puede, lo que la maniobra logística le permite. De la misma manera, la geoestrategia estará condicionada por lo que podríamos llamar geoeconomía, y ese será el nuevo orden mundial, guerras económicas que pueden traspasar el nivel de las discusiones comerciales para discutirse tras los misiles.

No mandarán una moneda ni un mercado líder, ahora los centros económicos se desplazan y

cobran valor otras potencias que se rigen por principios distintos y hasta por diferentes valores morales. No hay normas, no hay más que intereses y una gran desconfianza entre potencias para evitar descubrir sus productos y sus inversiones. Todos dependemos de todos, pero unos más que otros y esas fortalezas o debilidades son las que se ponen en lucha.

Hoy a la guerra de los misiles se opone la guerra económica, la de las sanciones y limitaciones al juego de la oferta y la demanda, por lo que el que mejor y más sepa diversificar sus dependencias saldrá victorioso. Empezamos a entrar en un juego de alianzas que poco tiene que ver con las culturas o sistemas de contemplar la vida, sino más bien con una relación contractual de intereses que facilite una cierta tranquilidad y equilibrio posicional.

Nos encontramos ante una nueva forma de hacer la guerra en la que ya hay ciertas normas a la vista. Las reglas del juego financiero actuales se derrumban ante la pasmada mirada de Occidente, que ve cómo su sueño de encabezar el desarrollo de la nueva época se le escapa de las manos por no disponer de la cultura del futuro que simplemente se basa en tener, disponer, llevar más lejos, y en la sencillez y la rapidez de fabricación.

Mientras unos hacen la guerra otros venden los productos con los que se hace. Mientras unos combaten otros fabrican las armas y si no tienen quienes las inventen las copian. Mientras unos echan gasolina a sus tanques otros extraen de la tierra las cosechas que maduran con el sol.

Mientras unos hacen la guerra otros se adentran por los espacios que la misma guerra crea para atender a sus necesidades.

El centro económico se desplaza sin remisión, las normas reguladoras no son las que impongan los mercados actuales, los cañones no hablan y si lo hacen ya no serán anglosajones. Un nuevo idioma y un nuevo mundo que hasta ahora estaba callado acaba de lanzar su primer misil sin ruido, pero lo vende todo, todo lo que usted y yo necesitamos. Vea el etiquetado.

El clientelismo actual de muchas grandes empresas tiembla. Ahora es más fácil, más barato y más seguro. Es la nueva guerra que de entrada tiene un ganador silencioso que solo trabaja y distribuye su producto. Sin cañones.

Acaba de empezar su guerra. La de verdad: económica.

«Porque de los tres poderes, el militar, el de las alianzas y el del dinero, este último podría ser ciertamente el medio bélico más seguro» (Kant, *Hacia la paz perpetua. Un esbozo filosófico*). La defensa cambió radicalmente el 11 de septiembre de 2001, cuando empezó la Segunda Guerra Fría que ha dado paso a la zona caliente, preludio de lo que podría ser el desconocido conflicto.

Económico lo es, y eso debería llevar a prevenir porque es un síntoma que se repite cuando se empiezan a engrasar los cañones. Cuando se rebajan tanto los gastos de defensa porque la economía se hunde el peligro es inminente, alguien sacará provecho de ello.

Solo marcándose objetivos en seguridad y defensa, incluso muy ambiciosos, y dotando a las fuerzas armadas de los recursos necesarios se puede hacer frente a la incertidumbre de las armas. En estos momentos el riesgo ha aumentado exponencialmente con la oferta energética que se ha convertido en pobreza por dependencia y crisis energética, cuyas consecuencias nadie se atreve a predecir, pero ninguna es descartable, entre ellas la guerra, motivo más que suficiente para crear un ambiente crítico de preguerra que haga ver el futuro con inquietud. Conviene repetir que la guerra es la continuación de la economía para lograr la hegemonía en la producción y la distribución de los recursos. Las grandes potencias no serán consecuencia de sus poderosos ejércitos, sino que será el comercio y el dominio de sus rutas lo que obligará a tener grandes ejércitos que defiendan los circuitos físicos de comunicación e información en las redes.

Todo está en marcha; una caravana de acontecimientos que no permiten la frivolidad en asunto tan grave para algo tan conocido y cada vez más cercano: la guerra económica.

6. LO SOCIAL

«Porque desde el más chico de ellos hasta el más grande, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos son engañadores. Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: paz, paz; y no hay paz» (Jeremías 6:13-14).

Naces desnudo hasta que te revisten de los ropajes de guerra después del provocado primer llanto, anuncio de que un nuevo guerrero se incorpora a la lucha: saltambarca que será escudo en los primeros días hasta que te llegue la indumentaria que te uniforme conforme al lugar de tu instrucción y adiestramiento. Te asignarán un puesto, tu armamento y una bandera, que portará el alférez, a la que deberás seguir por los siglos de los siglos, referente y guía en la incertidumbre que te espera.

La primera regla a la que te vas a enfrentar en esta guerra impuesta es que en el frente de combate todo se mueve sin restricción, que no hay reglas, nada te será prohibido, aunque debes asumir que estarás bajo permanente vigilancia y sometido a férrea disciplina y autoridad. Aparente contradicción que asumirás indefectiblemente.

Para prepararte, instruirte en lo individual y adiestrarte en el conjunto, en los diferentes escenarios y modalidades, el pensamiento debes tenerlo siempre puesto en que enfrente tienes a un adversario más poderoso que tú, por lo que hacer uso de la astucia y del engaño debe ser tu aprendizaje, incluso dominar el reino de las apariencias, del teatro, para parecer lo que no eres. Todo será comedia, acto escénico donde debes interpretar lo mejor que puedas el papel que representas.

«Yo a cada uno/el papel le daré que le convenga [...] Seremos, yo el autor, en un instante, tú el teatro, y el hombre el recitante».

Incluso la verdad que nos habla se presentará enmascarada en el teatro de la guerra, escenario preferido para jugar el mortal baile de máscaras en el que se inscribe la historia de la guerra. Toda tu preparación e instrucción debe encaminarse a descifrar quién se esconde tras las máscaras. En eso consiste lograr la victoria: descubrir, descifrar. Escudriñar es deber de todo el que nace en y para la escena, donde más importante es parecer que ser.

Podría darse el caso de que las máscaras oculten la identidad y que la conciencia política, la mala conciencia de intereses espurios, haya cogido hábitos y disciplina de nidos ajenos sin el debido periodo de incubación para forjar la identidad moral necesaria para enfrentarse a una guerra. De ahí la mascarada que supone que la guerra sea conducida en sus objetivos estratégicos, y hasta militares, por la política y se confunda al general, intencionadamente, con el político, para este enmascararse y no mostrar la más mínima responsabilidad en las graves consecuencias de la guerra. Nunca sabrás muy bien si lo que representas es realidad o ficción hasta que no te toque, antes de tiempo, interpretar el acto final.

Perderás batallas y guerras. Deberás reponerte porque aquí no hay tiempo para las lamentaciones, que serán flores de cuneta que nadie recoja, si te quedas solo con tus llantos y abandonas la lucha, ella lo hará contigo por falta de valor, o si prefieres llamarlo de otra manera: falto de fuerza (fortuna).

Fue la espada signo externo del caballero, del guerrero y durante muchos años objeto de deseo ceñirla como símbolo de poder; se extendió un ansia infinita por poseerla: nadie quería ser excluido de las decisiones de la guerra por el simple hecho de no ceñir ese atributo. Se alistaron los colegiados de la ciencia, del arte, jueces y parte, empresarios y mediáticos medios, y todo acabó en manos de la política que, al fin, es quien reparte las armas y nombra a los generales.

Hubo reparto de espadas hasta que con ello llegó la Revolución que proclamaba «un hombre, un soldado». ¿O una espada? Aquello significó mucho más de lo que los revolucionarios pretendían: la guerra pasó de ser de algunas clases a ser de todas las clases sociales y a implicar a todos y a todo. Ya no hubo que repartir espadas, te vestían con ella al nacer, aunque no todos han sabido ceñirla ni desenvainarla. No se convirtió la guerra en un acto revolucionario; nunca lo fue. Ante todo era y es una concentración de poder.

«¡Bendita España, que pare y cría los hombres armados!», exclama el rey francés cuando llega prisionero a Madrid y ve por sus calles a los niños jugando con espadas de madera.

La guerra la hemos repartido entre todos y ya no es cosa de uniformados.

Sin duda la política se vistió de uniforme, ciñó la espada y mandó el mensaje rotundo de que el campo de sus decisiones estaba vedado al mundo militar. Ese cambio estratégico, ya lejano, dio un vuelco social a la guerra que se convirtió en una actividad en la que todos tenían su parte, su puesto de combate. Se hizo realidad el efecto mariposa, donde la más mínima perturbación puede cambiarlo todo y en ese todo no faltará nadie.

La guerra ya no se escenifica en los campos de batalla, sino en el gran teatro del mundo. Con lo cual podríamos habernos adentrado en un periodo en el que prima la seguridad sobre la libertad, en el que la individualidad queda relegada a segundo plano por un régimen que te exige ser obediente.

Hasta que todo este intermedio acabe y entremos en lo desconocido, lo que podría pasar, ahora, cuando ya nadie sabe lo que seguirá después. Para ello no harán falta ejércitos ni guerras. Después del resplandor se guardarán años de silencio. Todo lo que antaño sabíamos de la guerra terminó con el lanzamiento de la primera bomba atómica contra la humanidad. De nada sirve lo vivido hasta ese momento, porque hemos dado un paso hacia el abismo que conduce al principio y final de las estrategias y tácticas, sabíamos algo de su definición, lo intuíamos, pero nadie nos dijo que el final podría ser la destrucción de la definición: del verbo.

Japón, 6 de agosto de 1945. «Fueron días en los que las moscas bebían sangre humana». Se abrió el camino a la destrucción total; en la guerra ya no hay lugar para la moderación y a ello hay que ajustar nuestra forma de medir el tiempo en un mundo que despertó a la crueldad extrema, nunca antes conocida.

El juego de la guerra ya no es de exclusiva participación de tropas profesionales, de infantería o caballería, ni artillería o servicios más técnicos, sino que habrá más soldados ocultos frente a las pantallas y máquinas invisibles que con un arma automática clásica en sus manos. Las disciplinas militares son ya todas y no se destaca lo militar con la preferencia que lo hacía en las guerras pretéritas; otros aspectos superan a lo militar en la ejecución de la guerra. Todo se decide en lugares oscuros donde intervienen diversas fuerzas, nadie sabe quién es quién y resurge el arte de la poliorcética, ya que las grandes ciudades son bastiones donde se ocultan los secretos y mayores defensas de la guerra.

En este intercambio de nuevas tropas algunos perderán y otros ganarán, unos ofrecen moral y virtudes, otros política o diplomacia, ciencia y tecnología, todos en definitiva gestión, pero impregnada de ideología.

Es indudable, a pesar de los pesares, que la ejecución de la guerra es distinta de la política y

otras disciplinas, los valores que requieren los mandos y las tropas ejecutantes no son los mismos que los que destacan en otras disciplinas. Unos son valores de un mundo muy concreto, ya antiguo, que existía en sintonía con lo cotidiano, pero que ya no forma parte de él. Todo, hace ya mucho tiempo, empezó con una acción de guerra en la que la más pequeña de las civilizaciones bautizaba su nacimiento gracias a los guerreros, que en definitiva constituyeron la historia de la vida. Hoy la guerra es actividad permanente y se sufre con ella para ganarla, lo que constituye el pan nuestro de cada día.

Por ahora la guerra aún hace historia que puede ser narrada en este gran libro de la vida. Es el gran teatro del mundo en el que debes elegir bien tu papel, instrúyete en él porque saldrás a escena en cuanto la instrucción y el adiestramiento te lleven a formar parte de una de sus unidades empresariales, administrativas, políticas o incluso guerreras. Este teatro necesita, para escenificar solo paz perpetua, rectificar los nombres. «Si los nombres no son correctos, si no están a la altura de las realidades, el lenguaje no tiene objeto, la acción se vuelve imposible y, por ello, todos los asuntos humanos se desintegran y su gobierno se vuelve sin sentido e imposible» (Confucio, *Analectas*).

La guerra se basa en el lenguaje y por tanto en interpretaciones que dan pie a ideologías confusas, siempre intencionadas y que son sometidas a cambios a base de introducir nuevos nombres conforme avanzan los tiempos. Conocido lenguaje de la confusión.

Sin duda la guerra no tiene mucho que ver con la educación y la cultura, pero sí con el entrenamiento y la técnica de la persuasión para ganarla sin tener que llegar a ella. Eso es un arte que no está al alcance de todos y tiene un alto precio. Si no conoces la guerra, el papel que te ha correspondido representar en su teatro, ¿cómo pretendes alcanzar la paz? Lo importante en cualquier guerra es la victoria; que supone imponer algo más que tu voluntad. No se trata de una victoria temporal, ni generacional, sino que va más allá. Las guerras se juegan para asegurarse el futuro, no para una temporal victoria y para volver al punto inicial.

Hoy el equilibrio se ha roto y la guerra no solo se interpreta en campos abiertos y dirigida desde observatorios. Los contendientes combaten en la oscuridad y el resultado será la victoria de una nueva civilización. ¿Hay quien juega con ventaja? ¿Le sobra cantidad y está cerca de la calidad, escondido en la nebulosa de su intrigante cultura? Se ocultan guerreros en civilizaciones desconocidas para la gran mayoría, movilizables en corto tiempo y formadores de oleadas pacíficas de invasores a través de la economía.

Un detalle nuevo y de enorme importancia: las religiones, que tantas guerras han provocado, han pasado a un segundo plano; o a un plano inexistente. No se combate por creencias más allá del presente, de la vida y la muerte hoy, ahora, sin trascender a planos donde en otras épocas esperaban los dioses. Ahora el dios de la guerra es la economía, un dios que domina e ilumina a una raza, una cultura, un régimen, una disciplina aceptada, incluso aunque no sea aceptable. La libertad entendida como el sometimiento asumido, riguroso a unas severas normas. Es cuestión de tiempo. De victoria e imposición. El tiempo se encarga del resto.

«La libertad en su amplio concepto es inexistente cuando somos demasiados y todos relacionados. La mayoría de los reyes cuando quieren apoderarse del imperio cuidan mucho hacer grande ostentación de la palabra libertad a los oídos de los hombres, y prodigan cariñosos títulos de amigos y aliados a los que comparten y favorecen sus esperanzas; pero dueños del gobierno comienzan a tratar, no como amigos sino como vasallos, a quienes confiaron en su fe. Pronto abjuran de todo sentimiento honrado, y con frecuencia no obtienen el esperado fruto de su hipocresía, porque quien aparenta autoridad soberana y con sus ambiciosas esperanzas abarca el mundo entero y llega a la mayor prosperidad en la gestión de los negocios, pronto se vuelve loco,

y hasta furioso, al verse obligado a confesar con justicia ante todos sus súbditos, grandes y pequeños, la inconstancia y fragilidad de su fortuna» (Polibio).

Un ejército, dominada su voluntad libre, su sentido de libertad, está armado de una potencia incalculable. Vivirá y morirá disciplinado y dispuesto a todo por un sistema que no le ha permitido —ni lo quiere ya su conciencia— conocer otra forma de vida en la que él tenga que pensar, decidir y libremente organizar su vida. Todo eso le resultará inconcebible, duro, y se sentirá incapaz de llevarlo a cabo. Se lo darán hecho mediante órdenes y él se limitará a la cómoda obediencia al estado que le dirige. A cualquier antiguo historiador militar le sorprendería lo fácil que hoy resulta la elección y entrenamiento de los reclutas. Es la sociedad de la guerra ya movilizadora y preparada sumisamente a la espera de la orden del inicio de su actividad.

Este experimento del nuevo reclutamiento e instrucción está hace tiempo en marcha. Pudo en algún momento fracasar. Ahora insisten, pero con una diferencia: son miles de millones. Oleadas que dominan la tecnología y en sus manos tienen casi todo lo que los otros, sus enemigos, necesitan. No es tiempo de hablar de moral, sino de ver cuál es la nueva moral. ¿La de siempre? Fácil es comprobar que nada tienen que ver ayer y hoy. Nada.

La movilización está en la esfera cibernética, la espacial, la de aguas profundas y la biológica. Hay pueblos que han aprendido a superar las dificultades y a convertir el peligro en una oportunidad. Nada temen, nada les asusta, nada piden, nada necesitan, a nadie rezan, nada esperan, saben que vencerán.

Independencia significa guerra. Ellos no hablan el idioma del diálogo.

Todos los tratadistas militares del arte de la guerra van perdiendo vigencia en tanto que están atados a una época. Sun Tzu ha quedado para siempre porque la consideró un fenómeno inevitable. Y dijo: «Por regla general, hacer la guerra no es lo mejor. Solo la necesidad debe obligar a emprenderla. Una vez que un soberano justo ha decidido emprenderla, su obligación es ganarla».

De ello y de ellos, hoy, pendemos y dependemos. Si la emprenden ganarán. Solo esperan la orden. Su religión les impone obediencia total al grupo, su dios. En oleadas. La nación en armas establece claramente que «el país debe estar preparado permanentemente para la guerra».

Preparados. Hombres y nuevas armas. Va a faltar el dinero y el pan. Ni a todos, ni en todas partes. A una gran mayoría. Es la combinación perfecta. Mejor estar alerta. Un trozo de tierra fértil bien regada vale la vida. Vendrán a lucharlo. No ha habido paz. Una simple tregua para rearmarse.

Un motivo banal, entre dos, fue el origen; y será el final. Por sembrar doctrina en vez de trigo.

«Los hombres, las armas, el dinero y el pan constituyen el nervio de la guerra».

Es la cosecha que hoy buscan los conflictos antes llamados guerras. La desesperación siempre es bien aprovechada. La aspiración rota en desesperanza es una chispa que incendia cualquier cosecha.

La evolución ha cambiado casi todo. Hay algo que sigue igual.

Hay muchas razones para que el hombre emprenda la guerra y ninguna ha desaparecido de la faz de la Tierra, es decir de su corazón. La biología y por tanto la economía están en primera línea.

Cuando la filosofía no existía la guerra estaba en su lugar y de ella se hablaba sin mentiras ni buenismo, sino con la dura realidad de su existencia; hasta que pasó a entenderse como un fenómeno social inevitable que descansaba en los periodos intermedios de paz para esconder y tratar el hambre y la sed, sin que fuera tal paz, solo una tregua; que ni eso.

El mundo nunca se ha decidido en una partida de ajedrez, si acaso en un tablero de fichas

desparramadas donde solo en el juego se distinguía al rey del peón, volviendo al final de la partida a la misma caja, como dice el proverbio. Ahora hemos alcanzado ese progresismo en el que todos se igualan a los reyes, todo es una mezcla de peones perdidos en sociedades enfrentadas. Alguien se empeña en mover los peones de uno en uno y de frente o en diagonal, los mismos pasos que el rey, pero ellos son más y revueltos, él es único y definitivo.

El mundo guarda silencio y mientras caen los reyes los peones siguen su juego en una algarabía en la que también ellos mueren como ejércitos de hormigas.

Hay hormigueros que tienen los graneros vacíos, con muchas ganas de ocupar mayores espacios, y se han fijado en los vecinos. No hay marcadas diferencias entre las hormigas y nosotros. Como ellas, luchamos por el granero, en guerras sociales o de sociedades, pero guerras.

Hace mucho tiempo que empezaron los ensayos de ocupación. Desde la Gran Guerra todo está por decidir. Fue aquella que nunca acabó. La recomposición sigue en marcha y nada se ha quedado quieto, el movimiento sísmico no ha dejado claras las fronteras ni las almas de los hombres. Los Balcanes, Afganistán, Irak, y el juego se traslada a Siria o, si es necesario, a Crimea, Corea del Norte o Venezuela. Ucrania significa un cambio hacia no sabemos dónde, pero todo será distinto y fatal. Las piezas, los peones, son variados y variables las condiciones. En el silencio de los subterráneos de la mente humana no queda ni un segundo para dejar de afilar las picas y cerrar la formación. Quien no lo haga se encontrará entre dos fuegos y dejará de ser.

«Lo que se esperaba no ha venido. La paz para varias generaciones perdió el tren. La prosperidad universal no acudió a la cita. Lo que ha venido no se esperaba. La bipolaridad disimulaba y disciplinaba una barbarie sin nombre ni rostro, dispuesta a ocultarse hoy tras cualquier máscara» (André Glucksmann, *El discurso de la guerra*).

En cada rincón de la tierra, en cada estado, hay intereses, que no amigos.

Los signos son analizados por los estados mayores de uniforme, se los presentan a los mandamases de la diplomacia política y, excepto los dispuestos al ataque, el resto no se lo cree. ¡Hay señales de guerra les dicen! Nadie atiende entre el regocijo social.

Ahí están, armas por medio, desarrollo nuclear por medio, situación caótica por medio, exhibición de fuerza, despliegues fronterizos, aéreos y supraaéreos, vigilancia en el ciberespacio, las elecciones se manipulan de tal manera que tu voto cerrado introducido por tu mano en la urna, cuando se abre, lleva el nombre de otro candidato distinto al que tú pusiste. La magia de la nueva guerra.

Las armas clásicas también se preparan. Disparan bombas que matan físicamente y ya están desplegados hombres y material. Las otras armas invisibles han causado millones de bajas entre las libertades. Todo está preparado para que una sociedad que no lo está sucumba bajo el poder de las armas: las visibles y ruidosas o las invisibles y penetrantes. Quedan pocas piezas por mover. ¿Quién pondrá la última?

Cualquier niñería, cualquier disculpa será buena, cualquier intromisión, cualquier lugar, olvidado, despreciado, desconocido. ¡Bum!

Creíamos haber roto el yugo. Duró unas horas, lo que daba de sí la cuerda que llevábamos al cuello. No es ninguna novedad. La revolución por antonomasia fue encauzada a modo y manera de un general transformado en emperador. La mayor mezcla de autoridad y libertad conocida hasta ese momento. La movilización general condujo al pueblo al protagonismo, una sutil maniobra que llevó al ciudadano en armas a ser el ejecutor de la guerra.

El resumen contempla que una sola batalla cambia el orden internacional y el estilo de vida de los internacionales. Fue Gaugamela o Waterloo; puede que Versalles, donde se dio una batalla

dialéctica que de poco sirvió.

Contra la fuerza no hay otra cosa que una fuerza mayor. Así permanece en equilibrio hasta que hay otra aún mayor. La victoria, el dominio, finalidad de la guerra, es tan sutil que se mueve para lograrla entre dos alternativas: destrucción física del adversario o destrucción ideológica. La primera es harto conocida y nunca descartable. La segunda es más actual y significa toda una revolución en la visión de los conflictos bélicos que ya se conoce y estudia como revolución en los asuntos militares (*Revolution in Military Affairs* o RMA). Necesaria y urgente evolución de las fuerzas armadas, su seguridad y explotación, ante las nuevas tecnologías o lo que es peor: lo desconocido.

Un futuro incierto que, como todo, está en marcha aunque no acabamos de ver su camino y objetivos, y los ejércitos sin abandonar el pasado analizan el futuro a base de aumentar su poder de destrucción material mientras otros penetran por las puertas que les dejamos abiertas sin más armamento que su capacidad de reproducirse y esperar.

Puede que el error sea seguir distinguiendo entre fuerzas armadas y el resto, cuando en las guerras actuales deberíamos hablar de sociedades. Los guerreros del futuro, ya del presente, no portan armas como las hasta ahora conocidas, ni responden a los esquemas del soldado de Flavio Vegecio; en muchos casos no forman parte de unidad alguna, ni conocen por quién y para quién luchan o —en su lenguaje— para quién hacen su trabajo. Los soldados son ya otros y responden a otros criterios distintos a las virtudes de antaño; y todos debemos escuchar, sin asombrarnos ni asustarnos, que los ejércitos caminan a un espacio y tiempo desconocidos para nosotros, no para las próximas generaciones. La guerra está en la mente y en lograr el dominio de la tecnología. Es el reto. De lo que se deriva el dominio de la economía, la moral, el medio ambiente, hasta el arte y la religión. Como siempre, pero ahora singularmente.

Cualquier teoría es admisible por lo desconocido del horizonte de acontecimientos; se dibuja un enorme agujero negro que los artistas del arte de la guerra no acaban de enlazar con los científicos del espacio tiempo. Arte con ciencia, con técnica. Imprescindibles.

Todo esto me lleva a pensar, muy en serio, que estamos en guerra. Lo que dudo, lo que me ocupa, es saber cómo afrontarla. La complejidad del tema solo me permite, en tan escaso tiempo, apuntar mi preocupación ante lo desconocido.

Se puede ganar una guerra sin apenas usar la fuerza armada. Es el gran reto al que se enfrentan la ciencia y la técnica. Parece posible y de hecho hay experiencias en marcha. Estemos atentos y no nos dejemos engañar porque las modificaciones introducidas solo nos confirmarán que existen cuando veamos los resultados en unos años. No lo olviden: ganar una guerra sin usar la fuerza armada.

¿Qué le parece si fuera cierto que usted no vota sino que le inducen a votar a...? ¿Qué le parecería que los misiles actuales vayan dirigidos a manipular las mentes de la sociedad; la suya, que esos fueran los misiles de ese ejército desconocido, que no estuvieran solos sino ayudados por los que tienen como objetivo de su guerra fría actual desestabilizar y subvertir moralmente a su adversario?

Un velo imperceptible separa lo militar de lo no militar; se está dando una batalla por el poder en la que todos somos una ficha más del tablero: muy importante. Sigamos ciegos.

Estamos en guerra, en una guerra entre sistemas de información y la manipulación de los relatos, desinformación y propaganda; y la estamos perdiendo. Son aquellas cosas de antes de la guerra. De la guerra de hace tantos años.

«La guerra es un asunto de importancia vital para el Estado, es la provincia de la vida y de la muerte, el camino que lleva a la supervivencia o a la aniquilación... Es un asunto serio; da miedo

pensar que los hombres pueden emprenderla sin dedicarle la reflexión que requiere».

Nada es lo mismo, nada permanece.
Menos la historia y la morcilla de mi tierra:
se hacen las dos con sangre, se repiten

ÁNGEL GONZÁLEZ

Solo la poesía en su crudeza, en su definitiva síntesis, permite que entendamos. En guerra estamos. Como siempre, sin descanso, solo alguna tregua para rearmarse.

A una sociedad dormida es necesario hacerle cambiar de actitud: «Si alguien les hace cambiar de actitud, de modo que dejen de pensar únicamente en lo que les puede pasar y piensen también en lo que pueden hacer, se encontrarán mucho más animosos, porque sabéis perfectamente que no es el número ni la fuerza lo que consigue las victorias en la guerra: solo a aquellos que con la ayuda de los dioses se lanzan con ánimo resuelto contra los enemigos, la mayoría de las veces, su oponente no logra contenerlos» (Jenofante).

Sobre movilización y reclutamiento

«Frente al sistema feudal, que establecía el monopolio de la función militar de defensa a cargo de la clase de los nobles, Alfonso X extiende el deber de las armas a todos los que forman el pueblo, en casos de rebelión o de invasión que amenacen enteramente a la comunidad “porque el fecho, e la naturaleza que han con la tierra, los llama [...]. E a la tierra han gran debdo de amarla e de acrescentarla e morir por ella, si menester fuere”». (*Escritos de historia militar de José Antonio Maravall*, en la introducción de Alejandro Díaz).

La guerra exige poner en pie a un ejército mayor que el establecido para los periodos de paz, por lo que la movilización debe estar preparada con tiempo para no vernos arrollados por ejércitos previsores.

Aunque *a priori* pueda parecer que no todos los hombres valen para la guerra, el soldado no es el mismo de antes y actualmente pocos son los inservibles, todos los lugares son de combate y cada uno dispone del arma de su conocimiento o capacidades para encuadrarse y ocupar un puesto en vanguardia o retaguardia. Todos somos soldados, no hay monopolio de las armas a la hora de la defensa de la tierra que llaman patria. Hoy podemos decir que se materializa la conocida fórmula *quod omnes tangit* («lo que a todos atañe») presente en la Edad Media española y aplicada más que nunca al deber militar.

La guerra moviliza todo y a todos. Recursos humanos y materiales, todos, se encuentran inmersos en una novedosa situación que cubre más allá del lugar donde se desarrolla la acción, y tierra, mar y aire quedan bajo los efectos del ambiente de guerra, no solo en una zona concreta del mundo, sino que hoy se siente en el conjunto como un movimiento sísmico sin precedentes. Nada ni nadie queda ajeno a la movilización física y anímica.

El reclutamiento deberá elegir entre los aptos para las multifunciones que exige la guerra y encuadrar a los reclutados, en función de sus capacidades, en aquellos conjuntos llamados unidades, para someterlos a las necesarias adaptaciones que exige la coordinación de una maquinaria de guerra. Es algo que muchas naciones olvidan y en consecuencia se ven precipitadas a poner en marcha el sistema con los consiguientes errores y lentitud en un proceso que puede ser que llegue tarde.

Las viejas valoraciones para el reclutamiento, como la edad, la constitución física del individuo y sus limitaciones médicas, de cuando eran necesarios hombres ágiles y fuertes, sin

dejar de tener su importancia, no son ya motivo de exclusión para servir en los ejércitos. Hoy se miden otros factores de acuerdo con los nuevos procedimientos y armas que no exigen más rigor físico que el de la vida civil.

Todos son necesarios en ese amplio campo de batalla que desconoce los términos de vanguardia o retaguardia y donde se maneja todo tipo de armas sonoras, insonoras e invisibles y donde tanto vale la fortaleza física como la habilidad o el conocimiento técnico en ámbitos tan cambiantes y distantes como el terrestre, el marítimo, el aeroespacial, el ciberespacial o el cognitivo.

Las clásicas formas y modos de proceder en la guerra, el movimiento, el choque, el fuego y el trabajo, no han perdido su vigencia, sino que han sido reforzadas por más movimiento, mayor potencia destructora del fuego y un trabajo multidisciplinar que abarca cualquier actividad. Nadie está exento o incapacitado para prestar su apoyo, sea cual sea, en un ambiente de guerra.

Habiéndose producido tal cambio en las formaciones de tropas para el combate, la mayor parte de los ejércitos parece no haberse dado cuenta de tal circunstancia y de la consiguiente necesidad de prever la integración de todos los elementos útiles desde el periodo transitorio de paz, algo que está contemplado exclusivamente para muy pocas de las capacidades que la sociedad ofrece. La guerra hoy exige una acción integrada del conjunto de la sociedad, dispuesta en una sola cadena de mando, algo que requiere tiempo, definición y entrenamiento.

Cuando los tiempos ofrecen señales de un pronto conflicto se corre el riesgo de que, llegado el enfrentamiento y exponiéndose a la batalla sin defensa ni instrucción, sin hombres adiestrados y situados allí donde sus capacidades lo requieren, el soldado y el ciudadano piense más en huir que en pelear. Estas cosas, o se trabajan desde los tiempos anteriores a las peores señales o no se trabajan, pero en ello está la victoria o la derrota, no en los ejércitos ya constituidos, sino en los que habrá que constituir llegado el caso.

Todos sabemos que la palabra maldita para una sociedad que vive aún con el estigma de las dos grandes guerras es la movilización, y ello ha detenido la defensa desde el punto de vista integral donde no debe haber diferencias entre combatientes y no combatientes. Nunca hasta ahora se ha requerido una polivalencia mayor a la par que una especialización tan grande, algo que parece contradictorio, pero se explica al comprender que estar unido ante un objetivo común significa ser el vencedor y ello exige desde la disposición individual a la del conjunto, lo que dispone a todos a ser encuadrados allí donde más se necesite su capacidad, o dispuesto a asumir cualquier otra. Nadie debe estar limitado por un conocimiento determinado, pues un ejército se compone de un conjunto equilibrado de capacidades medias, una nueva infantería dispersa y desplegada en nuevas formaciones, menos vistosas pero igual de eficaces que los más aguerridos tercios.

Movilizar es también un arte, como lo es formar unidades tan heterogéneas como la guerra del futuro exige. La complejidad del acto debe ser analizado desde la cooperación de los distintos elementos que pueden ser movilizados, desde empresas hasta consejos científicos e intelectuales, no hay tiempo que perder para que el mecanismo defensivo se ponga en marcha cuando es necesario contar con la experiencia científica, técnica e intelectual sin necesidad de esperar a un largo periodo de adaptación a una estructura de guerra.

Ya no vale jugar entre el racionalismo o la mística, ni será una tabla de salvación el relativismo impuesto en los canales de la invasión por las redes, se impone la necesidad de estar alerta ante lo que creíamos un mundo nuevo sin alteraciones del orden y la llamada paz, cuando vemos que ocurre todo lo contrario y seremos nosotros mismos quienes debamos defendernos de la opresión materialista impuesta por la escasez de recursos que llevará al enfrentamiento de

manera inevitable. No podremos seguir confiando en el viejo proverbio «no se convierte el buen hierro en clavos ni a los buenos hombres en soldados». Es precisamente todo lo contrario. El buen hierro y los buenos hombres deben ponerse en primer plano para la defensa que viene si no queremos que la prisión se cierre entre barrotes de buen hierro vigilado por malos hombres. Todos deben estar preparados para una tarea colectiva, todos tenemos un puesto en vanguardia, en retaguardia o en los flancos. Hay sitio para todos en una movilización y reclutamiento que debería estar en marcha y no solo para dotar de fusiles, sino para encuadrar las nuevas armas en el sistema, en las nuevas formaciones que exige la guerra del futuro.

Los técnicos de la movilización y el reclutamiento deberían estar preocupados, con la mente puesta en crear un sistema que permita el paso de la paz a la guerra, que no se reduzca a leyes teóricas imposibles de poner en marcha. La integración de todos los elementos de una nación en la guerra del futuro no se improvisa. Las naciones preocupadas por los signos que ofrece el mundo piensan en serias modificaciones de su sistema de generación de unidades, con la mente puesta en un regreso a aquellos que se creían anticuados como el del servicio militar obligatorio. Quizá antes que eso lo que hay que recuperar es el concepto de que la defensa es cosa de todos y todos debemos estar preparados. Lo que nos amenaza no se resuelve con el servicio militar obligatorio, sino teniendo claros los conceptos de libertad y nación. De ello surgirá la disposición para defenderla.

El grave problema con el que el mundo occidental se encuentra es la ausencia del concepto de defensa en la población civil, al fracasar ese concepto y divulgar que es un tema exclusivo de los militares. Desde hace muchos años se ha desatendido la defensa, mostrando poco más que los problemas de orden público y olvidando los continuos ataques a la libertad y la seguridad. La razón es grave: se ha disuelto el concepto de nación y puede que también el de libertad.

No se consigue mantener unos ideales y una cultura de libertades sin esfuerzo.

«A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas» (cap. XXXVIII de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, primera parte de la novela cervantina).

La defensa no es exclusiva de los ejércitos. No se improvisa ni se movilizan las necesidades sin previa organización y normas amparadas en la ley.

No es fácil cuando del sistema educativo de las naciones se suprime cualquier referencia a la defensa de los valores, se confunden estos y hasta se admite abrir la puerta al caballo de Troya. Movilización y reclutamiento no es algo individualizado y que se pueda improvisar. De la misma manera que las unidades militares tienden a ser un sistema de combate integral, el futuro de la adquisición de los elementos necesarios para ello no debe limitarse a lo personal, a movilizar y reclutar hombres para la guerra, sino que debe asumirse un sistema de movilización integral de manera que alcance a todos los recursos y en el que el sector privado, fuente de recursos y experiencia determinante, tendrá una importancia decisiva.

«La defensa debe ser asumida por todos como un asunto de indudable transcendencia, de la que depende, junto a la independencia, la soberanía y la integridad territorial, la paz, la libertad, el respeto a nuestros intereses y la propia prosperidad de la nación».

La realidad actual en el mundo occidental es preocupante. Los ejércitos del futuro no serán fáciles de mandar y sobre todo cuando la disciplina, la instrucción y el ejercicio continuo

seguirán siendo sus pilares básicos.

El mando resucita de un letargo demasiado prolongado y los generales deben saber que su misión comienza antes del primer toque para la movilización y sobre todo antes de oír el sonido del primer disparo. Una vez que la guerra empieza todo son prisas e improvisaciones. Movilizar todos los recursos de la nación es muy complejo, pero lo es más conducirlos y dirigirlos, ello solo puede y debe hacerlo el general, para lo que hay que prepararlos en el ámbito, no de la burocracia ni el orden público, como si se tratase de un acto de protección civil, sino del auténtico escenario de la guerra que debe dominar todas las esferas. Se tiende a utilizar los recursos bélicos, el más delicado de todos, el humano, para misiones muy alejadas de sus cometidos principales, con lo que además de un mal uso de los recursos se crea una imagen falsa en la sociedad que estima que la fuerza está para misiones de emergencia civil, creándose ilusiones ópticas en la población que tiende a creer que las inversiones en armamento y materiales son inmorales y antisociales.

Occidente empieza a ver que este asunto de la guerra va en serio, aumenta sus presupuestos militares, implanta el servicio militar obligatorio, se especializa y se forma para la guerra del futuro e introduce una nueva visión doctrinal con la «hipótesis de enfrentamiento mayor». Las alertas están encendidas y todos se preparan en inversiones, pero queda pendiente lo más grave, lo que hay que promocionar es el concepto de defensa, la conciencia de la necesidad de estar preparados y mantener unas fuerzas armadas convincentes, con el apoyo de todos, y su participación allí donde sus capacidades lo exijan.

La movilización, el reclutamiento y la instrucción junto al adiestramiento de la sociedad en su conjunto son más necesarios que nunca, ya que las unidades a formar en caso de conflicto deben ser de muy diversas características, heterogéneas, y muchas ajenas a lo militar, pero es necesario encuadrarlas en los momentos en los que las señales de guerra son tan claras.

Insistamos: «La guerra es un asunto de importancia vital para el Estado, es la provincia de la vida y de la muerte, el camino que lleva a la supervivencia o a la aniquilación».

El futuro de la guerra y lo cognitivo

La guerra solo se detuvo por la amenaza de algo peor, es decir la destrucción de la misma maquinaria de guerra, completa: hombres y materiales. Solo debería quedar uno: entre Caín y Abel, de ahí el nombre de guerra entre hermanos.

Las armas mandan: disuasión nuclear, paz armada o amenazada. ¿O impuesta? ¿Un futuro de paz es cierto o muy improbable?

Mientras haya naciones, alianzas para las defensas o las ofensas, territorios, fronteras, culturas e idiomas, diferentes o escasos recursos vitales, la guerra es inevitable. Como lo es la imposible unidad universal alrededor de la idea de paz.

Al hablar de guerra sin poner límite al término ha quedado una cierta indefinición en su acepción más clásica y por todos entendida: «La desavenencia y rompimiento de la paz entre dos o más potencias».

Ya no es solo así, hay mucho más detrás del concepto guerra que se quiere ocultar. Con la destrucción total y su amenazante posibilidad, cada vez más patente, llegó el fin de la guerra. Aquella devastación que nadie osó criticar, la terrible puesta en escena de la bomba atómica, logró enmascarar sus efectos y la guerra con su frialdad característica adoptó otro nombre en el permanente juego de palabras de su teatral puesta en escena: Guerra Fría.

El gran calor nuclear trajo la frialdad de las miradas amenazantes. Se analizaron

consecuencias, retos científicos y tecnológicos, a nadie le interesaba dejar territorios inhabitables y cada potencia hizo lo que quiso ante los complacientes ojos del orden internacional que después de aquello se centraba en un periodo de reconstrucción material, que llegó, y otro moral, que aún espera. Porque lo moral ha llegado a confundirse con lo práctico y la guerra quiere mantener su justificación ética para hacerla posible en cualquier momento y circunstancia; eso sí: dentro de un orden. Adopta para ello distintos nombres bautizados eufemísticamente como operaciones de paz o su imposición, híbrida, mosaico, asimétrica, biológica, total, incluso menor, o raras definiciones para rellenar portadas indescifrables, cuando todo es guerra.

El futuro de la guerra es el de siempre: guerra. Pueden cambiar conceptos, variar los términos, los principios o los procedimientos, pero la finalidad no: la posesión; del espacio, del tiempo o de la voluntad. Eso es todo. Vida y hacienda. Entre las novedades que tendremos que asimilar está el concepto en el que ahora se centran las inteligencias de todas las naciones: lo cognitivo, un arma de guerra. Novedad presente.

Para adentrarnos en este desconocido mundo en el que ya se está combatiendo nada mejor que buscar la definición oficial que la *doctrina militar conjunta* española utiliza. Al mencionar dentro del espacio de las operaciones los ámbitos de la misma, define el cognitivo como «un ámbito intangible inherente al ser humano, considerado de forma individual, socializada u organizada, y es consustancial a su capacidad de juicio y de toma de decisiones. Este ámbito alcanza a las voluntades de todas las personas afectadas por el conflicto y a los sistemas de inteligencia artificial, por lo que impregna al resto de ámbitos. Su principal limitación es que para operar en él se manejan aspectos intangibles y de difícil evaluación, como los valores, las percepciones, la conciencia, las actitudes y los prejuicios. Se entiende por percepción la interpretación subjetiva, elaboración personal o representación mental, fruto de la interiorización de la información y los estímulos recibidos del entorno. Este ámbito permite a las fuerzas armadas alcanzar objetivos que quedan fuera del alcance de otros, mediante el empleo de técnicas de comunicación, la ciencia psicológica y otras ciencias sociales. En el ámbito cognitivo el espacio de las operaciones se delimita mediante audiencias. Una audiencia es un grupo humano definido, sobre el cual se tiene autorización para realizar una actividad de información concreta en unas condiciones determinadas, en beneficio de las operaciones propias. La audiencia puede ser propia, favorable, neutral, competidora o adversaria».

Al menos tendremos que admitir que nos suena este tipo de guerra, que sabemos lo que significa, su fuerza y penetración, sus posibilidades y capacidades y sobre todo que lo percibimos a diario en su silencio delatador que a todos nos subyuga. Ahora entenderemos más lo que a diario se juega en los medios, con la información, con la audiencia, y nos tranquiliza saber que alguien hay que conoce esta nueva arma y que está en sus planeamientos de combate.

De lo que no nos cabe duda es de que este nuevo ámbito intangible es donde se va a desarrollar fundamentalmente la guerra en el futuro. Preocupante. Son los nuevos espacios de batalla, lo cognitivo y lo virtual o ciberespacial. Si quieren comprobarlo solo tienen que abrir su teléfono móvil u ordenador, analizarse y ver si está su nombre virtual en alguna de las audiencias, aunque usted no forme parte de ninguna. No hace falta, ya otros lo hacen por usted. Esto es la guerra.

Es de esperar que no en todas las partes se haya perdido la virtud, porque de ser así no habrá guerra, sino algo mucho peor que todos ya percibimos.

Debería preocuparnos el imparable avance de la ciencia junto a la técnica y la deriva del negocio que ambas han emprendido. Juntas van detrás de todo lo que está guardado y permanece oculto tras los elementos. Saben que está ahí, que les espera y sus posibilidades son enormes,

para lograr el dominio de todo, masas y ciudades, toda la Tierra será suya y podrán construir o destruir a su antojo.

Ese es el futuro de la guerra: una paz guiada y sometidos a la voluntad de los que la imponen o la aniquilación total. «Hace ya mucho tiempo que nuestros pensamientos y nuestros deseos, que nuestra voluntad más secreta van moviéndose hacia la unidad. Esa voluntad cobra expresión en la técnica, que es saber dotado de forma, querer dotado de forma. Un espíritu de gran amplitud ha ideado el instrumento de la técnica y lo ha cortado a la medida de los grandes espacios; y en cuanto armadura ese instrumento resulta también excesivamente pesado para las naciones de viejo estilo. El globo terráqueo, que podemos sobrevolar en pocas horas, que podemos abrazar en pocos segundos con imágenes, señales, órdenes, ese globo terráqueo se halla como una manzana en la mano del hombre» (Ernst Jünger, *La paz*).

7. LO POLÍTICO INTERNO

«Devienen enemigos y en su camino hacia el fin (que es principalmente su propia conservación, y a veces solo su delectación) se esfuerzan mutuamente en destruirse o subyugarse [...]. Por ello es manifiesto que, durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que los obligue a todos al respeto, están en esa condición que se llama guerra, y una guerra como de todo hombre contra todo hombre» (Hobbes, *Leviatán*).

Las guerras ya no se declaran formalmente, simplemente suceden como algo habitual, sin mucho sentido ni importancia mientras estén lejos.

Hay distintos tipos de enfrentamientos y excusas para todos ellos. No todas las guerras se desarrollan igual, aunque todas buscan el mismo fin. En siglos de historia se ha producido un salto cualitativo. Se tiende a vencer sin derramar una sola gota de sangre, algo impensable para los antiguos tratadistas, pero es la forma más hábil de ganar una guerra y a la que recurren todos desde las mesas de la paz internacional. Los que son expertos en el arte de la guerra someten al enemigo sin combate. La fuerza física y de destrucción ya no es el único medio.

Cuando la guerra irrumpe en nuestras vidas todo lo abarca y nos convierte en guerreros, desde los más débiles a los más fuertes, a todos afecta. «Debe un príncipe no tener otro objetivo ni otro pensamiento ni dedicarse a ningún otro arte fuera del de la guerra y de las órdenes y disciplina de la misma porque ello es el único arte que se espera del que manda».

En el mundo entra la sensación de huir siempre ante cualquier síntoma de violencia, de amedrentarse ante la amenaza, de quemar las naves antes de emprender batalla. «De los aqueos habíase enseñoreado la ingente fuga, compañera del glacial terror, y los más valientes estaban agobiados por insufrible pesar». En el decisivo canto nueve de la *Ilíada* Agamenón se muestra partidario de huir: «Huyamos en las naves a nuestra patria tierra, pues ya no tomaremos a Troya, la de anchas calles». Decisión sin consulta.

«La política penetra todo el acto guerrero y ejerce en él una constante influencia en tanto que lo admita la naturaleza de las energías desplegadas en la guerra». La guerra es un verdadero instrumento político. «El propósito político es el fin, la guerra el medio, y jamás pueden concebirse medios sin un fin».

Hasta aquí está claro. Habrá que ir a interrogantes más allá: ¿cuál es el fin cuando no hay política —entendida como la acción para el bienestar, la convivencia y el cumplimiento de la ley (cumplir y hacer cumplir la ley)—, cuando no hay propósito político, cuando no hay medio, cuando no hay nada? La respuesta está a la vista: rendición, entrega sin condiciones a cualquier enemigo que presione.

La política es un asunto demasiado grave para dejarlo en manos de la inconsciencia de los que basan su actuación en la visión personal o partidista. Es cuando la incompetencia política, como demuestra la historia, ha conducido a las mayores calamidades: la guerra. No echemos la culpa a quienes no la tienen y se han visto abocados a enfrentarse cuando ya era tarde, cuando los combates solo sirvieron para perder lo ya perdido, pero ensangrentando los campos de batalla. Decisión política llamada gran estrategia.

La política debe saber lo que quiere, el general debe dominar lo que tiene y saber lo que puede, y hasta dónde puede, por las limitaciones impuestas por el objetivo estratégico que la política le marca.

Cuando no hay política, no hay objetivo, no hay nada, el general mira los mapas, su estado mayor aconseja, nadie sabe cómo empezar, por dónde y hasta cuándo. Sin propósito llega el despropósito. No es posible acabar con la guerra.

De Maquiavelo extraemos las claves de la política y de la guerra: organización y disciplina. Pero la política debe marcar con claridad meridiana lo que quiere, cómo lo quiere y las limitaciones a su objetivo. Sin ello no es posible ni conveniente continuar el acto político con el acto guerrero. Cuando la política decide continuar su actividad con la guerra debe tener la seguridad de haberse preparado para ello y conocer muy a fondo lo que ha dedicado en el periodo de paz a preparar la guerra y el consejo recibido de sus generales.

«Amar la paz y saber hacer la guerra, estimándome y premiándome mi rey, no solo por mi competencia en la guerra, sino por lo que le aconsejo en la paz. A ningún rey que sea sabio y prudente y quiera gobernar bien le conviene tener junto a sí otra clase de personas, porque si son demasiado amantes de la paz o de la guerra, le harán cometer errores» (Maquiavelo, *El arte de la guerra*).

Puede que estemos ante la necesidad de reordenar la política interior de cada nación pensando en el conjunto y con un análisis mucho más real de las amenazas que se vislumbran con efectos globales, ante algo desconocido que puede significar una ruptura total con todo lo hasta ahora visto y que cambie los parámetros de las relaciones sociales y por tanto económicas. Nada de lo que conocemos es permanente, nunca lo fue. Ahora tampoco, pero tiene una evolución que es más bien revolución por la rapidez con que se producen los cambios. El presente no se vive, todo se queda viejo en las manos y sucede lo que aún no es. Ni sabemos ni estudiamos para saber cómo tenemos que organizarnos para defender lo que somos, si es que creemos en lo que somos y estamos dispuestos a seguir siéndolo. Es una gran duda en las actuales sociedades no dispuestas a arriesgar más allá de un límite que está por definir y solo conoceremos el día que nos encontremos ante la calamidad de cara. Ya está cerca, aunque pretendamos olvidarla mientras nos llega, pero llegará.

Hoy por hoy la política no conoce otra forma de defenderse que la ley y el derecho internacional, y en último caso la fuerza armada, pero también sabe la política que todo eso está limitado por los intereses de unos y otros y una gran parte no responde ante la ley ni ante las mediaciones internacionales, haciendo uso de la fuerza sin restricciones.

La guerra es cada día más posible y la política debe estar preparada para atender el riesgo que se plantea como probable. No se conoce otra forma de alcanzar la paz que la fuerza a la que debe armarse de los medios materiales y morales que la sostengan y con ella proyectar la idea firme de fortaleza, de no permitir injerencias en su forma de vivir y convivir. Las fuerzas armadas de una nación son un elemento clave para el bienestar social, para la libertad y asegurar las fronteras, que hoy son materiales y virtuales, contra lo que hay que protegerse.

Lo militar no es algo que quede alejado de la cotidianidad de la vida política de una nación, sino algo que cada vez debe cobrar mayor importancia y atención tanto en lo moral como en lo material.

La clave de un buen ejército no está en el número sino más bien en su virtud. No se puede hacer uso del arte militar como un oficio privado, por lo que debe existir un general acuerdo político que siga una línea clara, de continuidad, con los objetivos marcados en común acuerdo y que no sufran los vaivenes de unos y otros pareceres políticos, porque nada debilita más a la

defensa de una nación que los cambios de rumbo y organización de sus ejércitos y sus dotaciones por avatares de la política.

El valor no es exclusivo de lo militar, sino que debe dar ejemplo lo político y para estos menesteres de la guerra incluso no es suficiente si no está sustentado en el arte de la guerra, en saber con pocos vencer a muchos, mantener la autoridad, vigilar sobre sus ejércitos y estar atento a todos los movimientos del enemigo para no ser sorprendido. Para todo ello lo político debe tener siempre una dirección marcada a largo plazo y el asesoramiento del general, maestro en la paz para preparar la guerra. No son obviedades ni es una quimera que tengamos que recurrir al uso de la fuerza; el riesgo es real y los distintos ataques con procedimientos de guerra nunca antes conocidos son un hecho diario para el que hay que estar preparado con armas de guerra y los presupuestos militares que lo sostengan.

Los principios del arte de la guerra permanecen en el tiempo. Arte y disciplina.

«El conocimiento del arte militar aumenta el valor, porque generalmente los hombres ejecutan con bizarría lo que tienen seguridad que han aprendido bien».

El mando que sustentan los generales de la política y los de la milicia no es en esencia muy diferente. La política es tan exigente como la guerra, o más, y es también un arte: el difícil arte de dirigir una nación. Ese es el tema que hay que tratar. Si caes en manos de aficionados la derrota está asegurada. Una cosa es mandar y otra gestionar. Gestores los hay buenísimos, como nunca, pero decidir en altura es algo más complejo. Sobre todo con todas las armas en la mano.

El mando es un concepto militar ejercido por el jefe, que responsabilidad ni atribuciones comparte con nadie. Actúa distante desde la ausencia. Su intervención es lejana y ni su firma es vista, salvo por orden de...

La guerra es el arte de la distancia. Llegar al cuerpo a cuerpo supone muchos movimientos anteriores lejanos, imperceptibles para el peón. Para el gran guerrero no es necesario batirse tan cerca, lo suyo es mantenerse en la distancia para que en una acción sorprendente su latido llegue a las primeras líneas y a él le lleguen las pulsaciones del conjunto. Sabe que no todo se decide por el número de muertos y evitará siempre el enfrentamiento buscando la distancia para someter al enemigo sin la brusquedad de la muerte que produce el contacto.

Es una constante en aquellos que son verdaderos maestros de la guerra. Es el arte de la resolución de las dificultades antes de que se presenten, triunfar antes de la batalla. «El que sobresale en la resolución de las dificultades las soluciona antes de que se presenten. El que sobresale en las victorias sobre sus enemigos triunfa antes de que las amenazas de estos se concreten».

«El supremo refinamiento en el arte de la guerra es combatir los planes del enemigo».

En la política los motivos son más prosaicos que esas cosas del deber, del honor y del valor: «Si el emperador me quiere que me pague, pues solo el honor de estar con él no me alcanza» (Mozart).

En la puerta de los palacios de la soberanía popular, debería figurar este bello poema que figura en la entrada del Partido Comunista cubano:

Si no vienes a dar,
a dar el tiempo, el corazón, la vida
no desesperes por entrar
que en la entrada comienza tu salida.
Si vienes a buscar
el privilegio, la ocasión mullida,
no desesperes por estar
donde la flor más bella es una herida.

Este lugar es un lugar propicio
para el amor al sacrificio
aquí tienes que ser
el último en comer
el último en dormir
el último en tener
y el primero en morir.

JESÚS ORTA RUIZ, Indio Naborí,
1922-2005

Ya sabemos que la guerra es un elemento y una herramienta política.

Mientras los combates se desarrollan a la vista de todos, el objetivo estratégico se esconde tras la política, impronunciable, nadie lo conoce. Se esconde o se confunde, pero ahí está. En lenguaje de Clausewitz, la política no pretende que retrocedamos, sino aniquilarnos. Ellos saben hacer la guerra que otros ejecutan.

Las guerras señoriales constan en sus antecedentes y entrañas, pero para la educación en la virtud cada civilización tiene sus métodos y sus parámetros que la definen. Tan válidos como virtuosos son unos como otros.

Es seguro que un motivo banal inició la primera contienda. Entre dos. El que la perdió creó la táctica y el que la ganó la estrategia.

—Soy más débil; mientras duerme le sorprenderé con un ataque por sorpresa.

—Mi fortaleza me permitirá construir murallas que rodeen mis fértiles tierras regadas por los grandes ríos. Crearé leyes para regular la vida dentro y ejércitos para defenderlas.

Uno construye, otro destruye.

—Mi debilidad me obliga por ahora a vivir del engaño; penetraré en las defensas de mi oponente infectándolo todo.

—Mandaré legaciones a mi enemigo ofreciéndole respeto mutuo y darle un espacio si se somete a nuestras leyes; yo respetaré sus costumbres.

—Aceptaré el pacto y buscaré el modo de que sus mismos súbditos lo rompan; me infiltraré entre sus asesores. Mezclaré a mis hombres con sus mujeres y al fruto de sus vientres lo educaré en mi doctrina.

El táctico ha descubierto la estrategia, su fin último: que su oponente no descanse nunca. El estratega tiene que recurrir a la táctica para su conservación y desarrollo.

La desconfianza crea el secreto y la información. Abundan los espías y bufones.

No había más forma de combatir: con leyes o con la fuerza. El equilibrio entre ambas mantiene la armonía. Política y milicia deben seguir el mismo camino, se necesitan, si se repelen se obligan a estar siempre vigilantes una de la otra. A la distancia justa, en la que no haya influencia; ni atracción, ni repulsión, o el invasor, siempre al acecho, destruirá al invadido.

Tanto la defensa como el ataque se convirtieron en un arte. No era cuestión de cantidad, sino de calidad e insistencia. Cualquier arte requiere técnica y estudio. Si no es un fraude que te lleva a la derrota. Lo recoge cualquier libro elemental que lo trate: unos principios y unos procedimientos para conjugar con ellos los elementos, las formas y los medios. No hay posible engaño.

Cada nación es soberana y ninguna debe tomarse el asunto de la guerra como algo ajeno al conjunto. Es de todos y a todos abarca porque el riesgo no afecta solo a unos cuantos.

«De la igualdad procede la desconfianza. De esta igualdad en cuanto a la capacidad se deriva la igualdad de esperanza respecto a la consecución de nuestros fines. Esta es la causa de que si dos hombres desean la misma cosa, y en modo alguno pueden disfrutarla ambos, se vuelvan

enemigos, y en el camino que conduce al fin (que es, principalmente, su propia conservación, y a veces su delectación tan solo) traten de aniquilarse o sojuzgarse uno a otro. De aquí que un agresor no tema otra cosa que el poder singular de otro hombre; si alguien planta, siembra, construye o posee un lugar conveniente, cabe probablemente esperar que vengan otros, con sus fuerzas unidas, para desposeerle y privarle, no solo del fruto de su trabajo, sino también de su vida o de su libertad. Y el invasor, a su vez, se encuentra en el mismo peligro con respecto a otros» (Hobbes, *Leviatán*).

Silencio, no des a conocer tus planes, son tu tesoro y salvación, si se conocen no lo intentes y deja pasar un tiempo hasta tener otros y ejecutarlos.

«Preguntado Metelo Pío en Hispania qué planes tenía para el día siguiente, dijo: a mi propia túnica prendería yo fuego si pudiera hablar» (Frontino, *Estratagemas*).

8. LO POLÍTICO EXTERNO

«Clavad una cuña entre el soberano y sus ministros; o, si no, enemistadle con sus aliados. Sembrad entre ellos las sospechas mutuas, de manera que reine en ellos el malentendido. Así podréis conspirar contra ellos».

Dos despliegues conforman las alianzas defensivas.

Uno lo forma un conjunto de intereses, no muy claros, de aliados en tanto en cuanto beneficie a su individualidad. Despliegue aparatoso y probablemente inútil. Armas que tienen una probabilidad mínima de empleo y que se juntan para disuadir más que para luchar. También con una búsqueda e integración de todas sus capacidades para operar de manera conjunta. En ello están: la interoperabilidad. Algo difícil y que los propios intereses individuales no terminan de permitir. En el fondo de cualquier alianza militar hay precauciones entre sus miembros que en algunos casos van más allá de la simple cautela.

El otro más avanzado, despliega en todos los campos, el clásico visible y lento, junto al virtual, eficaz y veloz. Sin distinguir fronteras: la guerra en red y la ciberguerra. Plantea conflictos de carácter social e ideológico entre naciones y sociedades sin leyes que lo controlen al menos en los códigos que internacionalmente dan un cierto orden al desorden admitido. Propaganda, campañas psicológicas, sabotaje o interferencias, trata de provocar un cambio de opinión o inducir a decisiones erróneas. Ejemplos sobran. También su despliegue se ocupa de los sistemas de mando y control del adversario, así como de sus sistemas de información, inteligencia y distribución. Alianzas enredadas.

¿Cuál es más eficaz? ¿Virus, gusanos, caballos de Troya, bombas lógicas, *spywares*, *phisings*... o carros de combate, cañones y misiles?

«La guerra es un asunto de importancia vital para el Estado, es la provincia de la vida y de la muerte, el camino que lleva a la supervivencia o a la aniquilación», pero «con la alegría de superar las dificultades el pueblo olvida el riesgo de la muerte».

A nadie parece importarle ser una simple terminal de la red y vivir una libertad compartida por los impulsos que te inyectan.

Así, con aires y sensaciones de libertad se firmó el Tratado de Versalles: «Cuando Ferdinand Foch supo que se había firmado el Tratado de Paz de Versalles, comentó: “Esto no es la paz; es un armisticio por veinte años”».

Tratados, alianzas y sus compromisos es algo que recuerda la palabra firmada con la punta de la espada mojada en la tinta roja vertida en los campos de batalla. No se olvidan las heridas en generaciones y parece que se alojan en el ADN de los descendientes. Entra en juego la firma de unas palabras, la pluma de los funcionarios, pero por otro lado queda la espada, inolvidable. En *La paz perpetua* Kant dice que las guerras tienden a unir al género humano porque la agrupación disminuye las posibilidades de fricción. Parece como si la naturaleza tuviera por objeto la concordia, actuando la discordia como fuerza impelente.

Esa realidad también nos hace ver que las alianzas producen un efecto disuasorio, pero ocurre que lo dicho por Kant es cierto, pero no del todo, ya que la unión es entre grupos que siguen

enfrentados aun en el periodo de paz y que los tratados acaban incumpléndose en cuanto el tiempo y los intereses cambian.

«Quien ayuda a otro a engrandecerse labra su propia ruina, puesto que para ello debe emplear o su habilidad o sus fuerzas, medios ambos que infunden graves sospechas al que ha llegado a ser fuerte y poderoso» (Maquiavelo, *El Príncipe*).

El recuerdo es inevitable y aquella fecha del 6 de agosto de 1945 parece que no sirvió de nada.

Desde el 1 de septiembre de 1939 al 7 de mayo de 1945 Europa fue campo de batalla. Soldados y máquinas de guerra enfrentados de manera salvaje y sin que las leyes de guerra, humanas al fin y al cabo, suavizasen la contienda más brutal y absurda a la que el mundo se ha enfrentado. Era el paso obligado, siguiente a la Gran Guerra, que nadie quiso adivinar. A día de hoy no hay respuesta: ¿por qué? Quedó una temblorosa civilización, ruinas y muertos. Los vivos hubiesen preferido morir.

Fue y es algo parecido al fin del mundo, para el que nunca estamos preparados. No lo estábamos entonces. El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. La siguiente piedra da claras muestras de encontrarse en el camino.

Estados Unidos salvó a una Europa indefensa que no supo estar preparada militarmente para el momento. A partir de aquello nada fue igual.

El 24 de octubre de 1945 los representantes de 50 países se unieron en la Conferencia de San Francisco para redactar la Carta de las Naciones Unidas. Ratificada por China, Francia, la Unión Soviética, Reino Unido, Estados Unidos, y el resto.

De nada sirve el pacto cuando la ambición política te lleva a manejar a tu antojo la máquina militar. La imaginación es aspirante a gobernar el mundo, pero los cañones son el instrumento que utiliza la imaginación para llevar a cabo sus propósitos. Así lo dejó plasmado Napoleón.

El mundo en nada ha cambiado, y si lo ha hecho es a peor.

Las fronteras son fuente de preocupación y rugen, detrás de la tragedia humana utilizada como arma ofensiva, las formaciones disciplinadas a la espera de que les abran las puertas. La inteligencia se cuela por los resquicios de unas redes infectadas de espías cibernéticos que pretenden paralizar la vida cotidiana. Las materias primas están en manos de unos y otros que controlan el suministro. Aunque ellos mantengan a sus pueblos en la miseria y sin libertad.

El fracaso político da entrada al siguiente modo de hablar: con las armas.

«Hoy habrá tempestad, porque el cielo está rojizo y amenazador. ¿Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no podéis discernir las señales de los tiempos?» (Mateo 16:3). Las señales eran claras.

Después del 11 de septiembre de 2001 en el mundo se desató el deseo de venganza, no se podía dejar sin castigo a los responsables de haber atacado el mismísimo corazón de la nación más poderosa del mundo. La disuasión nuclear no era suficiente para silenciar los cañones y el juego de la gallina ciega se imponía, con lo que las señales de guerra se sucedieron.

Ha sido una larga y penosa historia de guerras cuyo mayor exponente fueron Irak y Afganistán, sin olvidar la guerra en el norte de África, que aún no ha terminado. Cuando la retirada de los Estados Unidos de América de Afganistán, como una fuerza derrotada, nadie lo entendió. Ahora empezamos a darnos cuenta del error de apreciación y por qué había que dejar aquello. La penosa historia de guerras iba a dar lugar a la guerra. Las alianzas aún no sabían que el líder aliado se iba a enfrentar con su más poderoso enemigo. Y lo tendría que hacer en la distancia, sin subirse al ring, aunque entrenado y dándole los guantes a su *sparring* para ir desgastando al enemigo.

En la última reunión de los 20 poderosos nadie le dio importancia a la ausencia de Rusia y

China. Iba precedida de otras muchas señales: la pandemia, los movimientos en las fronteras, nuevos y desconcertantes despliegues de tropas, reactivación del servicio militar en algunos países (algo impensable hasta ahora), aparición de grupos armados sin control, ciberguerra declarada en elecciones claves, focos de tensión que entran en actividad: Taiwán, Báltico, Kaliningrado, Bielorrusia, Crimea, América española, Argelia-Marruecos; y los de siempre agazapados con sus átomos a cuestas.

La conocida paz amenazadora se había convertido en una amenaza real que se expandía por Europa, que vivía de espaldas a los acontecimientos como si con ella no fuese la cosa. Se confirmaba que «las guerras son el reflejo de las sociedades que las sostienen» (Clausewitz).

Nadie hacía caso, fallaron las previsiones o fueron ocultadas, algo esperado ya que ninguna guerra se profetiza y entre los soldados sabemos que en política ocurre como en la milicia que lo previsible acaba en derrota. Mejor no hacer predicciones ni descubrir las tuyas. El fulminante rayo desplegado sobre los cielos de Europa llegó antes de que sonasen las sirenas de los bombardeos.

Cuando el general Eisenhower analizaba el esfuerzo que tuvieron que hacer los ejércitos para enfrentarse a la invasión alemana decía que en la mayoría de las unidades se había prestado más atención a los deportes, diversiones y entretenimiento que a la instrucción. Les sorprendió la guerra. Como ahora, que no es un recuerdo, sino una peligrosa advertencia.

No podemos dejar los ejércitos para melifluos cometidos, porque no todo se resuelve en adornadas mesas de negociaciones. La tentación de dominio y el temor al fracaso en su gestión lleva a los dictadores a esconder los propios problemas creando otros mayores. El fracaso político les conduce a hacer uso de la maquinaria militar de manera dictatorial.

A Rusia no llegan consejos, sino que impone y ejecuta la opción más favorable a su propio interés, copia de otros viejos conocidos provocadores de guerras. ¿Qué pasará ahora? En las operaciones militares, antes de tomar una decisión, se manejan dos hipótesis de trabajo en el planeamiento: la más probable y la más peligrosa. De acuerdo con la primera se establece la maniobra y la segunda es la base de la seguridad. Luego interviene el azar, que en la mayor parte de las ocasiones es quien manda en la guerra.

Si analizamos la situación del ataque a Ucrania la hipótesis que se nos presenta como la más probable se acerca a lo que ocurrió ya en Crimea. Una ocupación militar y política del territorio de Ucrania que le dé ventajas en algo prioritario en estos momentos: la energía. El varapalo sufrido por la negativa a poner en marcha el Nord Stream 2 que bajo el Báltico llevaba el gas directamente desde Rusia a Alemania ha sido muy duro para Putin.

La hipótesis más peligrosa es que haya un previo acuerdo Rusia-China.

Es seguro que Xi Jinping conocía los planes rusos. Dentro de los evidentes riesgos no hay que descartar que en poco tiempo tengamos que prestar atención a Taiwán. Las invasiones pueden ponerse de moda y el tablero del juego mundial cambiar de manera radical. Europa podría pasar a depender de Rusia. Incluso darse el cambio que se produjo con Alejandro Magno.

Todo depende de nuestra capacidad y postura para defender la libertad, que es lo que está en juego. Volviendo a Clausewitz: «Los errores que se dejan subsistir por benignidad son precisamente los más perjudiciales en la guerra».

En estos momentos Rusia ha pasado la gestión de la guerra al instrumento militar y por tanto las fuerzas armadas reciben la responsabilidad de alcanzar los objetivos estratégicos militares necesarios para lograr la situación final deseada, cumpliendo las condiciones de ejecución establecidas.

La OTAN ha puesto en marcha su planeamiento de respuesta de crisis (Crisis Response

Planning). Todo puede ocurrir como planteo en las hipótesis de guerra, pero que hay signos muy preocupantes es algo evidente. De guerra. No sabemos cómo se desarrollará, pero el esfuerzo para estar preparados corre prisa y hay que ponerse a trabajar en la política de defensa y exterior, en los pactos, fuertes y solventes; decididamente hay que apostar por un mundo en guerra.

¿Lo vamos a notar? Probablemente. Nos deja en peligro a todos y expuestos a que mañana estemos sin gas, sin gasolina, sin electricidad, sin identidad. O algo mucho peor.

Hay que enderezar el rumbo y no es fácil cuando *la brújula estratégica* es el horizonte de la Alianza Atlántica, que en un momento perdió el norte de sus ejércitos. Quizá deberíamos recordar que fue hasta Dunquerque... O a Jenofonte: «Si alguien les hace cambiar de actitud, de modo que dejen de pensar únicamente en lo que les puede pasar y piensen también en lo que pueden hacer, se encontrarán mucho más animosos, porque sabéis perfectamente que no es el número ni la fuerza lo que consigue las victorias en la guerra: solo a aquellos que con la ayuda de los dioses se lanzan con ánimo resuelto contra los enemigos, la mayoría de las veces, su oponente no logra contenerlos».

Esta no es una Alianza de 10.000 voluntades, pero son las suficientes para ser fuertes en Europa siempre y cuando ninguno de sus miembros muestre debilidad, lo que será aprovechado por el contrario, algo que la OTAN empezó a sufrir con la retirada de fuerzas americanas de territorio de Europa y las exigencias de una mayor implicación de los ejércitos europeos, todo ello con la postura del Reino Unido dando la espalda económica a Europa. Todo cuenta en los prolegómenos de la guerra y ahora el poder americano tiene que empeñarse de manera rotunda en el frente de Europa con Rusia, pagando errores anteriores de una Alianza que se creía cubierta por el efecto disuasorio cuando sus miembros eran dependientes del poder energético del contrario. La guerra, lo hemos dicho desde el principio, abarca campos de batalla que no son Gaugamela ni la línea Maginot.

La OTAN es una organización político-militar que resalta de manera ostensible su preponderancia política y que se mueve a base de consensos, algo muy difícil de conseguir, lo que muestra detrás de sus acuerdos una cierta debilidad. Debilidad manifiesta cuando uno se retira del posible escenario de la confrontación, como sucedió en 2004 cuando el ejército de Estados Unidos comenzó a retirar tropas de Europa (tenía unos 200.000 soldados, principalmente en Alemania), lo que enturbió las ya tirantes relaciones con los aliados y produjo un distanciamiento de Estados Unidos de la OTAN.

Cuando Rusia invadió la península de Crimea se vio el enorme error cometido por la administración Obama y hubo que retornar con la Presencia Reforzada Avanzada con cuatro batallones multinacionales que se establecieron en 2017 en Estonia, Letonia, Lituania y Polonia, más cuatro batallones en Bulgaria, Hungría, Rumania y Eslovaquia. La teoría estratégica estadounidense de concentrar sus fuerzas en su territorio nacional para desplegarlas allí donde sea necesario hizo que la OTAN presionase sobre sus países miembros para una mayor implicación sin contar con el socio mayoritario en costes y despliegues. Parece que se reacciona, pero no lo suficiente y el acuerdo rotundo está lejos de producirse. Europa es un ejemplo histórico de alianzas distintas y con líderes diferentes, pero se ha mantenido firme y resuelta su voluntad, algo que hoy está en duda.

La unidad implica una necesidad de equiparación en materiales, logística, pensamiento estratégico y en algo tan fundamental que manda en el conjunto: los intereses económicos individuales. Los intereses económicos de cada uno son el camino más recto para acabar con las alianzas, al menos para mostrar una cierta debilidad. No hay alianza militar sin liderazgo, que se

acrecienta mucho más cuando la alianza es más política que militar, algo que le ocurre a la OTAN.

Hoy por hoy la OTAN es lenta, con serias dificultades para llegar a acuerdos políticos efectivos y eficaces que asuman todos sus miembros y en lo militar existen dificultades derivadas de la diversidad de materiales y variadas bases industriales, presupuestos muy distintos en defensa y necesidad de hacer más ágiles los sistemas de mando y control de los despliegues militares en operaciones.

No sabemos quiénes combaten en Ucrania, si la Alianza o Estados Unidos, pero el material, la instrucción y adiestramiento marcan la dirección, no con el mismo entusiasmo en unos y otros.

A España la Alianza Atlántica le ha hecho ser más fuerte y segura, aunque dentro de la nación se desconoce o no se reconoce la labor que dentro de la Alianza llevan a cabo las Fuerzas Armadas Españolas. Quedan lazos que atar por el sur y muchos problemas de confianza mutua por razones políticas que obligan a mantener ciertas cautelas.

El mundo se debate en alianzas de todo tipo, pero las militares suelen estar protagonizadas por la cultura de la libertad, el libre albedrío y los derechos humanos. Ello exige a sus miembros mantenerse siempre en defensiva creíble, con firme voluntad de empleo, aportar sus recursos con los presupuestos adecuados a sus capacidades y sobre todo difundir entre los estados componentes la necesidad de que a todos llegue la necesidad de su esfuerzo que debe ser contemplado en todos los ámbitos y no solo en el militar; también en la industria y en las relaciones económicas entre los países miembros.

Es importante la cantidad y calidad de lo aportado por cada nación en la Alianza, pero lo es mucho más la firme voluntad de su empleo, no constituirse en simple elemento disuasorio, sino trabajar y equiparse como si tuviese que intervenir mañana.

Marcus Flavinius, centurión de la 2.^a Cohorte de la Legión Augusta, le escribía a su primo Tertullus de Roma:

Nos habían dicho, al abandonar la tierra madre, que partíamos para defender los derechos sagrados de tantos ciudadanos allá lejos asentados, de tantos años de presencia y de tantos beneficios aportados a pueblos que necesitan nuestra ayuda y nuestra civilización.

Hemos podido comprobar que todo era verdad, y porque lo era no vacilamos en derramar el tributo de nuestra sangre, en sacrificar nuestra juventud y nuestras esperanzas. No nos quejamos, pero, mientras aquí estamos animados por este estado de espíritu, me dicen que en Roma se suceden conjuras y maquinaciones, que florece la traición y que muchos, cansados y conturbados, prestan complacientes oídos a las más bajas tentaciones de abandono, vilipendiando así nuestra acción.

No puedo creer que todo esto sea verdad, y sin embargo, las guerras recientes han demostrado hasta qué punto puede ser perniciosa tal situación y hasta dónde puede conducir.

Te lo ruego, tranquilízame lo más rápidamente posible y dime que nuestros conciudadanos nos comprenden, nos sostienen y nos protegen como nosotros protegemos la grandeza del Imperio.

Si ha de ser de otro modo, si tenemos que dejar vanamente nuestros huesos calcinados por las sendas del desierto, entonces, ¡cuidado con la ira de las Legiones!

JEAN LARTEGUY, *Los centuriones*.

De nuevo Clausewitz, que dice: «No se verá nunca a un estado combatiendo por la causa de otro poner tanta energía como si se tratase de la suya [...]. Es una costumbre tradicional de la política europea que los estados se comprometan por tratados de alianza ofensiva y defensiva para prestarse un apoyo recíproco. Pero no se conviene por esto que cada uno de estos estados deba hacer suyas las hostilidades o los intereses de sus aliados», y ese es el devenir de la historia de la guerra, aunque se pongan acuerdos en papel, «aun cuando los dos aliados tengan un interés poderoso y común, la reserva diplomática juega su papel».

9. LO DESINFORMATIVO

«El manejo del sofisma (razón o argumento falso con apariencia de verdad), el conocimiento de las necesidades, pasiones y creencias del grupo de oyentes para utilizar y canalizar las motivaciones, la utilización del miedo y de la angustia, la explotación de los valores humanos universales hábilmente asociados a la causa que se defiende... son procedimientos empleados desde siempre».

Es el principio fundamental para influir en la mente de los individuos. Lo que se ofrece no es información, sino desinformación.

Hay un factor que tiene carácter decisivo en la victoria: la iniciativa. Mantenerla es la constante actividad en la que deben moverse el general y su estado mayor; de ahí la importancia de disponer de información que permita anticiparse a los actos del enemigo. Todo en la guerra es información. En ocasiones demasiada, por lo que los investigadores y analistas deben examinar con sumo cuidado y diferenciar lo falso de lo real, incluso lo incierto o posible, ya que es la base de la seguridad tanto estratégica como táctica; la primera para dominar el tiempo con la suficiente amplitud y obtener el espacio, que no constriña, para que ambos dominios permitan no estar supeditado a las imposiciones del enemigo ni a sus presiones mediáticas; la segunda para evitar a las tropas sorpresas que les resten capacidad y potencia combativa o las dejen aisladas. La seguridad no implica una excesiva precaución; casi siempre aumenta con la iniciativa y la audacia, que frustran la acción del enemigo. La seguridad se obtiene por la información, el secreto y el despliegue de todos los medios de combate.

La información que se obtiene por distintos medios suele ser más abundante que necesaria y esta última está protegida por el secreto que consiste en adoptar las medidas precisas para que el enemigo ignore la decisión y preparación propias. La gran dificultad con la que ahora se encuentran todos los ejércitos, la sociedad en general, es el exceso de información y saber distinguir el trigo de la cizaña, con la dificultad que supone no renunciar a ninguna información. Nunca se sabe si lo falso lo es, ni su intención; hay que mantener escalas de valor y esperar sin despreciar nada.

La información siempre llega con viso de realidad y suele ser tan entrañable que se acoge con gusto. Su gran peligro es la sensibilidad y la ternura que provoca en el corazón humano. La guerra no debe dejarse llevar por ningún tipo de pasión, sino que, una vez iniciada, gana el más frío y calculador. El corazón solo debe estar enfocado a la victoria, por muy duro que parezca. Ello salvará vidas perdidas de otra manera por el engaño.

Todo es falsedad en tiempo de guerra que no es otra cosa que la continuidad del tiempo de paz, una mentira continuada con medios más barrocos, pero sin olvidar la contundencia del mensaje primigenio que recogía el famoso decálogo que empezaba diciendo «Nosotros no queremos la guerra» y terminaba: «Los que ponen en duda la propaganda son traidores».

En este mundo de la desinformación cada vez son más necesarios el riesgo, la habilidad, el valor y la decisión. Engaño y sorpresa, por tanto, gracias al secreto, la elección de un procedimiento desconocido y astucia para conseguir engañar al enemigo. En la guerra la sorpresa

compensa la inferioridad material o numérica de medios.

«Tres veces rodeaste el hueco escondrijo, golpeándolo, y llamabas a los príncipes argivos imitando la voz de sus mujeres; y nosotros, yo, Diomedes, y el divino Ulises, que estábamos en medio, escuchamos tu voz. Diomedes y yo quisimos salir impetuosamente mejor que escuchar desde dentro, pero Ulises nos detuvo a nuestro pesar. Y los demás hijos de los aqueos permanecieron mudos, y Anticlo solamente quiso responder; pero Ulises le tapó la boca con sus manos robustas y salvó a todos los aqueos, conteniéndole así hasta que Palas Atenea te hubo alejado».

Es el invento militar más avanzado de la historia de la guerra, que sigue en primera línea como entonces: astucia, engaño, penetración y silencio.

«¡Qué locura tan grande, pobres ciudadanos! ¿Del enemigo pensáis que se ha ido? ¿O creéis que los dánaos pueden hacer regalos sin trampa? ¿Así conocemos a Ulises? O encerrados en esta madera ocultos están los aqueos, o contra nuestras murallas se ha levantado esta máquina para espiar nuestras casas y caer sobre la ciudad desde lo alto, o algún otro engaño se esconde: teucros, no os fieis del caballo. Sea lo que sea, temo a los dánaos incluso ofreciendo presentes».

(Virgilio, *Eneida*, libro II).

¿No es ese en definitiva el objetivo real de la comunicación, atraer voluntades?

Desde luego en las actuales guerras, en las visibles y también en las invisibles, el objetivo es bastante más complejo que el de conquistar el terreno y destruir al enemigo. El objetivo es la mente humana, ganar voluntades. Eso caracteriza a la mayor parte de los enfrentamientos actuales.

Las exigencias de transparencia de los medios de comunicación no son compatibles muchas veces con el afán de eficacia de los ejércitos, sobre todo en operaciones. El derecho a la información es indiscutible, pero, ocurre con todos los derechos, está delimitado por poderosas razones que en el caso de los conflictos armados son la seguridad nacional.

Hay un cierto abuso de las poderosas razones y se recurre con demasiada frecuencia a lo de la seguridad nacional para no informar con veracidad y responsabilidad para lo bueno y para lo malo. No exagero si digo que con cierta frecuencia vemos una cierta pasividad y una orientación más política que operativa en la información de lo que ocurre en los ejércitos, estén o no en operaciones. Tampoco los medios de comunicación han demostrado gran interés ni proximidad hacia los temas militares.

Titular es un arte, el arte de la síntesis, de la atracción con pocas palabras. Esa mirada que te prende, la belleza del instante. Es algo que pasa fugaz, pero hace que te detengas y vuelvas la cabeza.

¿Qué poder tienen la información y su contraria? ¿Sociedad de la información o de la desinformación? Todo está en la red, por lo que está más oculto que nunca, aunque las operaciones se dirigirán desde una pantalla. En directo, tomando decisiones con el campo de batalla a la vista; pero todo lo que un estado mayor observa lo observa también el contrario, además de permitir a varios actores entrar en el proceso de la decisión, lo que hará necesario extremar la disciplina de criterio, la unidad de doctrina y la importancia del mando; sin injerencias. Hay una sobreexposición en la que es difícil distinguir lo real de lo virtual.

Lo desinformativo es un extenso campo donde se cultiva la ignorancia y que produce cosechas, una tras otra, de gran rentabilidad; no necesita más abono que esparcir noticias, mientras más mejor, unas veces ciertas otra no, que no se distingan ni valoren, simplemente que se absorban por esa tierra tan rica que siempre da a raudales lo que se siembra, frutos del bien y del mal.

La superioridad tecnológica no habla de cantidad, sino de calidad de hombres y armas, menos frentes, más compromiso. El de la guerra será un juego, como ya de hecho es en las redes sociales, en las que cada día se aprende a luchar inmerso en la gran colmena desplegada para abarcar el enjambre del siguiente conflicto, donde un gran agujero negro absorberá cualquier presencia adversaria.

La presencia humana en el campo de batalla tiende a desaparecer, es más, desaparecerán los campos de batalla y los despliegues frente a las defensas. Toda la guerra actual es inteligencia que se recoge en información, se transforma en desarrollo tecnológico y se ejecuta en redes enlazadas en lo secreto. O en la idea de un hombre brillante de los que en la historia hay pocos, casi ninguno, como aquel griego que diseñó la estrategia y la táctica, además de tener el valor de llevarla a cabo: Ulises y su caballo de Troya. El terreno urbano cobra un protagonismo vital. La guerra se decidirá en las urbes.

Nadie sabe por dónde lo atacan. Pero lo hacen. Ciberataques. Alguien debería ser claro y explicarnos de qué hablan. ¿Dónde está el peligro, cómo se llama, cómo nos van a defender?

Expertos en crear un ambiente propicio, una tendencia, el enemigo ataca con información breve, creíble, atractiva, se propaga como un virus, pero es falsa. Le han puesto nombre: *fake news*. Usted y yo somos manipulados para pensar, hacer... votar. Se engaña al enemigo mediante la creación de apariencias o de ilusiones.

«¡Sutil! Sutil, hasta el punto de no tener forma. ¡Inescrutable! Inescrutable, hasta el punto de no producir sonidos. De este modo logra erigirse en amo del destino del enemigo» (Sun Tzu).

Movilización: dos mil hackers para un nuevo ejército. ¡Cuidado! No hay nada nuevo en la guerra. Todo está escrito. Todo reside en la voluntad, en el espíritu de victoria. El espíritu que vence a un solo enemigo es el mismo que vence a mil o diez mil. Todo reside en el espíritu. En el camino de las batallas tanto la lucha de un individuo contra otro como la lucha de miles contra miles son el mismo camino.

Hablemos claro, sin engañarnos a nosotros mismos. Hay muchas cosas sin entender por no explicar lo que ocurre o puede ocurrir. Peor es que los responsables de nuestra seguridad no lo sepan. Que estamos en guerra es seguro. Que están iniciando una movilización también. Lo que no sabemos es si saben cómo ganar esta guerra y en qué bando luchar.

«¿Quién cuenta con el soberano que posee la virtud? ¿Quién con el general más capaz? ¿Quién con las condiciones climáticas y topográficas más favorables? ¿Quién con la mayor disciplina y obediencia? ¿Quién con el ejército más poderoso? ¿Quién con los soldados mejor preparados? ¿Quién con el mejor sistema de castigos y recompensas?

»Las respuestas a estos interrogantes permiten conocer quién resultará victorioso y quién derrotado» (Sun Tzu, *El arte de la guerra*).

Siguen tan vigentes como hace más de dos mil años; cuando se escribieron.

Cada vez cobra más importancia este aspecto en un mundo en el que el objetivo de todos, guerras sin declarar, invisibles guerras de la comunicación, es la mente humana. La pacífica guerra está en la red y a pesar de ser silenciosa puede causar tantos estragos como un bombardeo.

Hay una fórmula infalible para entrar en combate: «Silencio radio», elemental norma de seguridad desde que el hombre sabe que la palabra le delata. Nada hay más eficaz en la guerra que la aproximación silenciosa con sus múltiples significados e interpretaciones que quedan resumidos en que la palabra no sea la culpable de que el enemigo conozca tus planes ni cómo se desarrollan. Silencio en cuanto se inicia el planeamiento y las comunicaciones cerradas, sin contacto, sin dar posición ni dirección, algo que parece un imposible, pero que los ejércitos más disciplinados deben practicar para su seguridad. Toda acción militar se pierde en un interminable

cruce de comunicaciones, órdenes, contraórdenes, aprobaciones, intercambios, largos procesos de decisión y necesidad de miles de firmas autorizadas es una burocracia muy extendida entre los ejércitos actuales que llevan a su lentitud e ineficacia. No hay secreto que no sea revelado por la actitud y proclamado por las comunicaciones, signos de falta de preparación y en el caso de las alianzas muy claro distintivo de la falta de voluntad de empleo o lo que sería peor, de vocación, lo que echa por tierra el factor disuasorio.

Silencio radio requiere una firme unidad de doctrina y exacto conocimiento de la misión de conjunto, coordinado todo con la precisión en los detalles de ejecución que contemplarán todas las posibilidades que durante la acción puedan darse. La instrucción y el adiestramiento permiten conocer los signos de la batalla en cualquier circunstancia, lo que fomenta la iniciativa de los mandos si las circunstancias les obligan a tomar decisiones excepcionales o si se encuentran aislados.

El silencio en las comunicaciones significa no entorpecer las indicaciones que, siendo estrictamente necesarias, lleguen de arriba abajo con un estricto código de disciplina que evite interferencias.

La mejor comunicación es la unidad de doctrina, estar imbuido de la idea del jefe, audacia, valentía y oportunidad. Esas son las comunicaciones de la guerra del futuro: silencio. No debe renunciarse a ningún procedimiento que permita mantener la cohesión entre unidades por muy obsoleto que parezca.

Al final queda una sugerencia, un enigma.

«Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va». Es la norma del romancero español, el consejo que debe ser puesto en marcha por cualquiera que deba prestarse al duro oficio de la guerra.

«Saber callar a tiempo», que tan difícil es hablar como callar.

De cada uno de nosotros depende saber a quién y cómo le decimos nuestra canción.

«Si tus planes son oídos por el adversario, podrá elaborar estrategias de contraataque; si eres percibido por él, maquinará contra ti; si eres conocido para él, te pondrá en aprietos; si te ha desentrañado, te perjudicará» (*Tai gong Liu Tao jin-zhu jinyi*, capítulo XXVI).

Esto es para la guerra, pero esto otro, lo que vemos y oímos, es peor que la guerra.

«¡Discreción! ¡Discreción! Pues no hay lugar donde no pueda haber espías. Si antes de efectuar una misión secreta ya se oyen rumores, debemos aniquilar tanto al espía como a quienes han recibido esa información» (Sun Tzu, *El arte de la guerra*).

Comunicar

La comunicación es un arte y exige mucha dedicación y trabajo en un mundo que ya está inmerso de pleno en lo que viene llamándose la batalla de las narrativas. Hay que saber combatir en ese ambiente. La guerra y la paz se difuminan, una fina línea las separa. La batalla de la narrativa trata de dominar el relato de cualquier operación, militar o no. La percepción es tan importante para su éxito como el evento mismo. Al final del día la percepción de qué ocurrió importa más que lo que pasó realmente. Tenemos recientes ejemplos de victorias militares que se han encontrado con la derrota informativa y política. La comunicación se ha convertido en uno de los factores principales a tener en cuenta a la hora de tomar una decisión. Los estados mayores deben conocer profundamente las técnicas y procedimientos del mundo de la comunicación cuya característica principal es la incertidumbre y la rápida evolución.

«Nunca olvidéis que la guerra es la comarca de la incertidumbre; las tres cuartas partes de aquellas cosas en que se basa la acción en la guerra yacen envueltas en la niebla de una mayor o menor incertidumbre». La cita de Clausewitz podría ser actual y habría que añadirle que la comunicación puede disipar la niebla o aumentarla en función de que se sepa utilizar o no.

Si pierdes la guerra de la información, aunque tus tanques ganen y ocupen grandes extensiones y núcleos de población, de nada te servirá porque la estrategia pierde.

La doctrina actual de guerra en todos los ejércitos incluye un capítulo esencial: la información. Si pierdes la gran batalla de la información perderás la guerra. Ante la imposibilidad física de luchar en esta guerra en la que no hay nada físico que destruir no queda otra solución que ganar en la información con otra información, inundar las redes con mensajes, apropiarse de la opinión con las redes sociales acallando los mensajes contrarios, con el uso de expertos en ellas que atraigan y conduzcan opiniones. Es la batalla digital que se conduce con especialistas.

Las noticias de contenido falso son muy fáciles de creer por una gran mayoría cuando reúnen ciertos factores, como son todos aquellos que conmueven, historias de amor en plena guerra, actos heroicos, mártires sociales y todo lo que pueda rodearse del dramatismo que tanto agita a las conciencias. Solo con deformar ligeramente una historia esta puede convertirse en fuerte arma de propaganda. Hay que contar historias humanas, sencillas, dramáticas y de contenido favorable a la propia causa para que conmueva a la opinión pública y ello se convierta en un arma inmejorable de propaganda y aumento de la moral de los combatientes.

La información y su contexto convertido en narrativa deben dirigirse hacia los sentimientos más elementales y por ello conmover, incluso despertar el odio. La narrativa tiene el poder de cambiar la visión de la guerra, incluso cambiar la mirada de lo más importante, los objetivos, hacia los detalles de la guerra más humanos o más sociales, como los costos, las bajas, el sufrimiento de la población civil, siempre con argumentos emocionales que lleguen a las sociedades de ambos bandos y contrapongan la información contraria. Es una guerra de expertos sociales, de empresas de profesionales de las redes y de la psicología de masas y sobre todo de tecnología de redes. La información y la desinformación pueden ser misiles lanzados contra la base más municionada y protegida del contrario.

La conciencia de la situación puede manipularse con la información y ofrecer una imagen totalmente confusa o contraria a lo que realmente ocurre, de manera que al vencedor material de los combates se le tenga en cuenta como perdedor material y moral y al más débil como ganador y así contribuir de manera decisiva al resultado final de la guerra.

«Y le dijo Goliat: “¿Te has creído que soy un perro para venir contra mí con un cayado?” [...]. No es por la espada ni por la lanza como el Señor da la victoria, porque la batalla es de Dios y os entregará en nuestras manos» (Samuel 17:19, 43).

«Voy a esconderme detrás de los tapices para enterarme de lo que ocurra», le dice Polonio al rey que para ceñirse la corona ha matado al rey anterior, su hermano, y así casarse con la viuda.

La guerra actual tiene mucho que ver con los tapices y las gruesas moquetas. En los mejores edificios se sientan los negociadores de nuestras vidas entre seleccionados espías que preparan la guerra o la paz con la necesaria información para ganarse o perderse. A veces se pierde todo por el impulsivo deseo de comenzar antes de tiempo, sin las condiciones que da el conocimiento previo que exige cualquier guerra; otras se pierden por engaños, desinformaciones o erróneas interpretaciones. En el territorio de la mentira, que es paz o guerra, todo está permitido y las leyes internacionales forman parte escrita y temporal de ella y se anulan al lanzar la primera piedra.

Siempre a las espadas y los cañones se les adelantó una guerra soterrada por la información.

Nadie se ha atrevido a atravesar las cortinas con la espada, a pesar de que hasta en lo más secreto llegaron a esconderse.

Sin darnos cuenta, la guerra estalló hace tiempo y llevamos varios capítulos ensimismados en la contemplación del juego de los espías que informan para desinformar, deforman la realidad y nos la sirven masticada y con la digestión hecha. Suelen atacar por la misma vía y caer en las mismas trampas porque han olvidado la norma fundamental de un espía para la guerra: «Inteligentes, pero de apariencia estúpida, y hombres intrépidos, a pesar de su aspecto inofensivo; hombres ligeros, humildes y capaces de soportar el hambre, el frío, la suciedad y la humillación».

Lo contrario: «Hay sicofantes y validos que ambicionan la riqueza [...] y aquellos cuyo único deseo es aprovecharse de los periodos turbulentos para ampliar su poder personal [...] pueden provocar disensiones entre el soberano y sus ministros, de forma que no reine entre ellos un acuerdo perfecto».

En la guerra está casi todo inventado, pero solo nos acordamos de maniobras como atacar y defender sin llegar a entender que hoy la guerra es otra cosa y la ofensiva o la defensiva no están en los movimientos de las unidades, sino en el relato mediático que se traslada desde las redes informativas. El que mejor desinforma gana. El que juega con la verdad y la dice, pierde.

La guerra se juega entre cortinas, entre acciones y cotizaciones, valores convertibles en moneda, no intangibles, y haría falta para vencer un Hamlet que acabase con tanto Polonio y vigilar a los Pausanias que merodean por los palacios presidenciales.

«Por este motivo solamente el soberano esclarecido y el general de valía que sepan utilizar como agentes a las personas más inteligentes tendrán la certeza de realizar grandes cosas. Las operaciones secretas son esenciales en la guerra [...]. Un ejército sin agentes secretos es como un hombre sin ojos y sin oídos».

Así es la guerra de los espías informativos, la que hoy libramos.

«El hombre es un ser social cuya inteligencia exige para excitarse el rumor de la colmena». Lo repetiremos hasta la saciedad. Excitada está la colmena, pero no la inteligencia, que se ha fundido por exceso de información.

La nueva dimensión de la guerra está en pequeños grupos que forman colonias dispersas pero enlazadas por el zumbido de la inteligencia artificial. Enjambres inalcanzables, como pequeñas formaciones invisibles atadas a una red que las alimenta y excita para su continuidad y crecimiento. Es inteligencia social, artificial o no, pero domina una zona de sombras en la que se desarrolla la nueva estrategia de guerra con una nueva disciplina, hasta ahora desconocida, nueva jerarquía que nada tiene que ver con la autoridad, motivaciones muy técnicas, virtudes aún por definir, un nuevo mundo que hay que interpretar si queremos saber a qué guerra nos vamos a enfrentar y no perdernos en las ya pérdidas.

La nueva estructura que controlará todas las acciones posee principios y procedimientos desconocidos que modifican la acción y sus elementos clásicos (el hombre, el armamento y el material, el terreno y el ambiente) y por tanto sus efectos sobre el resultado de la contienda.

Son las redes estructuradas sin orden aparente ni control, con jerarquía o sin ella, autónomas o dependientes, caóticas o muy específicas, a las que une un solo motivo: la información, concepto que integra en él la desinformación o lo que algunos confunden con diversión. Falso o verdadero es lo mismo, difícil de interpretar y a la postre indiferente.

Son ejércitos nuevos, con sus reglas e iniciativas que no responden a nada de lo hasta ahora conocido para las formaciones de combate. Pero sin duda son las nuevas organizaciones en lucha que poseen el armamento más letal que la nueva guerra ha descubierto: la información, la

desinformación y la distancia (inalcanzables, invisibles). No pretenden alcanzar líneas en el terreno, su planeamiento no es una ciudad ni un río, una posición, sino quienes lo habitan o lo viven; su voluntad por las buenas o por las malas. Su objetivo es la sociedad, su pensamiento y su cultura, su consumo, imponer su religión desde el Evangelio que emite la red, la miel de su colmena. El hombre acaba de inventar la guerra sin bajas físicas, la ocupación sin botas en el terreno, solo falta una buena organización y el dominio del arma letal, del nuevo juguete de guerra: la comunicación.

Parece un caos imposible de dominar, pero es pura cuestión tecnológica que trata de crear enjambres que exciten la propia defensa contra la invasión reticular. Los nuevos caminos de la guerra no serán las carreteras ni las vías aéreas del tráfico de aviones, ni la superficie del mar, sino unos caminos paralelos a ellos, invisibles y reguladores de su tráfico. El enemigo avanzará junto a ti sin que tú lo veas; leerá tu mapa y sabrá el combustible que te queda y hasta el sueño y el hambre que te domina. Estarás en la red, dominado por el enjambre que actúa en pequeños grupos dispersos, invisibles pero notables y que son capaces de reagruparse en núcleos mayores. No conviene dejarse engañar por el ruido de los misiles, el silencio se encarga de hacer la guerra, está en marcha y nadie sabe tanto sobre ser invisible y atacar para delinquir como las redes organizadas. Solo es cuestión de servir al mejor postor cuando las bombas hacen su aparición.

El punto crítico de la guerra es la red, los enjambres que se alimentan de la energía, lo que es su punto débil: red o no red, depende de obtener el polen de las flores y que estas no se sequen. La desconexión o interrupción de cualquier sistema daría con la caída del enjambre. Siempre hay una dependencia inevitable y se debe estar preparado para la lucha contando con información o sin ella, con o sin energía.

El sol, el polvo y el viento puede que no detengan una operación, pero la excesiva dependencia de la tecnología sin tener la capacidad para actuar en su ausencia hace que la derrota sea inevitable. Una guerra se gana cuando no se es dependiente de nada y un guerrero basa su moral en su instrucción y adiestramiento para soportar las condiciones más severas y austeras. La tecnología debe ser asumida y explotada sin que en ella se base toda la victoria. Es un tener, un dominar, pero no dominante sobre toda la estructura de forma que la invalide su ausencia.

En estos momentos se lucha por el espacio electromagnético, cibernético, más por neutralizarlo que por su dominio. No hay nada nuevo que vaya a dar la victoria al dominio de uno de los campos de batalla, ni del espectro electromagnético ni del ciberespacio. Sin duda los aspectos doctrinales de los ejércitos deben ser revisados de acuerdo con lo que entendemos como guerra actual, aspectos nuevos y hasta ahora desconocidos, pero esto es algo que ha ocurrido siempre sin que jamás ello haya obligado a modificar a ningún ejército los aspectos morales que los conforman, su espíritu de lucha y su voluntad de vencer. ¿Cambiará esto también asumiendo los cánones de las organizaciones criminales?

La información y la desinformación hoy juegan un papel revolucionario gracias a la tecnología que nos hace avanzar por el camino del tiempo. Velocidad, agilidad, todo en el momento, más rápido que el rayo. Ganar al tiempo informado al momento, desinformar a cambio.

«Pues si el príncipe esclarecido y el general competente derrotan al enemigo cada vez que pasan a la acción, si sus hazañas se salen fuera de lo común, es gracias a la información previa».

Desde la nube del Olimpo los dioses dirigen la batalla y apoyan a unos o a los otros, informan, mienten, lanzan sus flechas, violentan a la naturaleza, lo ven y lo manipulan todo. Verlo todo sin mirar nada, saberlo todo en el momento, entenderlo y actuar, impulsar en un sentido u otro, engañar, introducir el caos en la información. No es nada nuevo, lo sabemos y aceptamos como el inevitable azar, lo impredecible de la guerra donde «la mayor parte de sus noticias son falsas y

la timidez de los hombres hace de la mentira una nueva fuerza».

«En la naturaleza no se da ninguna cosa singular sin que se dé otra más poderosa y más fuerte. Dada una cosa cualquiera, se da otra más potente por la que aquella puede ser destruida» (Spinoza).

¿Por qué tenemos miedo? ¿Guerra atómica o cibernética? Lo atómico es conocido: destrucción total. Se busca una alternativa al arma nuclear, dominio sin devastación, y el poder de la tecnología está muy cerca de alcanzar la posible guerra teledirigida como si fuese un enorme juego entre pantallas. El ciberespacio es una dimensión desconocida, tanto como las aguas abisales, pero con la diferencia de que aquí solo hay monstruos que parecen inofensivos mientras allí te puedes encontrar a cualquiera, con diferentes apariencias y capacidades y no todas buenas. En el espacio nadie sabe muy bien lo que sucede ni sucederá, pero todos sabemos que en ese lugar los nuevos dioses intervendrán en la batalla de manera distinta a lo conocido hasta ahora, aunque ya lo fuese miles de años antes de nuestra era. No hay exclusividad en ese espacio abierto a todos y hasta el más humilde tiene libertad para moverse y acercarse al Olimpo a enamorarse de una diosa que le acepte.

Pero no creamos que el futuro de la guerra dependa y se base exclusivamente en la guerra en la red y que la polemología se vea afectada de manera que cambie el estudio de la guerra. No creemos que haya una nueva estrategia o táctica que destierre definitivamente todos los tratados militares escritos hasta ahora, ni que el arte de la guerra desaparezca. Solo ha aparecido una nueva dimensión que será superada por otra en breve tiempo.

El único fenómeno que puede acabar con la guerra ya existe y es de tal naturaleza que acabará con la especie humana, y lo perseguimos tanto que parece posible que ocurra. Es el poder de la energía en sus muchas facetas, algunas aún sin descubrir. Mientras tanto el hombre no ha cambiado su postura ante la guerra: el engaño. Para ello hoy utiliza la información y la desinformación, la sobreabundancia de datos y el control del pensamiento a través de la religión que se imparte desde el nuevo cielo llamado nube. No será definitivo, la guerra seguirá su curso con la introducción de nuevos aspectos cada vez más silenciosos, pero con mayor poder de destrucción. Solo unos pocos saben la verdad de lo que hay y puede haber, pero esos profetas guardan silencio.

«La proliferación de desinformación y noticias falsas distribuidas de forma masiva busca manipular la percepción del ciudadano para orientarla a favor de intereses de terceros divergentes de los propios».

10. LO CIBERNÉTICO

«Un discípulo preguntó a Confucio:

»—Si un rey fuese a confiarte un territorio que pudieras gobernar conforme a tus ideas, ¿qué es lo primero que harías?

»—Mi primera tarea sería sin duda rectificar los nombres.

»—¿Rectificar los nombres, tu primera prioridad?

»—Si los nombres no son correctos, si no están a la altura de las realidades, el lenguaje no tiene objeto. Si el lenguaje no tiene objeto, la acción se vuelve imposible y, por ello, todos los asuntos humanos se desintegran y su gobierno se vuelve sin sentido e imposible. De aquí que la primera tarea de un verdadero estadista sea rectificar los nombres» (Confucio, *Analectas*).

En la guerra del futuro se introducirán nuevos términos, un lenguaje desconocido, la palabra y su significado serán miembros activos y determinantes de la guerra, en inglés por supuesto. Todo el lenguaje utilizado por Occidente en la guerra actual y su nuevo diseño se impregna conceptualmente del mundo anglosajón, lo que choca con la cultura más antigua de la guerra.

Todos los sistemas de mando y control, organización, despliegues y procedimientos son de escuela estadounidense y Europa es un desierto de ideas para la guerra, lo que rompe una larga tradición sin entender otras razones que el escaso interés intelectual y la falta de apoyo de las administraciones europeas para fomentar una auténtica cultura de defensa que hunda sus raíces en la historia.

Las guerras tienen sus formas y procedimientos muy anclados en una tradición que hasta las armas han dado personalidad. La palabra es fiel reflejo de los diseños y solo recurriendo a los idiomas matemáticos podemos entendernos, pero estos no están al alcance de todos. Conocer los idiomas no significa conocernos, de ahí la importancia del entendimiento estratégico y sobre todo el táctico. Europa, pionera del arte de la guerra y conocedora de sus brillantes tácticas y procedimientos de combate, se queda anclada en una incomprensible lasitud que tendrá sus consecuencias. Es difícil entenderse en este idioma actual de guerra con procedimientos vulnerables y rígidos que apaga la brillantez de los generales, ahora simples piezas de un desarrollo bélico que responde a un algoritmo y donde las iniciativas y el componente artístico han quedado anulados, cuando no prohibidos.

Ciber- es un prefijo que indica relación con redes informáticas. De ahí puede generarse cualquier cosa y sobre todo el nacimiento de un nuevo lenguaje que atrapa tanto al que sabe cómo al que no sabe, pero parte de un hecho tan cierto como es lo indescifrable de su contenido: su relación con una red que atrapa todo y a todos y en la que la única manera de escapar de ella es no formar parte de su enredado sistema, algo imposible, ya que no hay acción humana, incluso vital, que te permita vivir lejos del alcance de la telaraña.

Ciberespacio, ciberguerra, cibernético, y en fin tantos nuevos términos que incluso aparece el muy preocupante *cíborg* ya definido por nuestra guía del lenguaje: «Ser formado por materia viva y dispositivos electrónicos». Miedo da, aunque ya nos vamos acostumbrando a ello con los héroes de leyenda que nos muestran sus poderes desde que somos niños y pasan a formar parte

de nuestras vidas.

En los centros nacionales de inteligencia de las naciones más avanzadas suele haber una sección dedicada a leer y estudiar todas las armas que a los creadores de los comics o directores de películas se les ocurren, desde las que aparecen en *La guerra de las galaxias* a lo que sucede en la central nuclear de los Simpson.

Supermán ya no es un mito y cada vez nos acercamos más a sus superpoderes, ya que todo lo que la mente humana puede pensar es realizable de una u otra manera. Hay que estar vigilante porque la imaginación juega con los acontecimientos de manera infantil hasta que se convierten en una realidad que traspasa el juego tomando como base el dibujo inocente de las armas más inimaginables.

El lenguaje impregna el acto de guerra. En la red de combate se utiliza un nuevo lenguaje que poco tiene que ver con los reglamentos militares de formaciones, tácticas y despliegues. Sin conexión reticular no hay guerra.

Para poder operar con unidades de combate —ya es mañana y el futuro es hoy—, en igualdad de condiciones y en los cortos plazos de tiempo exigidos en el mundo político y social, son necesarios unos ejércitos plenamente interoperables mediante sistemas de capacidades tipo *Plug and Play* (conectar y operar), es decir que los sistemas de mando y control se conecten con seguridad, rapidez y entendimiento, algo que lastra actualmente muchas de las capacidades de las alianzas.

¿Conectarse a qué?

Ya hemos dicho que el futuro que los pensadores de la guerra prevén no lo protagonizan el hombre ni la máquina, sino un sistema de combate integral en el que todo el conjunto será mitad hombre, mitad máquina, ni lo uno ni lo otro, pero inseparables, ambos unidos y obligados, al servicio de la tecnología. El campo de batalla se hará incontrolable sin la cooperación y coordinación de las máquinas inteligentes junto a la capacidad de control del hombre, ya que a su compleja amplitud espacial se añade el misterioso campo aún sin descubrir de la técnica matemática y de la física que ahondan en mundos desconocidos que no son únicamente el electromagnético o cibernético. Hay campos en proceso de investigación que van más allá y que puede que después de que se produzca la inevitable próxima guerra alguien nos explique, algo que nos recuerda que la poderosa tecnología puede hacer que David venza a Goliath siendo más débil, porque dispondrá de un proyectil certero que manejado desde la distancia produzca los mismos efectos que la piedra salida de la honda que dejó ciego al poderoso.

¿Conoceremos a nuevos guerreros como Aquiles o los elementales hoplitas, o serán sustituidos por Batman o por cualquiera de los héroes de Stanley Martin Lee?

El pasado se hace presente y la guerra no deja de ser un mirar atrás, a las épicas lecturas donde los héroes encarnaban las virtudes soñadas por el imaginario colectivo que han sido trasladadas por la literatura hasta nuestros días, con la más absoluta de las añoranzas.

En la ancestral lucha el hombre se amparaba en los dioses del Olimpo ahora escondidos en lo que hemos bautizado como nube, donde guardan todos nuestros secretos. Allí se llevaba a cabo una verdadera lucha de intereses alrededor de Zeus, al que le costaba gran esfuerzo controlar y dar al viento su medida sin molestar al mar ni a la tierra.

De nuevo ofrendamos sacrificios en las conexiones que nos ponen en contacto con las deidades del poder que manejan los procedimientos de la guerra. Conectar y operar en su frecuencia.

Plug and Play es el nuevo «orden cerrado» de la guerra que permite disciplinar y controlar el poder y dar distancia a la guerra, alejarse de los frentes de combate para conseguir los mismos

resultados destructores sin necesidad de recurrir al cuerpo a cuerpo de las unidades enfrentadas. Desde la lejanía se puede hacer la guerra a través de la ayuda de los dioses enredados.

Los desconocidos campos en los que se mueve la ciencia de la guerra pueden sorprender en cualquier momento con la aparición de nuevas armas. Una nube que nos envuelve, un sueño repentino, la niebla que nos cubre, los cantos de una sirena... Existe un intento mayoritario de buscar la alternativa que permita hacer la guerra sin el temor nuclear, que permita continuar con el enfrentamiento armado más melifluo en apariencia y para ello se hacen pruebas en los llamados conflictos de baja intensidad o asimétricos o cualquier otro eufemismo con los que se bautiza a la guerra. Irán creciendo en amplitud y tiempo hasta que estén probadas las nuevas armas inteligentes que pueden hacer ellas mismas la guerra en la distancia y alcanzar el mismo poder de destrucción que las nucleares, pero con la ventaja de no herir tanto las sensibilidades y poder ocupar las zonas destruidas para iniciar el proceso de reconstrucción sin los riesgos que supone una zona contaminada. El arma nuclear deja huellas imborrables durante generaciones y sus efectos han sido una narrativa excelente para detener el enfrentamiento, lo que podría no ser del gusto de todos.

La superioridad tecnológica es un arma inigualable que afecta de manera decisiva a cualquier forma de enfrentamiento y esa diferencia no es en cantidad, sino en la calidad de las armas de precisión y en la formación de los hombres. La información y la comunicación diseñada, la aparición de nuevos ingenios guiados desde la distancia, más precisos y puntuales, de efectos controlables, los sistemas de drones y robots, son la moda guerrera aún en desarrollo.

Los campos de batalla no tienen límites definidos, se llenan de sistemas no tripulados y entre los que han revolucionado los despliegues y las defensas con mayor incertidumbre han sido las aeronaves pilotadas por control remoto. Adoptan distintas denominaciones como Sistemas aéreos pilotados remotamente (RPAS) en España, o en el entorno OTAN utilizan la denominación Unnamed Combat Aerial System/Vehicles (UAS) y Unmanned Combat Aerial Vehicle (UACV). Armas sin duda letales y que están llamadas a crear una nueva estructura en los despliegues de las unidades, de sus materiales acorazados y del apoyo logístico. Parece un afán de hacer la guerra sin despliegues de unidades, una guerra virtual que mata tanto como la real. Los cuarteles generales donde se concibe y decide la maniobra se verán afectados de manera especial por estas armas que los tendrán como objetivo prioritario.

Indudable es la necesidad de regular el empleo de estas novedosas armas cuya legalidad y legitimidad está en entredicho, pero que no admite la más mínima duda de que son y serán protagonistas en la batalla en sus múltiples formas y usos. Una vez iniciado el conflicto se cuestiona como siempre el *ius ad bellum* y el *ius in bello*, su utilización dentro de las leyes y usos de la guerra, pero será una simple cuestión formal. Se impondrán, aunque el tema es trascendente desde el momento en que las distintas modalidades de las nuevas armas no son conducidas solo por el elemento militar, sino que hoy las unidades encuadran sistemas completos de personal ajeno a la formación militar, aunque actúe bajo su mando, lo que de alguna manera ha sido definido como «soldados no regulares». Un ejército abarca elementos que en principio pueden serle ajenos, con disciplinas diferentes y por ello el mando se hace difícil y cambiante sin la necesidad de su presencia y protagonismo entre las tropas, algo de difícil asimilación por la parte humana del conflicto.

La guerra en estas aéreas y con estos nuevos sistemas espera una respuesta al ver el contraste que existe con la clásica concepción del mando, del arte de la guerra, que ahora con los nuevos diseños puede tener un recorrido nuevo y un dios de la guerra distinto a los clásicos conocidos. Los sistemas de mando y control se hacen muy complejos y se suma la gran dificultad de

determinar en cada caso quién ostenta el mando o si este está fraccionado en función de las redes y los nodos que conforman el sistema. La capacidad de iniciativa es una de las claves del futuro de la guerra, pero un exceso de descentralización del mando y responsabilidad pueden acabar generando un riesgo evidente: hacer la guerra cada uno por su cuenta y traer el caos en la red. Encontrar la disciplina en redes es difícil de lograr porque va en contra de su esencia y quizá eficacia.

La teoría de pocas fuerzas, grandes resultados es una búsqueda constante de los generales que debe proteger por encima de todo el valor más sensible que ponen bajo su mando: los hombres. Ello ha llevado desde los remotos tiempos a buscar la forma de hacer más daño a mayor distancia, alejarse del adversario, pero dañarle más e inutilizar su poder.

Homero era ciego, lo que no impidió que viese el futuro.

En la guerra el estudio y la presencia de la historia en cada paso que se emprende es una de las virtudes que deben guiar al general y cualquiera que lo haya hecho aceptará la comparación de estas nuevas armas con las primeras crónicas de una acción armada, la *Ilíada*, en su canto primero:

¡Óyeme, tú que llevas el arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, e imperas en Ténedos poderosamente! ¡Oh Esminteo! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas!

Así dijo rogando. Oyólo Febo Apolo, e irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando empezó a moverse. Iba parecido a la noche. Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha, y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al principio, el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; más luego dirigió sus amargas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.

Durante nueve días volaron sobre el ejército las flechas del dios. En el décimo Aquiles convocó al pueblo al ágora; se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los niveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir...

Durante nueve días volaron sobre el ejército las flechas, como si fuesen sistemas aéreos dirigidos remotamente, como drones o munición controlada desde la lejanía, desde la nube o el ciberespacio donde se alojan los nuevos dioses. Aquella desconocida arma, la más remota de los combatientes, actuaba a distancia, pero hubo que llegar al enfrentamiento personal porque a la voluntad de un dios siempre se opone la de otro, y a un ingenio le surge el contrario, al final son el valor, la disciplina y la organización, junto al ingenio y la prudencia del general, los que llevan a la victoria o derrota, y la guerra, como antaño, tendrá que resolverse con la espada; o más allá la lanza. Si de otra manera acaba será para mal y no sería el final de una guerra, sino el de toda guerra.

La aparición y precisión de las nuevas armas lleva a controlar mejor los espacios de batalla y se acerca al expuesto deseo político de que las intervenciones sean melifluas y con escasas bajas, y que por tanto el riesgo de la crítica a la política de intervención y el uso de armas de gran desarrollo técnico sea mínimo e incluso tal línea sea aplaudida. Querer hacer una guerra sin guerra parece un intento político actual que busca un escalón intermedio entre el conflicto político y su continuidad, su resolución sin grandes voces críticas, como si hubiese aparecido un posible y nuevo paso intermedio entre la paz y la guerra, ese que recibe diferentes denominaciones como ya hemos expuesto y en el que intervienen las nuevas tecnologías penetrando la perspectiva social a través de las redes y de la información o la desinformación, y siempre transformando la realidad al alejar a los ciudadanos de la guerra o cambiar su precepción negativa, ocultando las escenas de muerte y desolación. Así las denominaciones de híbridas,

zonas grises, o guerras virtuales que se ofrecen como lejanas y sin repercusiones son ensayos donde las nuevas técnicas junto a lo mediático se ponen a prueba.

En cuanto la realidad desmiente toda la información enviada los ejércitos de todo el mundo analizan las consecuencias y crean nuevas doctrinas y procedimientos. Parece que el mayor temor a la guerra es más por las opiniones que genera y las dificultades de abastecimiento que provoca en la población, lo que deja a los políticos en muy mal lugar, que por las consecuencias de vida o muerte que provoca.

La guerra no es un juego de pantallas y aun en estos tiempos de soberbia tecnológica no es posible hacerla sin sacrificio, no se debe eludir el mayor de ellos y esconder sus consecuencias. La percepción que parte de la sociedad tiene de la guerra es cinematográfica, capítulos de una serie televisiva, y debe ser eliminada de nuestras conciencias porque mientras la posibilidad de una guerra exista, los movilizados y reclutados en su caso serán muchos y de una mayor amplitud en edades y cometidos que lo eran antes. No se resolverá todo en las pantallas, sino que los clásicos enfrentamientos de guerra estarán presentes y las formaciones de soldados, más dispersas y aisladas, vivirán la incertidumbre del campo de batalla, que llegará a las grandes urbes en forma de destrucción de infraestructuras y desabastecimientos. La guerra de siempre convivirá con la de ahora, que puede acabar con la del futuro.

Para ello es necesario, diría que urgente, recuperar en la sociedad los valores tradicionales que llevan al sacrificio; la guerra tecnológica no nos va a alejar de la realidad y sus consecuencias, inevitables, porque las distancias en la guerra empiezan siendo grandes, pero se van acortando hasta llegar al cuerpo a cuerpo y eso ya no ocurre en los campos de batalla, que lo son todo, sino en la puerta de nuestras casas.

Mejor estar preparado y aceptar el puesto que a cada uno corresponde, ya que toda la sociedad participa ahora en esta representación teatral, en esta moderna tragedia que hoy es presente y futuro.

Se acabó el arte de la guerra. Ahora se trata de buscar el arma que sea definitiva para quebrar la voluntad del enemigo y esta está en la mente de los científicos y técnicos. Los generales pueden ir quitándose el uniforme o esperar, que podría ser, su momento cuando no quede otra cosa que el cuerpo a cuerpo, fusil y bayoneta.

REFLEXIONES FINALES SOBRE EL ARTE DE LA GUERRA

Al hablar de la guerra es muy difícil abstraerse de los trece capítulos de *El arte de la guerra*, muy confundidos por manipulados pero tan actuales que son y, a lo que parece, serán imprescindible manual de guerra hasta que dure esta como arte y ciencia. Dejaremos de recurrir a su lectura el día que la ciencia acabe con el arte y en ese camino estamos, pero a día de hoy *El arte de la guerra* de Sun Tzu es como la roca impertérrita de la pétrea Escila.

Su actualidad no es la guerra, sino quién la hace y por qué la hace, el corazón del hombre para después de visto su origen entender cómo debe hacerse uso de la inteligencia, del arte, es decir, nos explica que hacer la guerra es evitar la guerra, o algo mejor y por lo tanto incomprensible para una gran mayoría: ganarla sin el hecho guerrero en sí, sin desenvainar la espada. Sabiduría. Una enseñanza nunca aprehendida, por ahora.

La gran virtud del tratadista, del guerrero filósofo, del maestro de armas, no está en hablar de la guerra como arte y darnos las claves para su victoria, sino dirigirse a la comprensión del interior del hombre para hacerle pensar por él mismo en esa actividad diaria que era y es la guerra en la que introduce unas normas éticas para la victoria sin olvidar la derrota. Ambas son un arte de difícil asimilación.

Desde que se escribió *El arte de la guerra* las variaciones sobre el tema han sido puntuales y ninguna ha profundizado más allá, aunque la filosofía ha sido la única disciplina que ha hecho serios intentos de adentrarse en interioridades de ese episodio enraizado en lo profundo del hombre.

Encontramos de nuevo la sabiduría entre los griegos y romanos que elevaron la guerra a su cénit artístico como inevitable deambular de los hombres entre guerras. Después, las academias militares se cerraron a la sabiduría guerrera para impartir conocimientos demasiado prácticos, muy técnicos y de inmediata rentabilidad, donde no se han encontrado los maestros de referencia de la estrategia ni de la táctica.

Toda la referencia se inicia en la *Ilíada*, obra de arte de la sabiduría, una biblioteca entera de la vida, guerrera o no; Sun Tzu, si existió, no parece que la tuviese como fuente pero ahonda en su filosofía, práctica sin duda, y existen puntos en común en referencias a esos valores intangibles de la patria, el valor del honor y el valor, llenos de recomendaciones hacia la dignidad de la entrega y el sacrificio bajo el catalizador de la prudencia, «pues el necio solo conoce el mal cuando ya está hecho».

Pasó mucho tiempo sin historia ni filosofía guerrera hasta el gran Alejandro, héroe que trajo un cambio de época en lo político y en lo militar, en el mundo conocido y, sigue siendo, cada día más, un ejemplo pleno de poder y expansión, necesario para estudiar y sacar conclusiones.

Volvió a pasar el tiempo hasta que en la historia del mundo se impone Roma, clave en todos los aspectos, y origen de gran parte de lo que hoy somos. Pero ya veníamos de los griegos, que nos enseñaron que la sintaxis es «la orden de la tropa para entrar en combate». En lo militar y en tantas cosas otras, la vida, nuestros hermanos mayores fueron los griegos.

Habrà que esperar a los siglos xv y xvi para volver a recapacitar sobre los guerreros y el arte.

Maquiavelo, más allá de los historiadores, abre el zum de la cámara para que su tratado *El arte de la guerra* lo abarque todo, desde lo pequeño a lo grande. Luego vendrán muchos más, pero el eco de la guerra se perderá en la descripción de las batallas, en la estrategia y las tácticas, lo que empobrece el sentido más profundo de sus razones.

Esconden la guerra en relatos de batallas, repetitivas, del terreno, de las fuerzas en presencia, de las distintas formaciones y movimientos, del fuego y del choque, armisticios y tratados de paz incumplidos, pero la guerra no se nombra, pasea entre banderas sin pronunciarse, ajena a todo, ella, entre silenciosas carcajadas, sigue su camino y atrás queda lo antiguo en la tierra arrasada. Volverá.

Primera y segunda guerras mundiales, grandes enfrentamientos ya olvidados, quedan en los libros de batallas, número de muertos, genocidios y campos de muerte. Numeradas las guerras en ordinales sin orden, porque la guerra como la concibió Sun Tzu ha terminado.

De la nueva habló Clausewitz, anunció el horror que nos esperaba y señaló: destrucción total.

Llegó así su final, no será porque no estábamos avisados.

Alejandro Magno emprendió una guerra de conquista del terreno. Era mundial, pero civilizada y acabó por asumir otra cultura y unir culturas que eran civilizaciones distintas que se rechazaban. Era griego y quiso ser persa, ser amo de un solo mundo, fundir el mundo en uno; y la guerra la utilizó como instrumento.

Ahora todo se acabó: después de Hiroshima intuimos el paso siguiente.

Ya no es guerra, ni es arte, es destrucción sin que haya una razón para meditar.

Guerras locales, guerras híbridas, asimétricas, zonas grises, guerra cibernética, terrorismo, ¿qué más? Preludio de incertidumbre, desconocimiento del final al que caminamos sin remedio porque conforme la inteligencia aumenta disminuye la sabiduría. La disuasión pasa a ser una broma de mal gusto, un débil muro que la fuerza del torrente romperá sin saber a ciencia cierta si habrá otro muro de contención para lo que acaba por penetrar sin que haya quien lo detenga.

La guerra terminó y con ello el arte. Todas las guerras, todo el arte. La ciencia y la técnica acabaron con ella. Lo de hoy es otra cosa amenazante que habrá que analizar antes. ¿O después? Mejor antes de que estalle, porque no habrá después.

«Con la alegría de superar las dificultades el pueblo olvida el riesgo de la muerte» (Ovidio, *Las metamorfosis*, citado en *El arte de la guerra* de Sun Tzu).

Lo peor no es acabar con la guerra, sino con todo.

«La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo». La creación. Génesis, origen y principio o serie encadenada de hechos y de causas que conducen a un resultado. Caín atacó a su hermano... «porque polvo eres y en polvo te has de convertir».

Es necesario ver la evolución del pensamiento de la guerra desde los remotos tiempos hasta nuestros días. Los cambios han sido mínimos en el ser humano, en cuya evolución guerrera se ha limitado a adaptarse a las armas de destrucción que ha ido inventando para matar más y más lejos, como si no fuese la cosa con él, sino con ese enemigo al que mata pero no quiere ver morir.

La guerra, tal y como la conocíamos, ha terminado. No sabemos, ni siquiera intuimos, qué es lo que nos depara este final de guerra.

Hemos pretendido ofrecer una visión de futuro mirando el pasado, pero esta nueva religión no tiene profetas, sino aves de mal agüero que esperan ante el escenario a que se eche el telón.

No queda tiempo: «Tres son los tiempos, presente de las cosas pasadas, presente de las presentes y presente de las futuras» (San Agustín).

No queda duda de que la guerra sigue presente y cuando no esté será pasado el tiempo, su

final.

Así, y antes de que lleguemos tarde haré un resumen de estas torpes palabras y como ya esto mismo fue reflexionado y escrito hace muchos, muchos años, y nada ha cambiado, que todo es presente, permítanme que me sirva de los que han sido compañeros de mis reflexiones en estos días de guerra con el atosigante papel en blanco.

Desde Sun Tzu, después por Flavio Vegecio y más tarde Maquiavelo se han ido repitiendo conceptos que quedan en *El arte de la guerra* del primero, *Máximas generales de la guerra* en el segundo y *Reglas generales* en el tercero.

Es muy llamativo ver cómo siendo personajes de tiempos muy distintos, de culturas que nada tenían que ver, muy distanciados, escriben lo mismo, transmiten las mismas ideas y parecen haberse leído, al menos han entendido juntos este acontecer que nos ha ocupado: la guerra.

Entre Vegecio y Maquiavelo la similitud llega a ser sorprendente y podemos leer máximas o reglas que literalmente dicen lo mismo. Puede que Maquiavelo leyese a Vegecio, aunque en el prólogo de la edición del *Epítome* del romano editada por el Ministerio de Defensa de España diga que «*El libro dell'arte de la guerra*, de Maquiavelo, se nutre fundamentalmente (Florencia 1521) del de Justus Lipsius, *De militia romana*, que lleva el expresivo subtítulo de *Commentarius ad Polybium*», algo imposible y que queda demostrado solo con ver las fechas de vida y muerte de Maquiavelo y la hipótesis Lipsius.

Lo que parece más probables es que Maquiavelo leyese a Vegecio, cuya obra fue muy popular hasta la Edad Media, aunque tampoco es descartable lo expuesto por Corrado Vivanti: «*Il riferimento è soprattutto a Flavio Renato Vegezio, vis suto nel iv secolo, che per ordine dell'imperatore Teodosio compose una Epitoma institutorum rei militaris, compendiando brani di precedenti autori di trattati bellici. A quest'opera, che ebbe varie edizioni a stampa fin dal Quattrocento, si ispiraro no anche altri scrittori dei tempi...*».

Lo que nos indica la posibilidad de que Maquiavelo pueda haber bebido de las mismas fuentes que Vegecio y sus *Reglas generales* pueda haberlas extraído de los mismos autores que Vegecio recopila en su *Epítome*.

La similitud es patente y para comprobarlo, por ser de máximo interés, quedan reflejadas a continuación. Saquen ustedes sus conclusiones.

12. MÁXIMAS GENERALES DE LA GUERRA*

Flavio Vegecio

En todas las batallas sucede que todo lo que os favorece daña al enemigo, y lo que a este aprovecha os perjudica siempre. Así nunca os debéis poner en la precisión de hacer lo que él desea, sino obrar según os conviene, porque os dañaréis a vos mismo si imitáis las operaciones que el enemigo haga por su parte; y si quisiere imitar las vuestras las hará más eficaces contra sí.

- Cuanto mayor cuidado pongáis en las guardias y en entrenar vuestras tropas, tanto menos riesgo correréis en la guerra.
- Guardaos de llevar a la batalla al soldado que no tengáis experimentado.
- Es más seguro atacar al enemigo por sorpresa, quitándole la subsistencia o inspirándole miedo, que no en una batalla campal en que la casualidad suele tener más parte que el valor.
- No hay proyectos más acertados que los que ignora el enemigo hasta que los pongáis en ejecución.
- En la guerra vale más saber aprovechar la ocasión que esperar todo del valor.
- Os servirán de mucho los desertores del enemigo que supiereis atraer, como se pasan a vuestro ejército de buena fe, pues le dañan más que la mortandad.
- Más útil es multiplicar los cuerpos de reserva que extender el frente de la batalla.
- Es difícil de vencer al que acierta a formar concepto de sus fuerzas y de las del enemigo.
- Más vale el valor que la muchedumbre.
- La buena elección del terreno suele ser más útil que la fuerza. Nacen pocos hombres fuertes, pero la disciplina forma muchos.
- Un ejército se fortalece con el trabajo y se destruye con el ocio.
- No os expongáis jamás a entablar batalla mientras no veáis que el soldado espera conseguir la victoria.
- Las operaciones nuevas atemorizan al enemigo y no le hacen ningún daño las que conoce.
- Si después de haber vencido al enemigo siguiereis desordenadamente su alcance, le daréis así la victoria que hayáis conseguido.
- A un general que no cuidó de asegurar los víveres se le destruye sin pelear.
- El que fuere superior en número y fuerzas al enemigo debe formar su ejército en batalla en cuadrilongo, que es la primera formación.
- El que se conoce inferior ataque a su enemigo con el ala derecha, que es el segundo modo.
- El que conociere que su ala izquierda es la más fuerte, ataque con ella la derecha de su enemigo, que es el tercer modo.
- El que tiene soldados valerosos y muy aguerridos debe empezar el ataque por las dos alas, que es el cuarto modo.
- El que tiene tropas ligeras muy sobresalientes debe atacar al enemigo por las dos alas, reforzando el centro de su formación con los ferentarios, que es el quinto modo.

- El que no tiene ventajas sobre el enemigo ni en el número ni en las fuerzas, si se viere obligado a pelear ha de formar el ataque por la izquierda del enemigo, formando lo restante de sus tropas en figura de la letra L, que es el sexto modo.
- El ejército que tuviere menos tropas y menos fuertes procurará apoyar una de sus alas en un monte, una plaza, el mar, o un río, que es el séptimo modo.
- El que tiene su confianza en la caballería debe buscar parajes donde se pueda manejar, y debe servirse mucho de ella.
- Si en el campo hubiere algún espía de los enemigos, mandaréis, en cuanto sea de día, que todos los soldados entren en sus tiendas y luego le descubriréis.
- Cuando conociereis que el enemigo está informado de lo que queréis intentar, cambiaréis de proyecto.
- Lo que debiereis hacer tratadlo con muchos, lo que pongáis en ejecución, con pocos, y estos, muy fieles; y lo más acertado, con nadie.
- El castigo y el temor corrigen al soldado en los cuarteles; y en las expediciones, la esperanza y el premio le mejoran.
- Los grandes generales nunca dan batalla, sino cuando les invita la ocasión o los obliga la necesidad.
- Es gran máxima la de un general que quiere más destruir al enemigo por hambre que a fuerza de armas.
- Muchos preceptos podríamos dar para la caballería, pero como ella parte de la milicia se ha perfeccionado en nuestros tiempos por lo tocante al modo de formarla, armarla y montarla; me parece que de poca utilidad nos puede servir lo que sobre esto hallamos en los libros cuando nos basta la actual disciplina.
- Deberéis ocultar al enemigo el orden de batalla que quisierais usar, para que no tenga tiempo de prevenirse.

Este es, señor, el compendio de los preceptos que hallamos en los mejores autores que escribieron del arte militar, practicado en varios tiempos y confirmado con la experiencia. El persa admira vuestra destreza en disparar flechas; los hunos y los alanos intentan en vano imitar el manejo y garbo con que gobernáis un caballo; ni el indio ni el sarraceno os igualan en la ligereza que mostráis en la carrera; los maestros de esgrima tienen a gran dicha el comprender al menos alguna parte de lo que os ven ejecutar. Dichosa V. M. si a tan nobles ejercicios une la ciencia de pelear, o por mejor decir, el arte de vencer, para que todo el Imperio admire en su persona el raro y feliz conjunto de las partidas de un soldado diestro, con las de un gran general.

Maquiavelo

Os he hablado de muchas cosas que seguramente conocíais por vuestros propios estudios; lo he hecho, como ya os lo anuncié, para demostrar mejor con ellas las condiciones de las reformas en el arte militar y para que utilicen estas observaciones quienes no tengan los medios de instrucción que vosotros. Réstame solo dar algunas reglas generales que nunca deben olvidarse. Son las siguientes:

- Cuanto aprovecha al enemigo os perjudica, y viceversa.
- El que atienda más en la guerra a vigilar los intentos del enemigo y sea más constante en amaestrar su ejército, incurrirá en menos peligros, y con mejor fundamento esperará la

victoria.

- No llevéis jamás vuestras tropas al combate sino después de averiguar sus disposiciones y comprender que van sin miedo y bien organizadas. No las comprometáis en una acción sino cuando tengan la esperanza de vencer.
- Vale más vencer al enemigo por hambre que con las armas: el éxito de estas depende más de la fortuna que del valor.
- Las mejores resoluciones son las que permanecen ocultas al enemigo hasta el momento de ejecutarlas.
- Lo más útil en la guerra es conocer las ocasiones y saberlas aprovechar.
- La naturaleza hace menos hombres valientes que la educación y el ejercicio. Vale más en la guerra la disciplina que la impetuosidad.
- Los que se pasan del campo contrario al vuestro, si permanecen fieles, son una gran conquista, porque la fuerza del enemigo disminuye más por la pérdida de los que huyen que por la de los que mueren, aunque el nombre de tráfuga sea sospechoso entre quienes le reciben y odioso para los que deja.
- Cuando se ordena un ejército en batalla, vale más tener detrás de la primera línea bastantes reservas, que desparramar las tropas por aumentar el frente de combate.
- Difícilmente es vencido quien sabe conocer sus fuerzas y las del enemigo.
- Respecto a los soldados, vale más el valor que el número, y a veces aprovecha más la posición favorable que el valor.
- Las cosas nuevas y repentinas asustan a los ejércitos: las ordinarias y lentas se estiman poco. Cuando el enemigo es nuevo conviene que vuestras tropas le conozcan por medio de algunas escaramuzas antes de empezar una batalla decisiva.
- El que persiga desordenadamente al enemigo, después de derrotado, es porque quiere convertirse de victorioso en vencido.
- Quien no prepare las provisiones necesarias de víveres, será vencido sin pelear.
- Es preciso escoger el campo de batalla según se tenga más confianza en la caballería que en la infantería, o viceversa.
- Cuando quieras saber si ha penetrado algún espía en el campamento, ordena entrar a todos en sus tiendas.
- Cambia tus disposiciones cuando adviertas que el enemigo las ha previsto.
- Aconséjate de muchos respecto a lo que debes hacer, y de pocos en lo que quieras hacer.
- El orden en los ejércitos se mantiene durante la paz con el temor y el castigo, y en la guerra con la esperanza y los premios.
- Los buenos generales solo dan batallas cuando la necesidad les obliga o la ocasión les llama.
- Procurad que el enemigo no sepa vuestro orden de batalla, y cualquiera que este sea, haced que la primera línea pueda refugiarse en la segunda y esta en la tercera.
- Durante la lucha, no ordenéis a un batallón otra cosa que aquello a que está destinado, porque esto produce incertidumbre y desorden.
- Los accidentes imprevistos se remedian con dificultad, los previstos fácilmente.
- Los hombres, las armas, el dinero y el pan son el nervio de la guerra; pero de estos cuatro elementos, los más necesarios son los dos primeros, porque los hombres y las armas encuentran el dinero y el pan; pero el pan y el dinero no encuentran armas y soldados.
- El rico desarmado es la recompensa del soldado pobre.
- Acostumbrad a vuestros soldados a despreciar las comidas delicadas y los trajes lujosos.

Tales son las máximas generales que me ocurre recordaros. Hubiera podido dar más desarrollo a estas explicaciones hablándoos de los diferentes modos de organizar los ejércitos en la Antigüedad, de la manera de vestirlos y de las cosas en que les ejercitaban, y añadir muchos detalles que no he juzgado necesario narrar, porque los sabréis sin que yo os los diga, y porque mi propósito no era explicar la organización de los ejércitos antiguos, sino la manera de tener ahora milicias mucho mejores que las que se usan; por eso no he hablado de las instituciones antiguas más que lo necesario para explicar las que propongo.

Sun Tzu

Sin que haya una similitud tan literal en ambas obras en *El arte de la guerra* de Sun Tzu las referencias a muchos de los puntos dados como máximas o reglas aparecen con mucha frecuencia en los trece capítulos.

El trato a las gentes con bondad y depositando en ellas la confianza, así como el reparto de justicia con los premios y los castigos; la autoridad del general y sus cualidades, al que viene a llamar el Respetado; el valor es constantemente tratado en su libro así como los preparativos antes del ataque. El objetivo de la guerra, la maniobra, la logística, los efectivos, las virtudes y puntos críticos de la guerra, la iniciativa, de los espías.

La densidad del libro de Sun Tzu es grande y no envejecen sus máximas para la guerra que se han mantenido en joyas para adornar este difícil arte de la guerra.

«Averigua, pues, los planes del enemigo y sabrás qué estrategia será eficaz y cuál no».

«Nada es más difícil que el arte de la maniobra. La dificultad en este terreno consiste en convertir un camino tortuoso en la vía más directa y en cambiar la mala suerte en ventaja».

«Pues tanto la ventaja como el peligro dependen de la maniobra».

«Pues la guerra se basa en el engaño [...] los que no avanzan cuando deben avanzar y los que no retroceden cuando deben retroceder, serán decapitados».

El valor junto a la reflexión, la oportunidad al lado del planeamiento fruto del estudio inundan las reglas de *El arte de la guerra*.

Aunque invadamos las calles de libros y carteles, por mucho que leamos reglas y normas, apliquemos lo que en las academias militares se enseñe, la paz, mientras sea una paz de compromiso, será porque el odio esté latente y ya no es una guerra artística sino una guerra que el odio mantiene. Entonces no hablemos de arte.

«El odio que es vencido enteramente por el amor, en amor se trueca; y ese amor es por ello más grande que si el odio no lo hubiera precedido» (Spinoza, *Ética*, proposición 24. Recogido en Ernst Jünger, *La sombra de la paz*, cap. 1).

«Cuando el mundo está en paz, un hombre de bien mantiene sus espada al alcance de la mano» (Sun Tzu).

* Las «Máximas generales de la guerra» y las de Flavio Vegetio pertenecen al libro *Instituciones militares*. Las de Maquiavelo a su libro *El arte de la guerra*, editado por la librería de la viuda de Hernando y Cía (1895), traducido por Luis Navarro.

CONCLUSIONES

No las hay. Nunca me atrevería a sacar una conclusión de la guerra porque sería arar en la superficie del mar cuando es imposible hacerlo en sus profundidades: «El sufrimiento ha penetrado también hasta mayores profundidades, ha arado con más violencia en los corazones. Pues a los horrores de la lucha entre pueblos se han agregado los horrores aún más espantosos de la discordia fratricida, los horrores de la guerra civil», en palabras de Ernst Jünger en *La paz*.

Todo queda dicho en los capítulos de la historia que se repiten: de la guerra. No añadiré nada, que lo hará la historia que viene, que fue y que ya está aquí: la guerra escribirá nuevas páginas hasta que acabe con nosotros, cuando no quede nadie para contarnos hasta dónde llegó la estupidez humana. Todo empezó con hexámetros, la guerra inaugura la literatura, pero no me atrevo a aventurar que la literatura describa su final. Sentimientos básicos del hombre narra Homero, como lo es la guerra.

Se ven pocos cambios hacia la paz si miramos al horizonte y comparamos el color rojo del anochecer con el que veo al amanecer, «Al mostrarse en el día la Aurora de los dedos de rosa...».

Parecen los mismos colores, pero no son iguales, uno amanece creyendo que es luz cuando la luz solo viene detrás de la noche muy densa en su oscuridad.

No podemos retirar aún los centinelas, pero ellos esperan la aurora después de una impaciente vigilancia.

La guerra modifica sus pautas de comportamiento, se quiere enmascarar en melifluas representaciones, pero sigue siendo guerra, las mismas fosas tapan crímenes y se llena de flores al héroe.

«Dos vías se abren ante los pueblos. Una es la del odio y el desquite; y es seguro que, si se toma esa vía, tras un breve periodo de agotamiento volverá a estallar el conflicto con mayor virulencia que antes y acabará en la aniquilación de todos. La vía buena, por el contrario, conduce los unos a los otros: las fuerzas que han estado desgastándose en un antagonismo mortal habrán de unirse para formar un orden nuevo, una vida nueva: solo en ellos están las fuentes de la paz verdadera, de la riqueza, de la seguridad, del poder» (Ernst Jünger, *La paz*).

No diré más, ni menos. Acabado lo que tenía que decir, por ahora, sería injusto no dejar escrito lo que a lo largo de toda mi experiencia escritora de asuntos tan terrenales como la guerra me ha dado vueltas y vueltas en la cabeza.

Quede constancia del pensamiento que se enturbia cada vez que leo:

«Los caballos arrastraron los carros vacíos a través de la fila de la batalla, anhelando a sus nobles aurigas. Pero ellos en el suelo yacían, más queridos por los buitres que por sus esposas».

«Pero nada que los pueblos de Europa hayan producido vale el primer poema conocido que apareció entre ellos. Quizá todavía descubran el genio épico, cuando hayan aprendido que no hay refugio que proteja del destino, aprendido a no admirar la fuerza, a no odiar al enemigo, a no burlarse del desafortunado. Qué tan pronto ocurra esto, es otro asunto» (Simone Weil, *La Ilíada o el poema de la fuerza*).

¡Si fuese la fuerza...! Es peor, es la inteligencia.

Justicia y piedad no tienen en el lenguaje de la política actual sentido alguno, son palabras sin fuerza y si no hay solución al acuerdo llega la guerra.

En eso nada ha cambiado. Ni en otras muchas cosas.

Al hablar de la guerra nadie puede olvidar la figura del militar e historiador ateniense Tucídides y su obra *Historia de la guerra del Peloponeso*. Una figura que se agranda cada día que pasa y pasan estas cosas de la guerra como si nunca hubiesen pasado, cuando siempre ha sido igual y si evoluciona es a peor, a más duros enfrentamientos, difusa la zona entre guerra y paz, más destrucción e incertidumbre. Somos todos discípulos de Tucídides, que inaugura el estudio en profundidad de los anhelos, ilusiones y desilusiones, los celos de los hombres y de la sociedad como requisito previo para comprender un acontecimiento histórico.

La guerra del Peloponeso es pura estrategia total, modernidad y aprendizaje, es la guerra en todos sus aspectos.

Tucídides nos ha dejado las lecciones escritas más intensas de guerra, no solo narrando acciones, sino lo que es más importante, la genealogía, las razones, los diálogos, las sensaciones, los relatos de guerra que son la vida diaria y muestra de lo que acontece en el corazón del hombre junto a las decisiones de las instituciones que lo representan, todo con rigor y un análisis tan profundo que hoy debería ser analizado en las escuelas políticas, diplomáticas y militares.

El que no haya recapacitado ante el relato de Tucídides no puede desplegar ninguna teoría sobre el hecho guerrero.

«La fórmula más eficaz para que un estado viva al margen de toda inquietud consiste en no tener que arrepentirse nunca de haber favorecido al adversario».

Requeriría más de un volumen fijar nuestra mirada en su texto, pero una de sus más profundas reflexiones se centra en un pequeño relato del libro V de la *Historia de la guerra del Peloponeso*.

Melos era una pequeña isla del Egeo a la que los atenienses enviaron una expedición para someterlos mientras embajadores atenienses y consejeros melios negocian de manera impecable el asunto para llegar a un entendimiento sin tener que recurrir a las armas.

El diálogo mantenido bien podría ser sacado de una grabación del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas, seguramente aquel más ceremonioso y educado, más humano, y a la vez, o por tanto, más trágico. Todo un diálogo en el que se pone de manifiesto todo lo que hoy es actualidad, pero lleno de retórica y falsas promesas e inútiles acuerdos; meses y años de conversaciones infructuosas.

En Melos detrás de cada frase del diálogo hay un criterio apoyado en el peso de la representación que los dialogantes ostentan. Los principios que usa cada uno se argumentan y respetan, aunque acaben en el enfrentamiento brutal. Nadie gana ni pierde para la historia. Es una lección de ética y de estética de la palabra.

«No haremos, pues, discursos. Tampoco los hagáis vosotros. Propondremos nuestras bases una a una y vosotros las iréis contestando».

Aquel lugar, aquel diálogo no tenía una importancia grande dentro del conjunto de la historia, pero su trascendencia es clave para entender la evolución y la definición del porqué de la lucha, de la muerte, de no someterse al dictado del poderoso por la amenaza de las armas. Parece que el tiempo no ha pasado.

La síntesis de lo sucedido en la pequeña isla mediterránea es extractada en un artículo por el filósofo Agapito Maestre de manera impecable:

Los expedicionarios atenienses desembarcaron en Melos e invadieron el país, y después solicitaron un parlamento con las autoridades; negándoles, según cuenta Alfonso Reyes, en una de las más bellas reconstrucciones que se hayan hecho nunca del

relato de Tucídides, la ocasión de expresarse ante la asamblea del pueblo, «acaso por miedo a la seducción inmediata de un discurso sin interrupciones, y se los remitió a la negociación en privado con los magistrados y oligarcas de la ciudad». Los atenienses fueron tajantes con los melios: «No haremos, pues, discursos. Tampoco los hagáis vosotros. Propondremos nuestras bases una a una y vosotros las iréis contestando».

Los melios, sin embargo, tratan de hablar. He aquí, según la reconstrucción de Reyes, un breve retazo del descarnado diálogo de los dos contendientes.

—¿Te sometes, por las buenas, a mi imperio?

—¿Cómo por las buenas, si ya me has invadido militarmente y eres ya el juez de la disputa? Si te demuestro que tengo razón, me harás la guerra. Si te acepto, seré tu esclavo.

—No vengo a que calcules sobre tu porvenir, sino a que escojas tu salvación. Vencí al persa y me corresponde ser el amo. Tu rechazo será una ofensa. No alegues que te resistes por ser colono lacedemonio. La justicia es un buen argumento entre dos partes sujetas a igual necesidad. Cuando uno es fuerte y otro débil, no hay argumento válido: manda el interés.

Los melios, sí, resistieron, pero la ciudad fue tras un asedio largo tomada y arrasada. Se trata de un acontecimiento de escaso valor, como la misma isla de que se trata, si tomamos en consideración la influencia que tiene en el conjunto de la historia contada, así que caben pocas dudas de que Tucídides, tan cuidadoso de la economía, otorga a la triste suerte de los melios un carácter ejemplar inverso a su tamaño, que ha sido, en efecto, bien percibido a lo largo de la historia.

Sigue diciéndonos el filósofo:

¿Y qué descubre Tucídides a esa distancia mediana, en ese espacio casi de equilibrista por el que circula durante veinte años viendo y preguntando, cotejando y comprobando? Para empezar que hay en la guerra una extraña fenomenología. Por ejemplo que hay guerras declaradas sin que los contendientes se enfrenten en el campo de batalla, sino que su lucha es la preparación para el enfrentamiento que ha de venir. Constata de este modo que dos guerras convencionales, separadas por diez años de paz engañosa son en realidad una sola única hostilidad desplegada en grados diferentes de intensidad bélica. En segundo lugar, Tucídides muestra en el relato de esta guerra que la acción humana transita de manera que, una vez surgida la diferencia que genera la riqueza, o bien se vuelca al dominio exterior en forma de imperio o bien refluye sobre sí misma en forma de guerra civil: las sociedades o bien se expanden sometiendo a otras a sus intereses o bien se autodestruyen en rivalidades internas. He aquí el segundo descubrimiento tucidídeo que tan cercano suena del Hobbes más puro. Existe todavía una tercera lección, esta ya, a diferencia de la anterior, definitivamente política, porque tiene que ver con lo que los hombres pueden hacer. La suerte de las sociedades está dictada no solo por esa triste ley de la guerra necesaria sino también por el juego de sus instituciones.

Es una de las lecciones de la historia que se repite con constancia por lo que conviene no olvidar.

Terminar con esta historia de Melos es empezar a entender el difícil y constante asunto de la guerra.

«No es lo mismo en este caso, ni tampoco obraréis cuerdamente si os guiais por tal consejo, porque vuestras fuerzas no son iguales a las nuestras y no debe avergonzaros reconocernos la ventaja. Por tanto, lo mejor será mirar por vuestra vida y salud, que no querer resistir, siendo débiles, a los más fuertes y poderosos».

«Es verdad, pero también sabemos que la fortuna en la guerra muchas veces es común a los débiles y a los fuertes, y que no todas favorecen a los que son más en número. Por otra parte entendemos que el que se somete a otro, no tiene ya esperanza de libertarse, pero el que se pone en defensa, la tiene siempre».

Del Peloponeso hasta la guerra cognitiva la libertad es lo que está en juego, porque es el negocio más rentable inventado por el hombre, la gran empresa de mayores beneficios: la guerra.

«En la guerra la fortaleza o la debilidad no está en el número y si hay dominación es porque hay servidumbre. El número, pese a lo que la imaginación nos lleve a creer, es debilidad» (Simone Weil; citado en *Diccionario de adioses* de Gabriel Albiac).

Si más fuesen estas palabras que edito no estaría preocupado porque son las de uno, pero

cuando se juntan muchas que dicen lo mismo ya empiezo a pensar que el camino tomado por la humanidad no es el correcto.

No he dicho nada que no se haya dicho antes. Como en su sinceridad dejó escrito FlavioVegecio Renato: «Nada de cuando escribo es mío: todo lo he sacado de los autores citados, que he reducido a compendio».

Saquen ustedes las conclusiones y esperemos que alguien vuelva a los hexámetros para contarnos cómo terminó Troya y el regreso del prudente Ulises.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

- ALBIAC, Gabriel, *Diccionario de adioses*, Confluencias, Almería, 2020.
- ANÓNIMO, *Gilgamesh*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- ARIAS, Ana y PALMERO, Fernando, *Hiroshima. Sol, silencio, olvido*, Confluencias, Almería, 2021.
- AZNAR, Federico, G. MARTÍN, Andrés y FELIÚ, Luis, *Estrategia. Una forma de pensar. Evolución del pensamiento estratégico*, Sílex Ediciones, Madrid, 2021.
- BERMÚDEZ DE CASTRO, Luis, *Arte del buen mandar español*, Ediciones Ares, Madrid, 1944.
- DÁVILA OREJÓN, Francisco, *Excelencias del arte militar y varones ilustres*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2017.
- FRONTINO, Sexto Julio, *Estratagemas*, Editorial Dykinson, S. L., Madrid, 2019.
- GÁRATE CÓRDOBA, José María, *Espíritu y milicia en la España Medieval*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1967.
- GLUCKSMANN, André, *El discurso de la guerra*, Anagrama, Barcelona, 1969.
- GRACIÁN, Baltasar, *El discreto*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- HOMERO, *Ilíada*, Cátedra, Madrid, 2004.
- JENOFONTE, *Anábasis*, Alianza Editorial, Madrid, 2006.
- JENSEN, Geoffrey, *Cultura militar española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2014.
- JÜNGER, Ernst, *La paz*, Tusquets Editores, Barcelona, 1996.
- KANT, Immanuel, *Hacia la paz perpetua. Un esbozo filosófico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.
- KANTORPWICK, Ernst H., *Los dos cuerpos del rey. Un estudio teológico medieval*, Akal, Madrid, 2012.
- LARTÉGUY, Jean, *Los Centuriones*, Cid, Madrid, 1965.
- LAWRENCE, Thomas Edward, *Rebelión en el desierto*, Valdemar, Madrid, 2005.
- LE BORNE, Claude, *La guerra ha muerto... pero todavía no lo saben*, Ediciones Ejército, Madrid, 1988.
- LIDDELL HART, Sir Basil, *Estrategia*, Arzalia Ediciones, Madrid, 2019.
- MACMILLAN, Margaret, *La guerra. Cómo nos han marcado los conflictos*, Turner, Madrid, 2021.
- MAQUIAVELO, *El arte de la guerra*, Gredos, Madrid, 2011.
- MARAVALL, José Antonio, *Escritos de historia militar*, Ministerio de Defensa de España, Madrid, 2007.
- MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO, *Reflexiones militares*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.
- MONTGOMERY, Bernard Law, *Historia del arte de la guerra*, Aguilar, Madrid, 1969.
- ORTEGA Y GASSET, José, «España Invertebrada», *Revista de Occidente*, Madrid, 1948.
- POLIBIO, *Historias*, Gredos, Madrid, 2016.
- PULIDO, Guillermo, *Guerra multidominio y mosaico*, La Catarata, Madrid, 2021.
- QIAO LIANG y WANG XIANGSUI, *La guerra sin restricción*, Editorial de la Literatura y de las Artes, Pekín, 1999.
- SÓFOCLES, *Áyax*, Gredos, Madrid, 2021.
- SPINOZA, Baruch, *Ética*, Espuela de Plata, Sevilla, 2017.

- TOFFLER, Alvin y TOFFLER, Heidi, *Las guerras del futuro*, Plaza & Janes, Barcelona, 1994.
- TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, libro V, Gredos, Madrid, 2021.
- VEGECIO, Flavio, *Instituciones militares*, Ministerio de Defensa de España, Madrid, 1988.
- VILLAMARTÍN, Francisco, *Nociones del arte militar*, Ministerio de Defensa de España, Madrid, 2017.
- VV. AA., *Doctrina para el empleo de las FAS*, Ministerio de Defensa España, Madrid, 2018.
- VV. AA., *Doctrina, empleo táctico y logístico de las armas y los servicios*, Ejército de Tierra español, s/f.
- VV. AA., *Querella del teatro*, edición, traducción y notas de Gabriel Albiac, Tecnos, Madrid, 2021.
- WALZER, Michael, *Reflexiones sobre la guerra*, Editorial Paidós Ibérica, Barcelona, 2004.
- WEIL, Simone. *La Ilíada o el poema de la fuerza*, Trotta, Madrid, s/f.